

CVI.—DON DIEGO VELAZQUEZ DE SILVA

CAVALLERO DE LA ORDEN DE SANTIAGO, DE LA CAMARA DE SU
MAGESTAD, &c. EN QUE SE INCLUYE LA VENIDA DE RUBENS
A ESPAÑA, LA DE MIGUEL COLONA Y AGUSTIN
MITELI Y SUS OBRAS, Y TAMBIEN LA VE-
NIDA DE MORELI

§ I.

*Nacimiento, padres, Patria y educación de Velázquez
en el Arte de la Pintura.*

Don Diego Velázquez de Silva nació el año de 1594* en la ínclita Ciudad de Sevilla, entre cuantas ilustra el Sol celeberrima; sus padres fueron Juan Rodríguez de Silva y Doña Jerónima Velázquez; en ambos concurrieron prendas de virtud, calidad y nobleza y ambos fueron naturales de Sevilla; usó más del apellido de la madre (abuso introducido en algunas partes del Andalucía, y que ocasiona grandes tropiezos en casos de pruebas); sus abuelos paternos fueron del Reino de Portugal, de la nobilísima familia de los Silvas, a quien dió este renombre Silvio, póstumo hijo de Eneas Silvio, de los Reyes de Alvalonga, de quien proceden por tradición inmemorial. Sus mayores sirvieron a los Reyes de aquel Reino, y experimentaron el imperio de los Hados; ascendieron a dignidades grandes; fulminó la suerte sus iras; alteró su estado, descendiendo desde su eminencia a padecer infortunios; no les dejaron otros mayorazgos más que sus servicios y valor, teniendo siempre por norte los méritos de sus progenitores.

Tiene la Nobleza principio de la virtud de alguno de nuestros mayores, pero la generosidad se deriva de no degenerar de aquella primera naturaleza. Velázquez, desde los primeros años, dió indicios de su buen natural y de la buena sangre que estaba latiendo en sus venas, aunque en moderada fortuna; sus padres le criaron (bien que sin ornato y grandeza) con la leche del temor de Dios; aplicóse a el estudio de las buenas letras, excediendo en la noticia de las lenguas y en la Filosofía a muchos de su tiempo. Dió mues-

* 1599.

tras de particular inclinación a pintar, y aunque descubrió ingenio, promptitud y docilidad para cualquiera ciencia, para ésta la tenía mayor; de suerte que los cartapacios de los estudios le servían a veces de borradores para sus ideas. Su viveza imprimió en los pechos de sus padres opinión muy alta de su ingenio; que después, con el transcurso de los años, desempeñó tan aventajadamente. Dejéronle seguir su inclinación, sin que se adelantase en otros estudios, porque a éstos le hallaban ya dedicado con propensión natural o fuerza de su destino. Entregáronle a la disciplina de Francisco de Herrera (a quien en Andalucía llaman *Herrera el Viejo*), hombre rígido y de poca piedad, mas en la Pintura y otras Artes, de consumado gusto.

A poco tiempo dejó esta escuela y siguió la de Francisco Pacheco, persona de singular virtud y de mucha erudición e inteligencia en la Pintura, de la cual escribió varios libros y compuso muy elegantes poesías, siendo celebrado de todos los escritores de su tiempo.

Era la casa de Pacheco cárcel dorada del Arte, Academia y Escuela de los mayores ingenios de Sevilla. Y así Diego Velázquez vivía gustoso en el continuo ejercicio del dibujo, primer elemento de la Pintura y puerta principal del Arte. Así nos lo dice el mismo Pacheco con la sencillez y llaneza que acostumbra y con la verdad de Maestro. *Con esta doctrina (dice) se crió mi Yerno Diego Velázquez de Sylva; siendo muchacho, el qual tenía cohechado vn Aldeanillo, que le servía de modelo en diversas acciones, y posturas; yá llorando, yá riendo, sin perdonar dificultad alguna. Y hizo por él muchas de carbon, y realze en papel azul, y de otros muchos naturales, con que grangeó la certeza en el retratar.* Inclínose a pintar con singularísimo capricho y notable genio animales, aves, pescaderías y bodegones con la perfecta imitación del natural, con bellos países y figuras; diferencias de comida y bebida; frutas y alhajas pobres y humildes, con tanta valentía, dibujo y colorido, que parecían naturales, alzándose con esta parte, sin dejar lugar a otro, con que granjeó grande fama y digna estimación en sus obras, de las cuales no se nos debe pasar en silencio la pintura que llaman del Aguador: el cual es un viejo muy mal vestido y con un sayo vil y roto que se le descubría el pecho y vientre con las costras y callos duros y fuertes, y junto a sí tiene un muchacho a quien da de be-

ber. Y ésta ha sido tan celebrada que se ha conservado hasta estos tiempos en el Palacio del Buen Retiro *.

Otra pintura hizo de dos pobres comiendo en una humilde mesilla en que hay diferentes vasos de barro, naranjas, pan y otras cosas, todo observado con diligencia extraña. Semejante a ésta es otra de un muchacho mal vestido, con una monterilla en la cabeza, contando dineros sobre una mesa y con la siniestra mano haciendo la cuenta con los dedos con particular cuidado; y con él está un perro detrás, atisbando unos dentones y otros pescados, como sardinas, que están sobre la mesa; también hay en ella una lechuga romana (que en Madrid llaman cogollos) y un caldero boca abajo; al lado izquierdo está un vasar con dos tablas; en la primera están unos arencones y una hogaza de pan de Sevilla sobre un paño blanco; en la segunda están dos platos de barro blanco y una alcucilla de barro con vidriado verde; y en esta pintura puso su nombre, aunque ya está muy consumido y borrado con el tiempo. Igual a ésta es otra donde se ve un tablero que sirve de mesa, con un alnafa y encima una olla hirviendo y tapada con una escudilla que se ve la lumbre, las llamas y centellas vivamente; un perolillo estañado, una alcarraza, unos platos y escudillas, un jarro vidriado, un almirez con su mano y una cabeza de ajos junto a él; y en el muro se divisa colgada de una escarpia una esportilla con un trapo y otras baratijas; y por guarda de esto un muchacho con una jarra en la mano y en la cabeza una escofieta, con que representa con su villanísimo traje un sujeto muy ridículo y gracioso.

A este tono eran todas las cosas que hacía en aquel tiempo nuestro Velázquez, por diferenciarse de todos y seguir nuevo rumbo; conociendo que le habían cogido el barlovento el Ticiano, Alberto, Rafael y otros, y que estaba más viva la fama cuando muertos ellos, valiése de su caprichosa inventiva, dando en pintar cosas rústicas a lo valentón, con luces y colores extrañas. Objetáronle algunos el no pintar con suavidad y hermosura asuntos de más seriedad, en que podía emular a Rafael de Urbino, y satisfizo galantemente, diciendo: *Que mas queria ser primero en aquella groseria, que segundo en la delicadeza.*

Celebrados han sido los que en esta especie de pintura han salido eminentes y de consumado gusto. No sólo nuestro Velázquez siguió dictamen tan bajo; muchos ha habido, llevados de esta afi-

* Hoy en Londres en Apsley House.

ción y genio particular de su idea; pues Pireico, célebre pintor de la Antigüedad, dice Plinio, que siguiendo cosas humildes, alcanzó suma gloria y grande estimación en sus obras, por lo cual le dieron por sobrenombre *Riparo grafos*, dicción griega que quiere decir pintor de cosas bajas y groseras.

Con estos principios y los retratos, que los hacía excelentes, no contentándose sólo con que fuesen parecidos en extremo, sino expresar el aire y movimiento del sujeto (¡que tanta era su eminencia!), halló la verdadera imitación del natural, alentando los ánimos de muchos a seguirle con su poderoso ejemplo, como refiere Pacheco, por haberle sucedido a él, pintando cosas de esta especie a su imitación.

Compitió Velázquez con Carabagio en la valentía del pintar; y fué igual con Pacheco en lo especulativo. A aquel estimó por lo exquisito y por la agudeza de su ingenio, y a éste eligió por Maestro por el conocimiento de sus estudios, que le constituían digno de su elección. Traían de Italia a Sevilla algunas pinturas, las cuales daban grande aliento a Velázquez a intentar no menores empresas con su ingenio. Eran de aquellos artífices que en aquella edad florecían: un Paramancio *, Cavallero Ballioni **, el Lanfranco, Ribera, Guido y otros. Las que causaban a su vista mayor armonía eran las de Luis Tristán (discípulo de Dominico Greco), pintor de Toledo, por tener rumbo semejante a su humor, por lo extraño del pensar y viveza de los conceptos; y por esta causa se declaró imitador suyo y dejó de seguir la manera de su Maestro; habiendo conocido, muy desde el principio, no convenirle modo de pintar tan tibio, aunque lleno de erudición y dibujo, por ser contrario a su natural altivo y aficionado a grandeza. Diéronle el nombre de segundo Carabagio, por contrahacer en sus obras al natural felizmente y con tanta propiedad, teniéndole delante para todo y en todo tiempo. En los retratos imitó a Dominico Greco, porque sus cabezas, en su estimación, nunca podían ser bastantemente celebradas; y a la verdad tenía razón en todo aquello, que no participó de la extravagancia, en que deliró a lo último; porque del Griego podemos decir *que lo que hizo bien, ninguno lo hizo mejor; y lo que hizo mal, ninguno lo hizo peor*. Y últimamente lució el Arte Velázquez con la energía de los griegos, con la diligencia de los ro-

* Pomerancio.

** Baglione.

manos y con la ternura de los venecianos y españoles; en cuyas obras se transformó, de suerte, que si faltara el número inmenso de ellas, se pudieran conocer en el breve mapa de las suyas.

Ejercitábase en la lección de varios autores que han escrito de la Pintura elegantes preceptos; inquiría en Alberto Durero la Simetría del cuerpo humano; en Andrés Bexalio, la Anatomía; en Juan Bautista Porta, la Fisionomía; la Perspectiva en Daniel Barbaro; la Geometría, en Euclides; la Aritmética, en Moya; la Arquitectura, en Vitrubio, y el Viñola, y otros autores; en quien, con solicitud de abeja, escogía ingeniosamente para su uso y para provecho de la posteridad, lo más conveniente y perfecto. La nobleza de la Pintura examinaba en Romano Alberti, escrita a instancia de la Academia Romana y Venerable Hermandad del glorioso Evangelista San Lucas; con la Idea, que escribió Federico Zucaro de los Pintores, ilustraba la suya y la adornaba con los preceptos de Juan Bautista Armenini. Y a ejecutarlos con presteza y brevedad aprendía en Michael Angelo Viondo. El Vasari le animaba con las Vidas de los Pintores ilustres; y el Reposo de Rafael Borghini le constituía erudito Pintor. Adornóse también con la noticia de sagradas y humanas Letras y otras cosas importantes para fecundar la mente con todo linaje de erudición y noticia universal de las Artes. Así lo aconseja León Bautista Alberti por estas palabras: *Má ben vorres, chel Pittore fosse dotto, quanto possibil fosse, in tute, l'Arte Liberali; má sopra tuto gli desidero, che sia perito ne la Geometria.* Era también familiar y amigo de los poetas y de los oradores, porque de semejantes ingenios recibía ornamento grande para sus composiciones.

Y finalmente era Velázquez tan estudioso como requería la dificultad de esta Arte; perseverando en ella, sin atender a más que la gloria y alabanza que con la sabiduría se adquiere; fiando en el tiempo y el trabajo, que nunca dejaron de dar honroso premio al que le busca. Cinco años tuvo de educación, y en ellos adelantó las obras a su edad. Tomó estado, escogiendo para su gusto y honor a Doña Juana Pacheco, hija de Francisco Pacheco, familiar del Santo Oficio del Número de Sevilla y de familia muy calificada. Excedió Velázquez a su suegro y maestro en el Arte sin que le causase emulación ni envidia; antes lo regulaba (y con razón) por gloria propia; así lo confiesa él mismo; donde también se lamenta de alguno que quería atribuirse a sí la honra de haber sido su Preceptor, quitándole la corona de sus postreros años, pues pasaban,

cuando lo escribió, de setenta; y habiendo hecho un elogio de Rómulo Cincinato, y entre otros de Pedro Paulo Rubens, dice: *Diego Velazquez de Sylva, mi yerno, ocupa (con razón) el tercer lugar, a quien despues de cinco años de educacion, y enseñanza, casé con mi hija, movido de su virtud, limpieza, y buenas partes, y de las esperanzas de su natural, y grande Ingenio; y porque es mayor la honra de Maestro, qua la de suegro, ha sido justo estorbar el atrevimiento de alguno, que se quiere atribuir esta gloria, quitandome la corona de mis postreros años. No tengo por mengua aventajarse el Discípulo al Maestro (habiendo dicho la verdad, que es mayor.) Ni perdió Leonardo de Vinci en tener á Rafael por Discípulo; ni Jorge de Castelfranco a Ticiano; ni Platon á Aristoteles; pues no le quitó el renombre de Divino. Esto se escribe, no tanto por alabar el sugeto presente (que tendrá otro lugar) quanto por la grandeza del Arte de la Pintura; y mucho mas por reconocimiento, y reverencia a la Catholica Magestad de nuestro Gran Monarcha Phelipe Quarto, á quien el Cielo guarde infinitos años, pues de su liberal mano ha recibido, y recibe tantos honores.*

§ II

Del primero y segundo viaje que hizo Velázquez a Madrid.

En estos ejercicios divertía Velázquez los años de su juventud, mas no se olvidó la fortuna de sus méritos, pues revolviéndose el Universo, fué preciso que también alterase su sosiego. Nadie está tan olvidado que algún día no se acuerde de él la fortuna, o para derribarle de su felicidad o para levantar su dicha a nuevas prosperidades. ¿Quien murió en el mismo estado en que abrió los ojos para reconocerse frágil porción de su primera madre la tierra? Puso suspensión a sus estudios y quiso en la Corte hacer demostración del valor de su ingenio y adelantarse en el Arte, viendo las pinturas admirables de Palacio y otros Sitios Reales, templos y casas de señores, junto con las del Real Monasterio de San Lorenzo el Real, Octava de las Maravillas del mundo y primera en dignidad, obra digna del gran Monarca y segundo Salomón Phelipe Segundo, Rey de las Españas.

Partió al fin Velázquez de Sevilla acompañado sólo de un criado, dispuso su camino para Madrid, Corte de los Reyes de Espa-

ña y noble teatro de los mayores ingenios del Orbe. Llegó a ella por el mes de abril del año de mil seiscientos y veinte y dos; aquí se declaró la felicidad por su parte; visitáronle muchos nobles, unos movidos de la amistad, otros de las noticias que tenían de su habilidad y grande ingenio; fué muy agasajado de los dos hermanos Don Luis y Don Melchor de Alcázar, florido ingenio sevillano, que murió en la Corte de 37 años, el de 1625, llorado de las Musas con debidos lamentos, por faltarles en él uno de sus mayores laureles. Mostrósele particularmente afecto Don Juan de Fonseca y Figueroa, Sumiller de Cortina de su Majestad; Maestre Escuela y Canónigo de Sevilla; Varón clarísimo, que con la agudeza de su ingenio y mucha erudición no desdeñaba el ejercicio noble de la Pintura; y muy aficionado a la de Velázquez. Hizo éste, a instancia de Francisco Pacheco, su suegro, un retrato del insigne y admirable poeta Don Luis de Góngora y Argote (Racionero de la Santa Iglesia de Córdoba y Capellán de Honor de su Majestad), que fué muy celebrado de todos los cortesanos, aunque de aquella manera suya, que degenera de la última *. Y no habiendo tenido por entonces ocasión de retratar a los Reyes, aunque lo procuró, se volvió a su Patria.

El año de 1623 fué llamado del mismo Don Juan de Fonseca (librándole una ayuda de costa de 50 ducados por orden de Don Gaspar de Guzmán (Conde de Olivares y Duque de San Lucar, gran Canciller, Camarero Mayor y Valido del Señor Phelipe Quarto), hospedóse en su casa, donde fué bien regalado y servido; hizo su retrato, llevólo a Palacio aquella noche un hijo del Conde de Peñaranda, Camarero del Serenísimo Señor Infante Cardenal; y en una hora lo vieron todos los Grandes y los Señores Infantes Don Carlos y Cardenal Don Fernando, y el Rey, que fué la mayor calificación que tuvo. Ordenóse que retratase al Señor Infante; pero pareció más conveniente hacer el de su Majestad primero, aunque no pudo ser tan presto por grandes ocupaciones; en efecto, se hizo en 30 de agosto de 1623 años a gusto de su Majestad y de los Señores Infantes y del Conde Duque, que afirmó no haber retratado al Rey ninguno hasta entonces (habiéndolo emprendido Vicencio Carduchi, y Bartolomé, su hermano; Angelo Nardi, Eugenio Caxes y Joseph Leonardo), y lo mismo sintieron todos los Señores que lo vieron, como Don Juan Hurtado de Mendoza, Duque del

* Hoy en el Museo de Boston.

Infantado, Mayordomo Mayor, el Almirante de Castilla y el Duque de Uceda, el Conde de Saldaña, el Marqués de Castel-Rodrigo, el Marqués del Carpio y otros Señores. Estaba su Majestad en el retrato armado y sobre un caballo hermoso, todo hecho con el estudio y cuidado que requería tan grande asunto en cuadro grande, de la proporción del natural, y por él imitado, hasta el País. Hizo también de camino un bosquejo del Serenísimo Señor Don Carlos, Príncipe de Gales, Jurado Rey de Escocia, hijo único y heredero de los Reinos y Dominios de Jacobo, Rey de la Gran Bretaña, Escocia y Irlanda, que a la sazón estaba en la Corte y aposentado en Palacio; dióle cien escudos a Diego Velázquez, honrándole con singulares muestras de muestras * de amor, por ser este Príncipe aficionadísimo a la Pintura. Escribió la entrada de este Príncipe en Madrid Gil González Dávila, Coronista de su Majestad, que fué viernes a 17 de marzo del año de 1623.

Alentóle desde luego el Señor Conde-Duque de Olivares a la honra de la Patria, y prometiéndole que él sólo había de retratar a su Majestad, y los demás retratos se mandarían recoger; gozando la misma preeminencia que tuvo Apeles, que sólo él podía pintar la imagen de Alejandro; y Lisipo esculpirla en bronce; y en mármol Pirgoteles: edicto bien observado de los griegos, como lo refiere Mario Equicola de Albeto en su libro *de Natura, & Amore lib. 2, fol. 96*.

Mándanle traer su casa a Madrid y que se le despache título de pintor de Cámara último día de octubre de 1623, con veinte ducados de salario al mes y sus obras pagadas, juntamente con médico y botica y casa de aposento.

Después de ésto, habiendo acabado Velázquez el retrato de su Majestad a caballo, con tan airosa postura, tan arrogante y brioso que no cedía al de Apeles, que tanto celebraron las plumas de los griegos y de los romanos. Con su licencia y gusto se puso en la calle Mayor, enfrente del Convento de San Phelipe, con admiración de toda la Corte, envidia de los del Arte y emulación de la naturaleza. A cuyo asunto se hicieron grandes poemas, de los cuales pone algunos Pacheco en su Tratado de la Pintura, lib. 1, cap. 8, habiendo estado por este tiempo en Madrid, año de 1625, como lo dice en su libro, pág. 430. Pero no es de omitir el célebre Soneto del esclarecido ingenio Don Juan ** Vélez de Guevara.

* Sic.

** Sic.

SONETO

Píncel, que a lo atrevido, y a lo fuerte
Les robas la verdad, tan bien fingida
Que la ferocidad en ti es temida,
Y el agrado parece que divierte.
¿Di? Retratas o animas; pues de suerte
Esa copia Real está excedida,
Que juzgara que el lienzo tiene vida,
Como cupiera en lo insensible muerte.
Tanto el Regio dominio, que ha heredado
El retrato publica esclarecido,
Que aun el mandar la vista le ha escuchado.
Y ya que en el poder es parecido,
Lo más dificultoso has imitado,
Que es más fácil el ser obedecido.

Mandóle dar su Majestad a Don Diego Velázquez en esta ocasión trecientos ducados de ayuda de costa, y una pensión de otros trecientos, en que, para obtenerla, dispensó la Santidad del Papa Urbano Octavo; y el año de 1626 se siguió la merced de Casa de Aposento, que vale docientos ducados cada año.

Ultimamente hizo de orden de su Majestad el lienzo de la Expulsión de los Moriscos por el piadoso Rey Don Phelipe Tercero, bien merecido castigo de tan infame y sediciosa gente; pues siendo infieles a Dios y al Rey, permanecían obstinados en la Sectta Mahometana y tenían inteligencia secreta con los turcos y moros de Berberia para rebelarse.

Pintó Don Diego Velázquez esta historia en oposición de tres pintores del Rey (Eugenio Caxés, Vicencio Carduchi y Angelo Nardi), y habiéndose aventajado a todos, por parecer de las personas, que para este efecto nombró su Majestad (que fueron el Reverendo Padre Fray Juan Bautista Maino, y Don Juan Bautista Crescencio, Marqués de la Torre) fué elegido para colocarse en el Salón grande, donde hoy permanece.

En el medio de este cuadro está el Señor Rey Phelipe Tercero armado, y con el bastón en la mano señalando a una tropa de hombres, mujeres y niños que, llorosos, van conducidos por algunos soldados, y a lo lejos unos carros y un pedazo de marina, con algunas embarcaciones para transportarlos. Hay diversos autores que

de esto tratan; y algunos aseguran que pasaban de ochocientos mil, y otros de novecientos mil.

A la mano derecha del Rey está España, representada en una majestuosa matrona, sentada al pie de un edificio, en la diestra mano tiene un escudo y unos dardos y en la siniestra unas espigas, armada a lo romano, y a sus pies esta inscripción en el zócalo.

Philippo III. Hispan. Regi Cathol. Regum Pientissimo, Belgico, Germ. Afric. Pazis, & Iustitiæ Cultori; publicæ Quietis assertori; ob eliminatos sæliciter Mauros, Philipus IV. robore ac virtute magnus, in magnis maximus, animo ad maiora nato, propter antiq. tanti Parentis, & Pietatis, observantiæ que, ergo Trophæum, Hoc erigit anno 1627.

Acabóle Velázquez en el dicho año, como se califica de la firma, que puso en una vitela, que fingió en la grada inferior, que dice así: *Didacus Velazquez Hispalensis. Philip. IV. Regis Hispan. Pictor ipsiusque iusu, fecit, anno 1627.*

En este año le hizo merced su Majestad a Velázquez de la plaza de Ugier de Cámara, con sus gajes, oficio muy honroso, como consta en los libros de las Asientos de la Real Junta del Bureo. Y el año de 1628, hallándose su Majestad bien servido y agradado de las buenas partes de Velázquez, le hizo merced de la ración de Cámara de doce reales cada día, y de un vestuario de noventa ducados cada año.

En este mismo año vino a España Pedro Pablo Rubens (monstruo de ingenio, de habilidad y de fortuna, como lo dicen diferentes autores y lo publican sus obras), por Embajador extraordinario del Rey de Inglaterra, a tratar las paces con España, por disposición del Señor Archiduque Alberto y la Serenísima Señora Doña Isabel Clara Eugenia, su esposa, por lo mucho que estimaban a Rubens y por la gran fama de su erudición y talento, de que hicimos mención en su vida.

Con pintores (como dice Pacheco) comunicó poco; sólo con Don Diego Velázquez (con quien antes por cartas se había comunicado) trabó muy estrecha amistad y favoreció sus obras, por su gran virtud y modestia; y fueron juntos al Escorial a ver el célebre Monasterio de San Lorenzo el Real; tuvieron los dos especial deleite en ver y admirar tantos y tan admirables prodigios en aquella excelsa máquina, y especialmente en pinturas originales de los mayores artífices que han florecido en Europa, cuyo ejemplo servía a Velázquez de nuevo estímulo para excitar los deseos que siempre

había tenido de pasar a la Italia, a ver, especular y estudiar en aquellas eminentes obras y estatuas, que son antorcha resplandeciente del Arte y digno asunto de la admiración. 77

§ III

Del primer viaje, que Don Diego Velázquez hizo a Italia con licencia de su Majestad.

En cumplimiento del gran deseo, que Don Diego Velázquez tenía de ver a Italia, y las grandes cosas que en ella hay, habiéndoselo prometido varias veces su Majestad, cumpliendo su Real palabra y animándole mucho, le dió licencia, y para su viaje cuatrocientos ducados de plata, haciéndole pagar dos años de su salario; y despidiéndose del Conde-Duque, le dió otros docientos ducados en oro y una Medalla con el retrato del Rey y muchas cartas de favor. Partió de Madrid con Don Alonso Espínola, Marqués de los Balbases, Capitán General de las Armas Catholicas en los Países de Flandes. Embarcóse en el puerto de Barcelona por el mes de agosto (tiempo el más acomodado para la Navegación) día de San Lorenzo del año de 1629, fué a parar a Venecia (ciudad famosa, fundada en el Mar Adriático), donde tuvo que ver y admirar la grandeza y singularidad del sitio y las varias naciones que allí comercian; y fué a posar en casa del Embajador de España, que lo honró mucho y le sentaba a su mesa; y por las guerras que había, cuando salía a ver la ciudad, enviaba sus criados con él, que guardasen su persona. Lleváronle a Palacio y al Templo de San Marcos, estupendo en grandeza, traza y majestad, adornadas todas las salas de pinturas de Jacobo Tintoreto, de Pablo Veronés y de otros grandes artífices; mas la que le causó grande admiración fué la Sala del Gran Consejo, en que dicen caben doce mil personas, que el verla causa respeto y admiración; en que está aquella célebre Pintura de la Gloria, que Jacobo Tintoreto, Excelentísimo y doctísimo pintor (como otro Zeuxis en la Antigüedad, superior a todos los de su tiempo) pintó, con tanta armonía de coros de ángeles, tanta diversidad de figuras, con tan varios movimientos, Apóstoles, Evangelistas, Patriarcas y Profetas, que parece igualó la mano a la Idea. Está el techo pintado y las paredes de historias y retratos de los Duques de aquella República; y para ello tuvieron con sa-

lario de seiscientos ducados a Tintoreto. Vió de mano de Ticiano en una grande sala pintadas las guerras de Geradada, Provincia, que confina con el Imperio.

Asimismo vió la Escuela de San Lucas, o Academia, adonde se juntan a estudiar los pintores, y de donde han salido tantos famosos, acreditando a su Patria por escuela del colorido: como el gran Ticiano, Veronés, Tintoreto, Antonio Licinio de Pordonon, Jacobo Basán y su hijo el Basanno, Fray Sebastián del Piombo, Juan Bellino, maestro de Ticiano, Gentil Bellino, su hermano Juan Bautista Timoteo, Jacobo Palma, Jacobo Palmeta, su nieto Zorzon, Andrés Eschiabon, Jacobo Sansovino, escultor; Simón Petencano, discípulo de Ticiano, y otros muchos, de quien hay famosas obras, cuyos retratos ilustran y adornan la Academia.

En los días que aquí estuvo dibujó mucho, y particularmente del cuadro de Tintoreto, de la Crucifixión de Christo Nuestro Señor, copioso de figuras, con invención admirable, que anda en estampa.

Hizo una copia de un cuadro del mismo Tintoreto donde está pintado Christo comulgando a los discípulos, el cual trajo a España y sirvió con él a su Majestad. >>

Quedó muy aficionado a Venecia; mas por la grande inquietud (a causa de las gueras que había entonces), trató de dejarla y pasar a Roma. Fué a Ferrara, donde a la sazón estaba por orden del Papa gobernando el Cardenal Julio Sacheti, Florentino, Obispo de Frascati, que había sido Nuncio en España, a quien fué a dar unas cartas y besar la mano. Recibióle muy bien y hizo grande instancia en que los días que allí estuviese había de ser en su Palacio, y comer con él; excusóse modestamente Velázquez, con que no comía a las horas ordinarias; mas con todo eso, si su Eminencia era servido, obedecería y mudaría de costumbre. Visto esto, mandó a un Gentil-Hombre español, de los que le servían, que tuviese mucho cuidado de asistirle y hiciese aderezar aposento para él y su criado y le regalasen con los mismos platos que se hacían para su mesa, y que le enseñasen las cosas más particulares de la Ciudad. Estuvo allí dos días, y aunque de paso, vió con atención las obras del Garofoli; y la noche última, que se fué a despedir de su Eminencia, le detuvo más de tres horas sentado, tratando de diferentes cosas; mandó al que le cuidaba que previniese caballos para el siguiente día y le acompañase diez y seis millas, hasta un lugar llamado Cien-

to *, donde estuvo poco, pero muy regalado; y despidiendo la guía, siguió el camino de Roma por Nuestra Señora de Loreto y Bolonia, donde no paró ni a dar Cartas al Cardenal Nicolás Ludovico de Bolonia, gran Penitenciario y Obispo de Policastre, ni al Cardenal Baltasar Espada, Patriarca de Constantinopla, Obispo de Sabina, que estaban allí, por no mortificar sus impacientes deseos.

Llegó en fin a la Ciudad de Roma, donde estuvo un año, muy favorecido del Cardenal Don Francisco Barberino, sobrino del Pontífice Urbano Octavo, por cuya orden le hospedaron en el Palacio Vaticano. Diéronle las llaves de algunas piezas; la principal de ellas estaba pintada al fresco, todo lo alto desde las colgaduras arriba, de historias de la Sagrada Escritura, de mano de Federico Zucaro. Dejó aquella estancia, por muy retirada y por no estar tan solo, contentándose con que le diesen lugar las guardas para entrar, cuando quisiese, a dibujar de las cosas de Rafael y del Juicio Universal, que por mandado del Papa Julio Segundo pintó al fresco Michael Angel Bonarroti en la Capilla Pontifical, en que gastó ocho años y la descubrió el de 1541.

Asistió aquí muchos días Velázquez con grande aprovechamiento del Arte, haciendo varios dibujos. unos con colores, otros con lápiz, del Juicio, de los Profetas, y Sibilas, del Martirio de San Pedro y de la Conversión de San Pablo, obras todas maravillosas, ejecutadas con profunda ciencia. Dibujó también de las excelentes pinturas de Rafael Sancio de Urbino en las Salas del Papa, de un gran cuadro, donde se acomoda la Teología con la Filosofía, y en medio la Hostia Sacra sobre el Altar, con los Doctores alrededor, y detrás de ellos otros santos, que sobre este Misterio disputan, todo con singular decoro y admirable disposición. También dibujó de otra historia, donde se finge San Pablo en Atenas, el cual predica a los Filósofos; y más acá otra famosa pintura del celebrado Monte Parnaso. con las Musas y los Poetas y Apolo en medio tocando una lira.

Después, viendo el Palacio o Viña de los Medices, que está en la Trinidad de Monte Monasterio (y es de la Orden de los Mínimos) y pareciéndole el sitio a propósito, y acomodado para estudiar y pasar allí el verano, por ser la parte más alta y más airosa de Roma y haber allí excelentísimas estatuas antiguas de que contrahacer, pidió a Don Manuel de Zúñiga y Fonseca, Conde de Mon-

* Cento, en donde estaba Guercino, al que tal vez visitó.

te-Rey (que en aquel tiempo estaba en Roma por Embajador de la Majestad Católica), negociase con el de Florencia, le diesen allí lugar; y aunque fué menester escribir al Gran Duque, se facilitó esto con la protección del Conde, que estimaba mucho a Velázquez, así por sus prendas como por lo que su Majestad le honraba. Estuvo allí más de dos meses, hasta que unas tercianas le forzaron a bajarse cerca de la casa del Conde, el cual, en los días que estuvo indispuerto, le hizo grandes favores, enviando su médico y medicinas por su cuenta y mandando se le aderezase todo lo que quisiese en su casa, fuera de muchos regalos de dulces y frecuentes recados de su parte, hasta que sanó de su enfermedad, y continuó sus estudios en las eminentes pinturas y estatuas que se admiran en aquella gran metrópoli del Mundo.

Pintó Don Diego Velázquez en este tiempo aquel célebre cuadro de los hermanos de Joseph cuando, envidiosos de su prevista fortuna (después de otros ultrajes) le vendieron a aquellos mercaderes ismaelitas y trajeron la túnica manchada con sangre de un cordero a su Padre Jacob, que lleno de amargura, se persuadió a que alguna fiera lo había despedazado; está con tan superiores expresiones demostrado, que parece compite con la verdad misma del suceso. No lo está menos otro cuadro que pintó en este mismo tiempo, de aquella Fábula de Vulcano, cuando Apolo le notició su desgracia en el adulterio de Venus con Marte; donde está Vulcano (asistido de aquellos Jayanes Cíclopes en su Fragua) tan descolorido y turbado que parece que no respira. Estas dos pinturas las trajo Velázquez a España y las ofreció a su Majestad, que haciendo de ellas la debida estimación, las mandó colocar en el Buen-Retiro; aunque la de Joseph fué después trasladada al Escorial y está en la Sala de Capítulo.

Determinó Velázquez volver a España por la mucha falta que hacía al servicio del Rey; y a la vuelta de Roma paró en Nápoles, donde pintó un bello retrato (para traerlo a su Majestad) de la Serenísima Infanta Doña María de Austria, Reina de Hungría (que nació en Valladolid a 18 de agosto, año de 1606 y casó el de 1631, con el Serenísimo Señor Ferdinando Tercero, Rey de Bohemia y Hungría, su primo, hijo del Emperador Ferdinando Segundo, que con felicísimo acierto fué electo Rey de romanos en 22 de diciembre, año de 1636. Volvió Velázquez a Madrid después de año y medio de ausencia y llegó al principio del de 1631. Fué muy bien recibido del Conde-Duque; mandóle fuese luego a besar la mano

a su Majestad y le diese las gracias de no haberse dejado retratar de otro pintor, aguardándole para retratar al Serenísimo Príncipe Don Baltasar Carlos, lo cual hizo puntualmente, y su Majestad mostró mucho gusto con su venida.

No es creíble la liberalidad y agrado con que fué recibido nuestro Velázquez de un tan gran Monarca, mandándole tuviese obrador dentro de su Real Palacio, en la Galería que llaman del Cierzo, de la cual tenía su Majestad llave y silla para verle pintar de espacio; así como lo hizo el magno Alejandro con Apeles, a quien muy de ordinario iba a ver pintar a su Oficina, honrándole con tan singulares favores, como los que refiere Plinio en su Historia Natural. Y como la Majestad Cesárea del Señor Emperador Carlos Quinto, aunque ocupado en tantas guerras, gustaba de ver pintar al gran Ticiano. Y el católico Rey Phelipe Segundo iba muy frecuentemente a ver pintar a Alonso Sánchez Coello, favoreciéndole con singulares muestras de amor. Así honró su Majestad a Velázquez (imitando, y aun excediendo a sus heroicos predecesores) con la plaza de Ayuda de la Guarda Ropa, uno de los oficios o empleos que en la Casa Real son de grande estimación; honrándole asimismo con la llave de su Cámara, cosa que desean muchos Caballeros de Hábito. Y continuando Velázquez su ascenso, vino a obtener la plaza de Ayuda de Cámara, aunque no tuvo el ejercicio hasta el año de 1643.

De los retratos más señalados que hizo Don Diego Velázquez este tiempo, sea el primero el de Don Francisco Tercero de este nombre Duque de Módena, y Regio, estando en esta Corte de Madrid, año de 1638 (donde fué padrino de la Serenísima Infanta Doña María Teresa, con Madama María de Borbón, Princesa de Cariñan, a quien la Majestad del Señor Don Phelipe Cuarto, su tío, estimó con singulares demostraciones), honró mucho el Duque a Diego Velázquez, celebrando su raro ingenio; y habiéndole retratado muy a su voluntad, le premió liberalísimamente, en especial con una cadena de oro riquísima, que solía ponerse Velázquez algunas veces al cuello, como era costumbre en los días festivos de Palacio.

Hizo también Velázquez por este tiempo un célebre cuadro de Christo Crucificado difunto, del tamaño natural, que está en la Clausura del Convento de San Plácido de esta Corte; aunque otro hay en la Buena-Dicha, que es copia muy puntual, en el altar pri-

mero de mano derecha, como se entra a la Iglesia *; y uno y otro están con dos clavos en los pies sobre el supedáneo, siguiendo la opinión de su suegro, acerca de los cuatro clavos.

El año de 1639 hizo el retrato de Don Adrián Pulido Pareja, natural de Madrid, Caballero de la Orden de Santiago, Capitán General de la Armada y flota de Nueva-España, que estuvo aquí en aquella sazón a diferentes pretensiones de su empleo con su Majestad. Es del natural este retrato, y de los muy celebrados, que pintó Velázquez, y por tal puso su nombre, cosa que usó rara vez; hízole con pinceles y brochas que tenía de astas largas, de que usaba algunas veces para pintar con mayor distancia y valentía; de suerte que de cerca no se comprendía y de lejos es un milagro; la firma es en esta forma:

Didacus Velazquez fecit, Philip. IV. á cubiculo, eiusque Pictor, anno 1639.

Aseguran que estando acabado este retrato, pintando Velázquez en Palacio, y teniéndole puesto hacia donde había poca luz, bajó el Rey (como solía, a ver pintar a Velázquez), y reparando en el retrato (juzgando ser el mismo natural), le dijo con extrañeza: *¿Qué, todavía estás aquí? ¿No te he despachado ya; cómo no te vas?* Hasta que extrañando que no hacía la justa reverencia ni respondía, conociendo ser el retrato, volvió su Majestad a Velázquez (que modestamente disimulaba) diciendo: *Os aseguro que me engañé.* Está hoy este peregrino retrato en poder del Excelentísimo Señor Duque de Arcos.

§ IV

Cómo Velázquez fué sirviendo a su Majestad en la jornada que hizo al Reino de Aragón.

En el año de 1642 fué sirviendo a su Majestad en la jornada que hizo al Reino de Aragón para pacificar el Principado de Cataluña, y volvió a su Corte sábado seis de diciembre.

El año de 1643 mandó su Majestad a Don Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Olivares, se retirase a vivir a la Ciudad de Toro, de donde no saliese sin expresa licencia suya, y donde murió en

* Se conserva en la iglesia nueva de Mercedarios de la calle de Silva, en el solar de la Capilla.

22 de julio del año de 1645, de donde fué transferido por esta Corte a el Sepulcro de el Convento de Carmelitas Descalzas de la Villa de Loeches. No dejó Diego Velázquez de sentirlo, por ser hechura suya y a quien debía especiales honras, pero su Majestad continuó en honrarle como hasta allí. Y así el año de 1644 le mandó fuese sirviendo en la jornada que su Majestad repitió a Aragón para dar fuerza y valor a sus soldados con la cercanía de su persona, en la guerra de Cataluña. Estuvo Velázquez en Zaragoza, donde su Majestad asistió, y en Fraga. Y estando la Ciudad de Lérida oprimida de las armas francesas, habiéndose rendido a la presencia de su Rey y Señor natural, domingo 31 de julio de dicho año, donde entró su Majestad con soberano aplauso domingo 7 de agosto; Diego Velázquez pintó un gallardo retrato de su Majestad (de la proporción del natural, para enviarlo a Madrid) de la forma que entró en Lérida, empuñando el militar bastón y vestido de felpa carmesí, con tan lindo aire, tanta gracia y majestad, que parecía otro vivo Philipo; y se pudiera decir con razón lo que del retrato de Alejandro, que (por ser tanta su presteza para acometer a los enemigos y para poner en buena orden sus soldados), lo pintó Apeles con un rayo en la mano, representando esta figura tan al vivo a su original que decían los Macedonios que de los dos Alejandros, el que había engendrado Philipo no se podía vencer, y el que había pintado Apeles no se podía imitar.

Pintó también Diego Velázquez dos retratos, uno de la Majestad Católica del Rey nuestro Señor Don Phelipe Cuarto, y otro de su hermano el Serenísimo Señor Cardenal Infante Don Fernando de Austria, del natural, en pie, vestidos de cazadores, con las escopetas en las manos y los perros asidos de la trailla, descansando; parece los vió en lo más ardiente del día llegar fatigados del ejercicio penoso, cuanto deleitable de la caza, con airoso desaliño, polvoroso el cabello (no como usan hoy los cortesanos) bañado en sudor el rostro, como pinta Marcial en semejante caso, hermoso con el sudor y el polvo a Domiciano:

Hic stetit Arctoi formosus pulvere belli,
Purpureum fundens Cæsar ab ore iubar.

Y otros muchos poetas pudo imitar Diego Velázquez, que explica cuánto donaire añade a la belleza el cansancio, el descuido y el desaliño. Estas dos pinturas están en la Torre de la Parada, sitio de recreación de sus Majestades.

mero de mano derecha, como se entra a la Iglesia *; y uno y otro están con dos clavos en los pies sobre el supedáneo, siguiendo la opinión de su suegro, acerca de los cuatro clavos.

El año de 1639 hizo el retrato de Don Adrián Pulido Pareja, natural de Madrid, Caballero de la Orden de Santiago, Capitán General de la Armada y flota de Nueva-España, que estuvo aquí en aquella sazón a diferentes pretensiones de su empleo con su Majestad. Es del natural este retrato, y de los muy celebrados, que pintó Velázquez, y por tal puso su nombre, cosa que usó rara vez; hízole con pinceles y brochas que tenía de astas largas, de que usaba algunas veces para pintar con mayor distancia y valentía; de suerte que de cerca no se comprendía y de lejos es un milagro; la firma es en esta forma:

Didacus Velazquez fecit, Philip. IV. á cubiculo, eiusque Pictor, anno 1639.

Aseguran que estando acabado este retrato, pintando Velázquez en Palacio, y teniéndole puesto hacia donde había poca luz, bajó el Rey (como solía, a ver pintar a Velázquez), y reparando en el retrato (juzgando ser el mismo natural), le dijo con extrañeza: *¿Qué, todavía estás aquí? ¿No te he despachado ya; cómo no te vas?* Hasta que extrañando que no hacía la justa reverencia ni respondía, conociendo ser el retrato, volvió su Majestad a Velázquez (que modestamente disimulaba) diciendo: *Os aseguro que me engañé.* Está hoy este peregrino retrato en poder del Excelentísimo Señor Duque de Arcos.

§ IV

Cómo Velázquez fué sirviendo a su Majestad en la jornada que hizo al Reino de Aragón.

En el año de 1642 fué sirviendo a su Majestad en la jornada que hizo al Reino de Aragón para pacificar el Principado de Cataluña, y volvió a su Corte sábado seis de diciembre.

El año de 1643 mandó su Majestad a Don Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Olivares, se retirase a vivir a la Ciudad de Toro, de donde no saliese sin expresa licencia suya, y donde murió en

* Se conserva en la iglesia nueva de Mercedarios de la calle de Silva, en el solar de la Capilla.

22 de julio del año de 1645, de donde fué transferido por esta Corte a el Sepulcro de el Convento de Carmelitas Descalzas de la Villa de Loeches. No dejó Diego Velázquez de sentirlo, por ser hechura suya y a quien debía especiales honras, pero su Majestad continuó en honrarle como hasta allí. Y así el año de 1644 le mandó fuese sirviendo en la jornada que su Majestad repitió a Aragón para dar fuerza y valor a sus soldados con la cercanía de su persona, en la guerra de Cataluña. Estuvo Velázquez en Zaragoza, donde su Majestad asistió, y en Fraga. Y estando la Ciudad de Lérida oprimida de las armas francesas, habiéndose rendido a la presencia de su Rey y Señor natural, domingo 31 de julio de dicho año, donde entró su Majestad con soberano aplauso domingo 7 de agosto; Diego Velázquez pintó un gallardo retrato de su Majestad (de la proporción del natural, para enviarlo a Madrid) de la forma que entró en Lérida, empuñando el militar bastón y vestido de felpa carmesí, con tan lindo aire, tanta gracia y majestad, que parecía otro vivo Philipo; y se pudiera decir con razón lo que del retrato de Alejandro, que (por ser tanta su presteza para acometer a los enemigos y para poner en buena orden sus soldados), lo pintó Apeles con un rayo en la mano, representando esta figura tan al vivo a su original que decían los Macedonios que de los dos Alejandros, el que había engendrado Philipo no se podía vencer, y el que había pintado Apeles no se podía imitar.

Pintó también Diego Velázquez dos retratos, uno de la Majestad Católica del Rey nuestro Señor Don Phelipe Cuarto, y otro de su hermano el Serenísimo Señor Cardenal Infante Don Fernando de Austria, del natural, en pie, vestidos de cazadores, con las escopetas en las manos y los perros asidos de la trailla, descansando; parece los vió en lo más ardiente del día llegar fatigados del ejercicio penoso, cuanto deleitable de la caza, con airoso desaliño, polvoroso el cabello (no como usan hoy los cortesanos) bañado en sudor el rostro, como pinta Marcial en semejante caso, hermoso con el sudor y el polvo a Domiciano:

Hic stetit Arctoi formosus pulvere belli,

Purpureum fundens Cæsar ab ore iubar.

Y otros muchos poetas pudo imitar Diego Velázquez, que explican cuánto donaire añade a la belleza el cansancio, el descuido y el desaliño. Estas dos pinturas están en la Torre de la Parada, sitio de recreación de sus Majestades.

Retrató también admirablemente Velázquez a la Muy Alta y Catholica Señora Doña Isabel de Borbón, Reina de España, ricamente vestida, sobre un hermoso caballo blanco, a quien el color pudo dar nombre de cisne; tiene grandeza real y muestra ser ligero y grave; y aunque se conoce ser elegido entre muchos por el más galán, más airoso, más dócil y seguro; está tan ufano, no tanto por eso como porque parece tasca reverente el oro, que le enfrena suave, por venerar el celestial contacto en las riendas, que toca la mano, digna de empuñar el cetro de Imperio tan grande; es de la proporción del natural, y con el del Rey nuestro Señor a caballo (de quien hemos hecho mención), está en el Salón Dorado del Buen-Retiro, a los lados de la puerta principal; y encima de esta pintura está otro cuadro con el retrato del Serenísimo Príncipe Don Baltasar Carlos; y aunque de pocos años, armado y a caballo, con el bastón de Generalísimo en la mano, en una haca; la cual, corriendo con grande ímpetu y veloz movimiento, parece que con impaciente orgullo, respirando fuego, solicita ansiosa la batalla, prevista ya en su dueño la victoria.

Otro cuadro pintó, grandemente historiado, con el retrato de este Príncipe, a quien enseñaba a andar a caballo Don Gaspar de Guzmán, su Caballerizo Mayor, Conde-Duque de San Lucar. Esta pintura tiene hoy la casa del Señor Marqués de Liche, su sobrino, con singular aprecio y estimación.

Otro retrato pintó Don Diego Velázquez de su gran protector y mecenas Don Gaspar de Guzmán, tercer Conde de Olivares, que está sobre un brioso caballo andaluz, que bebió del Betis, no sólo la ligereza con que corren sus aguas, sino la majestad con que caminan, argentando el oro del freno con sus espumas, tan dificultosas de imitar al antiguo, cuanto eminente Protógenes. Está el Conde armado, grabadas de oro las armas, puesto el sombrero con vistosas plumas y en la mano el bastón de General; parece que, corriendo en la batalla, suda con el peso de las armas y el afán de la pelea. En término más distante, se divisaban las tropas de los dos ejércitos, donde se admira el furor de los caballos, la intrepidez de los combatientes, y parece que se ve el polvo, se mira el humo, se oye el estruendo y se teme el estrago. Es este retrato de la proporción del natural, y de las mayores pinturas que hizo Velázquez, en cuya alabanza escribió un panegírico Don García de Salcedo Coronel, Caballerizo del Serenísimo Señor Infante Cardenal, ingenio

tan relevante y de tan superior espíritu, que puede decir con muy justa razón con Ovidio:

Mortale est, quod quæris opus: mibi fama perennis
Quæritur, vt toto semper in Orbe Canar.

Otro retrato hizo Velázquez de Don Francisco de Quevedo Villegas, Caballero del Orden de Santiago y Señor de la Villa de la Torre de Juan Abad, de cuyo raro ingenio dan testimonio sus obras impresas, siendo en la Poesía española divino Marcial y en la Prosa segundo Luciano, para cuya alabanza sólo Lucrecio puede decir lo que canta de Enio:

Ennius, vt noster cecinit, qui primus amæna
Detulit ex Helicone perenni fronde Coronam.

Pintóle con los anteojos puestos, como acostumbraba de ordinario traer; y así el Duque de Lerma, en el Romance que escribió en respuesta de un Soneto, que le envió Don Francisco de Quevedo, en que le pedía las ferias de una esfera y de un estuche de instrumentos matemáticos, dijo:

Lisura en Verso, y en Prosa,
Don Francisco, conservad,
Ya que vuestros ojos son
Tan claros como un cristal.

Retrató también Velázquez al Excelentísimo Señor Don Gaspar de Borja y Velasco, Cardenal de la Santa Iglesia, del Título de Santa Cruz en Jerusalén, Arzobispo de Sevilla y de Toledo, Presidente del Consejo Real y Supremo de Aragón, que está hoy en el Palacio de los Señores Duques de Gandía. También retrató a Don Nicolás de Cardona Lusigniano, Maestro de Cámara del Rey nuestro Señor Don Felipe Cuarto. Es también muy celebrado el retrato de Pereyra, del Hábito de Christo, también Maestro de la Cámara, pintado con singular magisterio y destreza. También retrató a Don Fernando de Fonseca Ruiz de Contreras, Marqués de la Lapilla, Caballero de la Orden de Santiago, de los Consejos de Guerra y Cámara de Indias. Otro retrato pintó de su Majestad ar-

mado y sobre un hermoso caballo; y después de concluido con el estudio que acostumbraba, escribió en un peñasco:

PHILIPPVS MAGN. HVIVS, NOM. IV.
POTENTISSIMVS HISPANIARVM REX,
I N D I A R . M A X I M . I M P .
ANNO CHRIST. XXV. SÆCVLI XVII.
ERA XX. A.

Y en una piedrezuela fingió estar pegado con unas obleas un papel algo arrugado, pintado por el natural, con alguna diligencia, como lo muestra él mismo, para en habiendo el cuadro salido a la censura y parecer de todos, poner su nombre y considerar las faltas que le ponían, prefiriendo por más diligente juez al vulgo que a sí mismo. Propuso su obra Velázquez a la censura pública, y fué vituperado el caballo, diciendo estaba contra las reglas del Arte, con dictámenes tan opuestos que era imposible convenirlos; con que enfadado, borró la mayor parte de su pintura; y puso en vez de la firma, como él lo había borrado: *Didacus Velazquius, Pictor Regis, expinxit*; no sé si fué con fundamento profundo del Arte este juicio; porque no todo lo que parece defectuoso a los ojos del vulgo, lo es: ni tampoco lo que celebran por bueno, que en esta parte vemos cada día engañarse, no sólo el vulgo ignorante, sino personas de mucha erudición, calidad y falto juicio; por lo cual siempre es peligroso meter la hoz en la mies ajena; pues muchas veces los que al vulgo parecen borrones para el Arte son milagros; lo que admiro es el ejemplo que nos dió Velázquez en esta acción; lo uno en la modestia de borrar, y lo otro en la desconfianza de complacer; pues dejando borrado lo que notaron, se contentó con que supiesen, que él mismo lo borró, escusando repetir el trabajo de ejecutar lo propio, que ya tenía hecho; pues para quedar con acierto, había de estar como antes, y para quedar según la indiscreta corrección, mejor quedaba borrado, pues la variedad de juicios hacía imposible la empresa. Bien semejante a lo que sucedió a Lucas Jordán en la expresión del caballo que ejecutó en el cuadro de las Señoras Comendadoras de Santiago de esta Corte, que pintándole en el Salón de las Comedias de Palacio, llegó a ser tanta la variedad de encontrados pareceres en la Simetría y disposición del caballo, que no hallando forma de ajustarlo al dictamen de tantos, como se juzgaban prácticos en esta pericia; hubo de mandar el Señor Carlos Se-

gundo (por dictamen de sujeto de la profesión) que lo dejase como estaba, porque de otro modo nunca se acabaría. ¡Bien acertada resolución! Pues no es lo mismo tener inteligencia en el manejo de los caballos y en la simetría y disposición de su talle (si esto se puede conceder a todos los que lo presumen) que tener comprensión de los contornos que ofrecen a la vista los varios accidentes de su movimiento y la degradación * de sus escorzos, junto con los efectos de la distancia, y ambiente, que le circunda. Plinio, en su Historia Natural, lib. 35, dice que Alejandro Macedonio solía venir-se muchas veces a la Oficina de Apeles (como ya dijimos), gustando, no sólo de su artificio, sino también de su urbanidad: el cual le dijo, estando en su Obrador tratando imperitamente muchas cosas del Arte, que se persuadiese en amistad a guardar silencio sobre aquella materia, porque los muchachos que molían los colores no se riesen. Esto que de Alejandro escribe Plinio, Plutarco lo refiere a Megabiso en aquel tratado en que disputa qué diferencia hay entre el adulador y el amigo; donde dice, que estando Megabiso (noble de Persia) sentado junto a Apeles, pretendiendo decir algo acerca de las líneas y las sombras, le dijo: *Apeles, ¿no ves que los muchachos, que están moliendo la tierra melina, ponían la atención en ti, que poco ha estabas callando, y se admiraban de la púrpura y el oro que te ilustra? Pues estos mismos ahora se rien de ti, que empiezas a hablar sobre aquellas cosas que no has aprendido.*

Escribe Eliano la misma Historia; sólo difiere en decir fué el pintor Ceuxis; bien pudo ser también que un Megabiso basta para enfadar muchos Ceuxis y Apeles. Este retrato, pues, en la forma referida, estaba en el pasadizo de Palacio a la Encarnación.

Retrató también en este tiempo Velázquez con superior acierto una dama de singular perfección; a cuyo asunto escribió Don Gabriel Bocángel este epigrama, que no me ha parecido omitir, por su mucha agudeza en tan pocos números, para lisongear con ellos el gusto de los lectores:

Llegaste los soberanos
Ojos de Lisi a imitar,
Tal, que pudiste engañar
Nuestros ojos, nuestras manos.
Ofendiste su belleza,
Silvio, a todas desigual,

* Sic por degradación.

Porque tú la diste igual,
Y no la naturaleza.

También pintó el retrato de V. P. M. Fr. Simón de Roxas, estando difunto, varón eximio en letras y virtud. Retratóse también a sí mismo en diferentes ocasiones, y especialmente en el cuadro de la señora Emperatriz, de que se hará especial mención. En este tiempo pintó también un cuadro grande historiado de la toma de una plaza por el señor Don Ambrosio Espínola, para el Salón de las Comedias en Buen Retiro, con singular eminencia; como también otro de la Coronación de Nuestra Señora, que estaba en el oratorio del cuarto de la Reina en Palacio, sin otros muchos retratos de sujetos célebres y de placer que están en la escalera que sale a el Jardín de los Reinos en el Retiro; por donde sus Majestades bajan a tomar los coches.

§ V

Dase noticia del segundo viaje que hizo a Italia Don Diego Velázquez de orden de Su Majestad.

El año de 1648 fué Don Diego Velázquez enviado por Su Majestad a Italia con embajada extraordinaria a el Pontífice Inocencio Décimo, y para comprar Pinturas originales y estatuas antiguas y vaciar algunas de las más celebradas, que en diversos lugares de Roma se hallan, así de artífices romanos como de griegos; distinguiéndolos en el modo de obrar y de vestir, porque los romanos usaban esculpir los simulacros vestidos, y los griegos, desnudos, por descubrir el primor del Arte: como lo muestran las obras de Glicón Ateniese en la estatua de Hércules, Praxiteles y Fidias en el bucéfalo de Alejandro Magno; Apolonio Néstor en el torso de Hércules, tan celebrado de Miguel Angel, y otras muchas estatuas griegas.

Partió, pues, de Madrid Don Diego Velázquez por el mes de noviembre del dicho año de 1648. Embarcóse en Málaga con Don Jaime Manuel de Cárdenas, Duque de Nájera, que iba a Trento a esperar a la Reina nuestra señora doña María-Ana de Austria, hija del Señor Emperador Ferdinando Tercero y de la Señora Emperatriz Doña María, Infanta de España.

Fueron a parar a Génova, donde vió de paso algunas obras de Lázaro Calvo, y en la Plaza Mayor del Consejo el retrato de Andrea Doria, capitán de mar famosísimo, esculpido en mármol de mano de Fray Angelo de Montersoli, de alto de seis brazas, armado a lo antiguo, con un bastón en la mano y con algunos turcos a los pies, sobre un gran pedestal; que todo junto hace un espectáculo formidable en magnitud.

Pasó a Milán, y aunque no se detuvo a ver la entrada de la Reina, que se prevenía con grande ostentación, no dejó de ver algunas de las excelentes obras de Escultura y Pintura que hay en esta ciudad, como la maravillosa Cena de Cristo y de sus Apóstoles, obra de la feliz mano de Leonardo de Vinci; y últimamente vió todas las Pinturas y templos que hay en aquella ilustre ciudad.

Pasó a Padua, y de allí a Venecia, a cuya República era muy aficionado, por ser la oficina donde se han labrado tan excelentes artífices. Vió muchas obras de Ticiano, de Tintoreto, de Paulo Veronés, que son los autores a quien procuró seguir y imitar desde el año de 1629 que estuvo en Venecia la primera vez.

Aquí halló ocasión de comprar las Pinturas de un techo de historias del Testamento Viejo de mano de Jacobo Tintoreto; la principal de ellas tiene su forma aobada, y en ella están pintados los hijos de Israel cogiendo el maná, como lo escribe el éxodo, todo maravillosamente conducido; otro cuadro de la Conversión de San Pablo, y otro de la Gloria, que llaman de Tintoreto, copiosísimo de figuras, con grande armonía y disposición y obrado con suma facilidad y soltura; por lo cual se juzga ser de mano de Tintoreto, como lo es el grande, que pintó en Venecia, para el cual debió de hacer este diseño; obra de las suyas, la más digna de celebrarse por su perfección y grandeza estupenda.

Compró también un Adonis y Venus abrazados, cn un Cupidillo a los pies, de mano de Pablo Veronés, y algunos Retratos.

Del mismo Veronés halló dos cuadros grandes de Historia de la Vida de Cristo; el uno era el milagro de aquel ciego, a quien dió vista su Majestad, y ambos milagros del Arte; mas por estar pintados al temple, no se atrevió a traerlos, teniendo por más acertado carecer de ellos que ponerlos al riesgo de su deslustre en la embarcación.

Tomó el camino de Bolonia para ver en San Juan del Monte la singular Tabla de Santa Cecilia, que con otros cuatro Santos fué pintada de Rafael de Urbino; y el San Petronio, de mármol,

de mano de Micael Angel; y sobre la puerta de San Petronio, el Retrato del Papa Julio Segundo, de bronce.

Vióse con Miguel Colona y Agustín Miteli, bolonienses, insignes pintores a fresco, de quien hay muchas obras en Italia, que dan testimonio de su excelencia, para tratar con ellos de traerlos a España.

Estuvo aposentado en casa del Conde de Sena, de quien fué muy agasajado el tiempo que se detuvo en Bolonia, y cuando entró en ella le salió a recibir con otros caballeros en coches más de una milla de la ciudad.

Fué a Florencia, donde halló mucho que admirar, por haber favorecido tanto los Duques siempre las Artes del dibujo, que de su ilustre Academia han salido tan excelentes ingenios, como lo fué el Dante Aligero, no menos pintor que poeta; y el divino Micael Angel Bonarrota, el cual solo es bastante a hacerla famosa en el mundo. Y habiendo visto lo más célebre de aquella excelsa oficina de las artes y de ingenios, pasó a Modena, donde estuvo muy favorecido del Duque; mostróle su palacio, y las cosas curiosas y de estimación que tenía; y entre ellas, el retrato que Diego Velázquez pintó del Duque cuando estuvo en Madrid.

Envióle a que viese el Palacio y Casa de Recreación, que tiene siete leguas de Modena, pintada al fresco por Colona y Miteli; todas las paredes de figuras, compartimientos, cartelas y adornos con artificio tanto, que se persuade dificultosamente el que lo mira a que es pintura.

Pasó a Parma a ver la Cúpula de Antonio Coregio, tan celebrada en el mundo, y las pinturas que hizo *Mazzolino el Parmesano* (que aunque dijimos en el Tomo Primero se llama *Lactancio Gambera*, fué siniestro informe), siendo cada uno nuevo lustre de su Patria.

De aquí partió a Roma, y en llegando, fué preciso el ir a Nápoles a verse con el Conde de Oñate, Virrey de aquel Reino en aquella sazón; el cual tenía orden de su Majestad para asistirle larga y profusamente de todo lo necesario para su intento. Visitó a José de Ribera, del Hábito de Cristo, que en Nápoles acreditaba con sus obras a la nación española, llamado en Italia *il Spagnoletto*.

Volvió a Roma, donde fué muy favorecido del Cardenal Patrón Astali Pamfilio Romano, sobrino del Papa Inocencio Décimo, y del Cardenal Antonio Barberino, del Abad Pereti, del Príncipe Ludovico y de Monseñor Camilo Máximo, y de otros muchos señores;

como también de los más excelentes pintores, como el Caballero Mathias, del Hábito de San Juan; de Pedro de Cortona, de Monseñor Pusino, y del Caballero Alejandro Algardi Boloñés y del Caballero Juan Lorenzo Bernini, ambos estatuarios famosísimos.

Sin faltar a sus negocios, pintó muchas cosas, y la principal fué el retrato de la Santidad de Inocencio Décimo, de quien recibió grandes y señaladísimas mercedes. Y en remuneración, queriendo el Santo Padre honrarle, reconociendo su gran virtud y merecimiento, le envió una medalla de oro con la efigie de su Santidad, de medio relieve, pendiente de una cadena: trajo copia a España de este retrato. De él se cuenta que habiéndole acabado, y teniéndole una pieza más adentro de la antecámara de aquel Palacio, fué a entrar el camarero de Su Santidad, y viendo el retrato (que estaba a luz escasa), pensando ser el original, se volvió a salir, diciendo a diferentes cortesanos que estaban en la antecámara, que hablasen bajo, porque Su Santidad estaba en la pieza inmediata.

Retrató al Cardenal Pamphilio, a la Ilustrísima Señora Doña Olimpia, a Monseñor Camilo Maximo, Camarero de Su Santidad, insigne pintor, a Monseñor Abad Hipólito, Camarero también del Papa, a Monseñor, Mayordomo de Su Santidad, y Monseñor Micael Angelo, Barbero del Papa, a Ferdinando Brandano, Oficial Mayor de la Secretaría del Papa, a Gerónimo Bibaldo, a Flaminia Triunfi, excelente pintora. Otros retratos hizo, de los cuales no hago mención, por haberse quedado en bosquejo, aunque no carecían de semejanza a sus originales: todos estos retratos pintó con astas largas, y con la manera valiente del gran Ticiano, y no inferior a sus cabezas: lo cual no lo dudará quien viere las que hay de su mano en Madrid.

Cuando se determinó retratase al Sumo Pontífice, quiso prevenirse antes con el ejercicio de pintar una cabeza del natural; hizo la de Juan de Pareja, esclavo suyo y agudo pintor, tan semejante y con tanta viveza, que habiéndolo enviado con el mismo Pareja a la censura de algunos amigos, se quedaban mirando el retrato pintado y a el original, con admiración y asombro, sin saber con quien habían de hablar o quien les había de responder. Este retrato (que era de medio cuerpo del natural) contaba Andrés Esmit (pintor flamenco de esta Corte, que a la sazón estaba en Roma), que siendo estilo que el día de San José se adorne el Claustro de la Rotunda (donde está enterrado Rafael de Urbino) con pinturas insignes antiguas y modernas, se puso este retrato con tan universal

aplausos en dicho sitio, que a voto de todos los pintores de diferentes naciones, todo lo demás parecía pintura, pero éste solo verdad; en cuya atención fué recibido Velázquez por Académico romano, año de 1650.

Determinó volver a España, por las repetidas cartas que recibía de Don Fernando Ruiz de Contreras, en que Su Majestad le ordenaba se volviese.

Las estatuas que entresacó de tan gran número fueron principalmente la del troyano Laoconte, que está en Belvedere, sus dos hijos rodeados con intrincadas vueltas de dos serpientes, que los ciñen con admirables enlazaduras; de estas tres estatuas, la una está en acto de gran dolor, la otra de morir, la tercera de haber compasión. Dice Plinio que es obra que se puede preferir y anteponer a todas las demás de pintura y de la estatuaria, y que fué hecha de una sola pieza, con acuerdo y consejo del Senado de Atenas, de mano de tres excelentes artífices, que fueron Agesandro, Polidoro y Athenodoro, rodianos; refiérela Plinio con elegantes palabras y notable encarecimiento.

También un bello coloso de Hércules desnudo (que llaman el Hércules Viejo), puesto sobre un tronco del mismo mármol, y la piel del león Nemeo sobre él, y con la clava en la mano; las piernas y las manos son modernas, de mano de Jacobo de la Porta di Porlez, raro escultor y arquitecto; en el tronco están esculpidas unas letras griegas, que quieren decir que *Glicón Atheniense hizo aquella estatua*.

Otra de Antinoo, desnuda, que otros dicen ser Milón, está en pie, entera, mas sin un brazo, y fué tan venerada de Micael Angel Bonarrothi, que no se atrevió a suplirlo; tiene una banda revuelta sobre el hombro izquierdo. Fué Antinoo un bellissimo manco, amigo impudicamente del Emperador Adriano.

Trajo otra estatua o simulacro maravilloso del Nilo, río de Egipto, que descansa el lado izquierdo sobre una esfinge; tiene con la mano izquierda la Cornucopia de la Abundancia; y sobre sí tiene diecisiete niños del mármol mismo, y la vasa, en que se ven esculpidos cocodrilos y varias suertes de animales de Egipto, que en el mismo Nilo se esconden. Fué esta admirable estatua hallada cerca de San Esteban, por sobrenombre de Caco, y hace mención de ella Plinio.

También trajo la estatua de Cleopatra, que tiene el brazo derecho sobre la cabeza, y parece que está amortecida y desmayada

del veneno introducido en el pecho por la mordedura del áspid, que para quitarse la vida eligió, por no venir a manos de su enemigo Augusto, ya triunfante de ella y de su amante Marco Antonio.

Otra de un Apolo en pie, y desnudo, con un paño a las espaldas y sobre el brazo izquierdo; está en acto de haber disparado la flecha, mas el arco está roto; tiene la aljaba al cuello, pendiente de una cinta, y la mano derecha sobre un tronco de mármol, en el cual se ve una sierpe revuelta: es celebrada por de algún excelente estatuario griego.

También un Mercurio desnudo bellissimo, que tiene en la cabeza la gorrilla, con alas, en la mano izquierda el caduceo y en la derecha una bolsa, porque los antiguos hicieron a Mercurio Dios de la Elocuencia, y de las Mercancías y Ganancias, y Embajador de los Dioses.

Trajo también otra estatua de Niobe, en acto de correr, y vestida de una camisa sutilísima, que parece que la mueve el aire; tiene el brazo derecho levantado, y con el izquierdo recoge un manto que tiene revuelto en él.

También compró la estatua de Pan, Dios de los Pastores, desnudo, sólo con una piel de animal revuelta; está puesto en un tronco, en el cual se ve esculpido un albogue; un fauno viejo, Dios de las Selvas y de los Bosques, con un niño en los brazos, está en pie y desnudo arrimado a un tronco y revuelto en una piel de tigre.

Trajo también otra estatua de Baco, desnudo, arrimado a un tronco, y a los pies un perro comiendo uvas; una Venus desnuda, cuando nace de la espuma del mar; tiene un delfín abajo con la espuma en la boca y sobre sí algunos cupidillos: es famosísima estatua y menor que el natural, y de singular hermosura, pues no le hace falta el alma para parecer viva.

También otra estatua de un hombre desnudo, con el brazo derecho levantado y cerrada la mano, y con la izquierda tiene la ropa, y al pie una tortuga; dicen que es un jugador de la morra, y el que tiene la original en Roma la tiene por tal; otros dicen ser Bruto Consul, el cual fué cabeza de los conjurados contra Julio César.

También trajo una estatua pequeña de una ninfa, medio vestida, reclinada sobre el brazo izquierdo en una peña y en ella esculpida una concha marina; créese que es la diosa Venus.

Otra estatua de un hombre desnudo, que cae en tierra como desmayado; tiene una herida en el lado derecho y el semblante

de gran dolor; tiene un cordel al cuello y las armas caídas en tierra; y tiénese por un gladiator sentenciado a muerte; otros creen que será uno de los tres hermanos Curiacios de Albania, que combatieron con los tres Horacios romanos por la libertad de la Patria, y fueron vencidos y muertos, dejando a Albania sujeta a los romanos.

También trajo un hermafrodita desnudo, que descansa sobre un colchón, aquel que los poetas fingen ser coagulado de la unión de la ninfa Salmacis (compañera de las Naiades) y del hijo de Mercurio y Venus, mancebo de singular perfección; que habiendo los dioses, por ruegos de la ninfa Salmacis, convirtiéndolos en un sujeto, quedó con demostración de entrambos sexos; es la más bella estatua que se puede pensar.

Otro hermafrodita en pie, y una estatua pequeña de la diosa Vesta; otra de una ninfa desnuda, sentada, con una concha en la mano, como que vierte agua; tiénenla por Diana.

Una lucha de dos hombres desnudos, menores que el natural, de valiente artífice, que sin duda son gladiadores.

También un gladiator en pie, con feroz y fortísimo movimiento, es obra de griegos, como lo muestra la inscripción griega que tiene esculpida en un tronco mármreo, que quiere decir en nuestro idioma que *Agasías Dositeo* lo hizo colocar.

Tiene este gladiator contra sí a un hombre desnudo y sentado, con la espada en la mano, y a los pies un pequeño muchacho, con el arco en la mano, y un escudo y un yelmo en tierra; es muy bella estatua y muy carnosa, tanto que parece que respira; créese que sea un gladiator de aquellos que antiguamente de su voluntad se conducían a la palestra con las armas en la mano, y se exponían por un vil precio a peligro de la vida.

Trajo también una estatua de Marte desnudo, sólo con el yelmo en la cabeza, está en pie y con la espada en la mano, y un Narciso desnudo, en pie, con los brazos abiertos. enamorado de sí mismo y de la hermosa forma que ve debajo del agua; la cual piensa que sea cuerpo animado, costándole la vida esta loca pasión; por lo cual fué convertido en una flor, llamada de su propio nombre, cumpliéndose la profecía del adivino Tiresias.

Trajo también Velázquez el simulacro de una diosa de grandeza gigantea, tiene en la mano siniestra una corona de hojas atadas con una cinta, con la otra levanta la vestidura, que es delgada y sutil, y descubre los pies; tiene los brazos desnudos y parte del

pecho; y sobre los hombros, unos botoncillos que detienen la vestidura; y está ceñida de una cinta con un lacillo; es de mármol y de mano de noble artífice, y tiénese en reputación de la Diosa Flora.

También un Baco, mozo, desnudo, arrimado a un tronco, en que tiene una vestidura; tiene el brazo derecho levantado, y en la mano un racimo de uvas. También una figura desnuda, sacándose una espina de un pie, con extremada atención y cuidado. Una diosa incógnita vestida; tiénenla por Ceres, mas no tiene insignias propias.

Un león grande, con el cuello y espaldas vestidas de crecida greña, que muestra su ferocidad y nobleza. Asimismo muchos retratos, vestidos, armados y desnudos; como el de Adriano, sucesor de Trajano, que fué excelente Príncipe y gustó de todas las artes, tanto, que fué arquitecto, escultor y músico; y en la disciplina militar, famosísimo, más que en otra cosa; el de Marco Aurelio, filósofo y Emperador; el de Livia, mujer de César Augusto y madre de Tiberio, Emperador; el de Julia, hija de Julio César y mujer del gran Pompeyo; el de Faustina; el de Numa Pompilio; el de Septimio Severo; el de Antonino Pío; el de Germánico; el de Domiciano; el de Escipión Africano; el de Tito, hijo de Vespasiano, cortés Príncipe, y el que venció a los judíos y arruinó la Ciudad de Jerusalén, en venganza de la muerte de Cristo; y otros muchos Emperadores, Cónsules y grandísimo número de cabezas, sólo con cuello, de hombres y mujeres; y la cabeza del Moisés de Micael Angel, que está en el Sepulcro de Julio Segundo en San Pedro Advíncula; de quien dijo el Cardenal de Mantua que esta figura sola bastaba a honrar a el Papa Julio Segundo: tanta es su grandeza y majestad.

El deseo de ver a París le obligó a Diego Velázquez a intentar venir por tierra a España; mas no se determinó, por la inquietud de las guerras, aunque tuvo pasaporte del Embajador de Francia.

Embarcóse en Génova, año de 1651, cumpliendo con la puntualidad con que siempre obedeció las órdenes de Su Majestad; y aunque combatido de grandes borrascas, que fueron muchas, llegó al puerto de Barcelona por el mes de junio; pasó a Madrid, y habiéndose puesto a los pies del Rey, le honró de suerte que escribiendo Su Majestad de su Real mano una carta a Don Luis Méndez de Haro, decía entre otras cosas: *El señor Velázquez ha llegado, y traído unas pinturas, &c.* Refiérela Don Bernardino Tirado de Lei-

va en la deposición del pleito del Soldado de esta Villa, de que se hizo mención, Lib. 2, cap. 3, en el Tomo I, fol. 93.

En este entretiem po de la ausencia de Velázquez murió la Reina Doña Isabel de Borbón, y el Rey casó de segundas nupcias con la Serenísima Reina Doña María-Ana de Austria, que aportó en Denia; y habiendo el Rey celebrado sus bodas en la Villa de Navalcarnero, entró en Madrid año de 1649, con que no se halló Velázquez en estas funciones, pues volvió de Italia el año de 51, habiendo salido el de 48.

Tratóse luego de ir vaciando las estatuas, lo cual hizo Gerónimo Ferrer, que vino de Roma para este efecto, en lo cual era eminente, y Domingo de la Rioja, excelente escultor de Madrid; de bronce se vaciaron algunas estatuas, para la pieza ochavada, que fué traza y disposición de Velázquez; como también el ornato del salón grande y la escalera del Rubinejo, por donde Sus Majestades bajan a tomar los coches, que fué elección como de su ingenio; porque antes bajaban Sus Majestades a tomarlos por los corredores y escalera principal hasta los zaguanes. Las demás estatuas se vaciaron de estuco y se colocaron en la bóveda del Tigre y galería baja del Cierzo y otros sitios.

§ VI

En que la majestad del Señor Phelipe Cuarto le hace merced a Don Diego Velázquez de Aposentador Mayor de Palacio.

En el año de 1652 hizo Su Majestad a Don Diego Velázquez merced de Aposentador Mayor de su Imperial Palacio, sucediendo en este oficio a Don Pedro de Torres, y permaneció en él hasta el año de 1660, que murió, ejerciéndolo con entera satisfacción y gusto de Su Majestad; y tuvo por sucesor a D. Francisco de Rojas y Contreras, Secretario y Ayuda de Cámara de Su Majestad, y que en Flandes lo fué del Señor Infante Cardenal Don Fernando de Austria.

De este oficio de Aposentador de Palacio dice Gil González Dávila, Coronista de la Majestad Católica del Rey Don Felipe Cuarto nuestro Señor, en el Teatro de las Grandezas de Madrid, las calidades, ejercicios y preeminencias que le tocan, con gran puntualidad. Grande honor fué éste para Velázquez; bien que no falta quien discurra necesitaba éste punto de más alta reflexión; porque

parece debe atenderse con gran diferencia el premio de los hombres de facultad que el de otro linaje de méritos o servicios; pues recayendo éstos en hombres desocupados, el darles en que servir es aumentarles el mérito con el premio; pero en los hombres de profesión, es defraudarles con el premio el mérito; porque si éste se fundó en el ejercicio de su facultad, mal podrá continuarle quien no tiene ocasión de ejercerle; y así los premios de los artífices parece debían ser puramente honoríficos y pecuniarios (cuando son precisamente personales) honoríficos para estímulo y premio de la virtud; y pecuniarios, para que puedan lisonjear con el descanso los primores más ocultos del arte, atendiendo sólo al interés de la fama de la posteridad, dándoles más y más ocasiones en que contribuyan al honor con los primores de su estudio; que éste es el premio que más acredita la excelencia del artífice; porque suspender el uso de su facultad, aunque con empleos honoríficos, es un linaje de premio, que parece viste disfraces de castigo; porque al que ha delinquido en la administración de su oficio, le suspenden el uso; ¿pues cómo para unos ha de ser premio lo que para otros es castigo? Bien se deja considerar que lo más apreciable del honor es el servir a la Majestad; pero sirvan éstos en aquella línea, por donde se encaminaron a obtener la gracia de su Soberano, y no en otras tan extrañas al curso de su ingenio; que por mucho que sirva en ellas, malogran lo más precioso del servir y del merecer; pues para los empleos domésticos, sin más estudios que la común práctica, es hábil cualquiera mediano talento; mas para una habilidad superior, no es hábil cualquiera; porque la misma naturaleza parece nos da a entender lo mucho que le cuesta el sacar un hombre eminente, echando a perder a tantos, como vemos en varias Facultades quedarse en la falda de la montaña sin poder pisar de la cumbre la eminencia. Y últimamente, para servir en cualquiera empleo doméstico, se hallarán muchos que iguallen y aun excedan al más celebrado artífice; mas para una obra de ingenio peregrino, se hallarán muy pocos, y tal vez ninguno; luego será dictamen acertado disfrutar a un sujeto en aquello en que puede ser singular, y no en lo que sólo viene a ser común.

Bien lo practicó así la Católica Majestad del Señor Carlos Segundo, pues habiéndole hecho a Lucas Jordán casi innumerables mercedes para sí y para los suyos, nunca le hizo merced que le impidiese el curso de su habilidad; antes procuró excitarla con más y más ocasiones en que fructificase, ilustrando sus Palacios, Capillas

y Templos; pues aun la llave de Furriera (de que Su Majestad le hizo merced luego que vino a España, que es ayuda de Aposentador) sólo fué para lo honorífico de la entrada, reservándole de lo oneroso de servirla.

La plaza de Aposentador Mayor de Palacio, sobre ser de tanto honor, es de tanto embarazo, que ha menester un hombre entero. Y aunque los profesores de la Pintura nos gloriamos tanto de la exaltación de Velázquez a puestos tan honoríficos, también nos lastima el haber perdido muchos más testimonios de su habilidad peregrina para multiplicar documentos a la posteridad; pero la aptitud de su persona a cualquier empleo, y el alto concepto que Su Majestad había formado, así de su virtud como de su talento, le constituyeron acreedor de mayores honras; pues todas parecían estrechas a la profusión dilatada de sus méritos.

Debió Don Diego Velázquez a Su Majestad tanto aprecio de su persona, que tenía con él confianzas más que de Rey a vasallo, tratando con él negocios muy arduos; especialmente en aquellas horas más privativas, en que los señores y los demás áulicos están retirados. Sucedió, en comprobación de esto, que cierto hijo de un gran señor, con el ardimento de los pocos años, tuvo unas palabras algo destempladas con Velázquez, por no haber querido relajar alguna formalidad de su oficio; y habiéndoselo contado a su padre, entendiendo haber hecho alguna gentileza, le dijo el padre: *Con un hombre de quien el Rey hace tanto aprecio, y que tiene horas enteras de conversación con Su Majestad ¿habéis cometido semejante yerro? Andad, y sin darle mucha satisfacción y quedar en su amistad, no tenéis que volver a mi presencia.* Tanto era el concepto en que le tenían hasta los mismos señores; y tanto lo que Velázquez se supo merecer por su trato, por su persona, por su virtud y honrados procedimientos, a pesar de la torpe emulación, que nunca duerme, cebándose siempre en los esplendores ajenos: contagio preciso de los dichosos, y de que sólo se indultan los infelices.

§ VII

En que se describe la más ilustre obra de Don Diego Velázquez.

Entre las pinturas maravillosas que hizo Don Diego Velázquez, fué una del cuadro grande con el retrato de la Señora Emperatriz

(entonces Infanta de España) Doña Margarita María de Austria, siendo de muy poca edad: faltan palabras para explicar su mucha gracia, viveza y hermosura; pero su mismo retrato es el mejor panegírico. A sus pies está de rodillas Doña María Agustina, Menina de la Reina, hija de Don Diego Sarmiento, administrándole agua en un búcaro. Al otro lado está Doña Isabel de Velasco (hija de Don Bernardino López de Ayala y Velasco, Conde de Fuensalida, Gentilhombre de Cámara de Su Majestad), Menina también, y después Dama, con un movimiento y acción propisima de hablar; en principal término está un perro echado, y junto a él Nicolasio Pertusato, enano, pisándolo, para explicar al mismo tiempo que su ferocidad en la figura, lo doméstico y manso en el sufrimiento; pues cuando le retrataban se quedaba inmóvil en la acción que le ponían; esta figura es oscura y principal, y hace a la composición gran armonía; detrás está Mari Barbola, enana, de aspecto formidable; en término más distante y en media tinta está Doña Marcela de Ulloa, Señora de Honor, y un Guarda Damas, que hacen a lo historiado maravilloso efecto. Al otro lado está Don Diego Velázquez pintando; tiene la tabla de los colores en la mano siniestra, y en la diestra el pincel, la llave de la Cámara y de Aposentador en la cinta, y en el pecho el hábito de Santiago, que después de muerto le mandó Su Majestad se le pintasen; y algunos dicen que Su Majestad mismo se lo pintó, para aliento de los profesores de este nobilísimo Arte, con tan superior cronista; porque cuando pintó Velázquez este cuadro, no le había hecho el Rey esta merced. Con no menos artificio considero este retrato de Velázquez que el de Fidias, escultor y pintor famoso, que puso su retrato en el escudo de la estatua que hizo de la Diosa Minerva, fabricándole con tal artificio, que si de allí se quitase se deshiciese también de todo punto la estatua.

No menos eterno hizo Ticiano su nombre, con haberse retratado teniendo en sus manos otro con la efigie del Señor Rey Don Felipe Segundo; y así como el nombre de Fidias jamás se borró, en cuanto estuvo entera la estatua de Minerva, y el de Ticiano, en cuanto durase el de el Señor Felipe Segundo, así también el de Velázquez durará de unos siglos en otros, en cuanto durare el de la excelsa, cuanto preciosa Margarita; a cuya sombra inmortaliza su imagen con los benignos influjos de tan Soberano Dueño.

El lienzo en que está pintado es grande, y no se ve nada de lo

pintado, porque se mira por la parte posterior, que arrima a el caballete.

Dió muestras de su claro ingenio Velázquez en descubrir lo que pintaba con ingeniosa traza, valiéndose de la cristalina luz de un espejo, que pintó en lo último de la galería y frontero al cuadro, en el cual la reflexión o repercusión nos representa a nuestros Católicos Reyes Felipe y Mariana. En esta galería, que es la del cuarto del Príncipe, donde se finge y donde se pintó, se ven varias pinturas por las paredes, aunque con poca claridad; conócese ser de Rubens, y Historias de los Metaforsios * de Ovidio. Tiene esta galería varias ventanas, que se ven en diminución, que hacen parecer grande la distancia; es la luz izquierda, que entra por ellas, y sólo por las principales y últimas. El pavimento es liso y con tal perspectiva, que parece se puede caminar por él; y en el techo se descubre la misma cantidad. Al lado izquierdo del espejo está una puerta abierta, que sale a una escalera, en la cual está José Nieto, Aposentador de la Reina, muy parecido, no obstante la distancia y degradación de cantidad y luz en que le supone; entre las figuras hay ambiente; lo historiado es superior; el capricho, nuevo; y, en fin, no hay encarecimiento que iguale al gusto y diligencia de esta obra; porque es verdad, no pintura. Acabóla Don Diego Velázquez el año de 1656, dejando en ella mucho que admirar y nada que exceder. Pudiera decir Velázquez (a no ser más modesto) de esta pintura, lo que dijo Ceuxis de la bella Penélope (de cuya obra quedó tan satisfecho): *In visurum aliquem, facilius, quam imitaturum*; que más fácil sería envidiarla que imitarla.

Esta pintura fué de Su Majestad muy estimada, y en tanto que se hacía, asistió frecuentemente a verla pintar; y asimismo la Reina nuestra Señora Doña María-Ana de Austria bajaba muchas veces, y las Señoras Infantas y Damas, estimándolo por agradable deleite y entretenimiento. Colocóse en el cuarto bajo de Su Majestad, en la pieza del despacho, entre otras excelentes; y habiendo venido en estos tiempos Lucas Jordán, llegando a verla, preguntóle el Señor Carlos Segundo, viéndole como atónito: *¿Qué os parece?* Y dijo: *Señor, ésta es la teología de la pintura*; queriendo dar a entender que así como la Teología es la superior de las ciencias, así aquel cuadro era lo superior de la Pintura.

* Sic por *Metamorfosis*.

§ VII

De las pinturas que llevó Velázquez al Escorial de orden de Su Majestad, y de las pinturas del salón grande, que llaman de los Espejos.

En el año de mil seiscientos y cincuenta y seis mandó Su Majestad a Don Diego Velázquez llevase a San Lorenzo el Real cuarenta y una pinturas originales; parte de ellas de la almoneda del Rey de Inglaterra Carlos Estuardo, Primero de este nombre; otras que trajo Velázquez, y de que hicimos mención en el § 5, y otras que dió a Su Majestad Don García de Avellaneda y Haro, Conde de Castrillo, que había sido Virrey de Nápoles, y a la sazón era Presidente de Castilla; de las cuales hizo Diego Velázquez una descripción y memoria, en que da noticia de sus calidades, historias y autores, y de los sitios donde quedaron colocadas, para manifestarla a Su Majestad, con tanta elegancia y propiedad, que calificó en ella su erudición y gran conocimiento del Arte; porque son tan excelentes, que sólo en él pudieran lograr las merecidas alabanzas.

El año de 1657 quiso Diego Velázquez volver a Italia, y el Rey no lo permitió, por la dilación de la vez pasada. Pero deseando Su Majestad ver pintados al fresco los techos o bóvedas de algunas piezas de Palacio, por ser este modo de pintar el más apto para las paredes y bóvedas y el más eterno de todos los que los pintores usan y muy ejercitado de los antiguos. Vinieron de Italia para este efecto Micael Angel Colona y Agustín Miteli, a los cuales había comunicado Don Diego Velázquez en Bolonia, como ya hemos dicho.

Llegaron a Madrid el año de 1658, donde fueron muy agasajados y asistidos de Don Diego Velázquez; aposentólos en la Casa del Tesoro, en un cuarto principal, y a su cargo estuvieron las pagas que cada mes se les hacían; en cuya disposición y concierto intervino también el Duque de Terranova, como superintendente de las obras reales.

Pintaron los techos de tres piezas consecutivas del cuarto bajo de Su Majestad: en la una, el día; en la otra, la noche; en otra, la caída de Faetón en el río Eridano, todo con nobilísima forma, ac-

ciones y artificio, y excelentes adornos de mano de Miteli, que en esto tuvo muy singular ingenio, como se califica en todas sus obras.

En el mismo cuarto pintaron una galería, que tiene vista al jardín de la Reina; en ésta pintó Miteli todas las paredes, enlazando algo la Arquitectura verdadera con la fingida, con tal perspectiva, arte y gracia, que engañaba la vista, siendo necesario valerse del tacto para persuadirse a que era pintado. De mano de Colona fueron las figuras fingidas de todo relieve e historias de bajo relieve de bronce y realzadas con oro, y los delfines y muchachos de las fuentes, que también eran fingidas, y los festones de hojas y de frutas y otras cosas movibles, y un muchacho negrillo, que bajaba por una escalera, que éste se fingió natural, y una pequeña ventana verdadera, que se introdujo en el cuerpo de la arquitectura fingida; y es de considerar, que dudando los que miraban esta perspectiva, que fuese fingida esta ventana (que no lo era), dudaban que fuese verdadera, causando esta equivocación la mucha propiedad de los demás objetos, que eran fingidos. Pero la vicisitud de los tiempos deterioró de suerte el edificio, que fué forzoso repararle, y abandonar tantos primores y maravillas del Arte, como lo calificó yo cuarenta años atrás, y no he querido pereciese su memoria.

En este tiempo se consideró lo que se había de pintar en el salón grande, que tiene las ventanas sobre la puerta principal de Palacio; y habiendo hecho elección de la Fábula de Pandora, hizo Diego Velázquez planta del techo con las divisiones y forma de las pinturas, y en cada cuadro escrita la historia que se había de ejecutar.

Comenzaron esta obra el año de 1659, por el mes de abril; tocóle a Don Juan Carreño el pintar al fresco el Dios Júpiter, y a Vulcano, su herrero e ingeniero mayor, mostrándole aquella estatua de mujer, que Júpiter le había mandado formar con la mayor perfección que su ingenio alcanzase, y en dónde había echado el resto de su saber: y así sacó una estatua prodigiosa y de singular hermosura. En término más distante pintó la fragua y oficina de Vulcano con sus yunques, bigornias y otros instrumentos de herrería, y en ella trabajando los cíclopes, a quien tenía por oficiales, cuyos nombres eran Brontes, Estéropes, Piragmón.

A Micael Colona le tocó pintar cuando Júpiter mandó a los Dioses que cada uno la dotase de algún don para que con esto quedase más perfecta; Apolo, la Música; Mercurio, la Discreción y Elocuencia; y, en fin, cada uno la enriqueció de aquello que era

de su cosecha; y por haber alcanzado tantos dones de los dioses, le llamaron *Pandora*, en griego: de pan, que quiere decir *todo*; y de esta palabra *Doron*, que significa *dotación*; y los dos nombres juntos quieren decir *dotada de todo*. Véanse los dioses y diosas bellísimamente colocados en tronos de nubes, con las señas propias para ser conocidos, presidiendo a todos Júpiter sobre el águila, y abajo Pandora y Vulcano: ésta es la principal historia y la de enmedio del techo; su forma es algo aobada, y la de todo el techo algo cóncava.

A Don Francisco Rici le tocó el pintar a Júpiter, dándole a Pandora un riquísimo vaso de oro, diciendo que allí dentro llevaba la dote para su remedio; que fuese a buscar a Prometeo, que era persona que le merecía, y que se dotase con lo que llevaba.

En otra parte pintó a Pandora ofreciéndole a Prometeo aquel vaso de oro, el cual, con vivísima acción y movimiento, la desprecia y despida de sí sin quererla acabar de oír; que como tan prudente y discreto conoció que era cosa contrahecha y algo fingida su compostura, gallardía y eficacia que tenía en el persuadir. En término más distante se ve Himeneo, Dios de las Bodas, y un cupidillo, que se sale por una puerta, viendo inútiles allí sus armas.

Conociendo Prometeo que Pandora había de ir a encontrarse con su hermano Epimeteo, le advirtió y dió aviso, por ser menor y poco advertido, que si acaso aquella mujer llegase por su puerta, por ningún caso la dejase entrar, porque era engañadora; Pandora se fué a casa de Epimeteo, en ocasión que supo estaba ausente Prometeo, y pudo obligarle tanto con el halago de sus dulces palabras, y persuadirle con tanta eficacia, que sin atender al consejo de su hermano ni a las consecuencias que podían resultar de aflicciones y desasosiegos y otras cosas que trae consigo el matrimonio, se casó con ella. Este casamiento de Epimeteo y Pandora comenzó a pintar Carreño; y estando muy adelantado, le atajó una muy grave enfermedad, y así fué preciso lo acabase Rici (de quienes son también las historias de las tarjas fingidas de oro, que están en los cuatro angulos de la Sala), aunque después de algunos años, habiéndose ofrecido hacer andamios para reparar lo que maltrató la pintura una lluvia que sobrevino; volvió Carreño a pintar la dicha historia, casi toda a el óleo.

A Miteli tocó el ornato que lo hizo con gran manera, enriqueciéndolo con tan hermosa arquitectura, fundado y macizo ornamento que parece pone fuerza al edificio; y lo que es muy digno de

toda ponderación, la mucha facilidad y destreza con que está obrado. Colona pintó algunas cosas movibles, festones de hojas, de frutas, de flores, escudos, trofeos y algunos faunos, ninfas y niños bellísimos, que plantan sobre la cornisa relevada, que se fingió de jaspe, y una corona de laurel dorada, que ciñe toda la Sala en torno. Quedó la pieza tan hermosa, que deleita los ojos, recrea la memoria, aviva el entendimiento, se apacienta el ánimo, se incita la voluntad y está finalmente publicando todo majestad, ingenio y grandeza. El Rey subía todos los días, y tal vez la Reina nuestra Señora Doña María Ana de Austria y las Señoras Infantas a ver el estado que llevaba esta obra; y preguntaba a los artífices muchas cosas, con el amor y agrado que siempre trató Su Majestad a los profesores de esta Arte.

Para todas estas historias se hicieron excelentes dibujos o cartones del mismo tamaño en papel teñido, que servía de media tinta al realce blanco, la cual manera de dibujar es muy celebrada y seguida de grandes hombres: por lo cual dijo el Basari: *Questo modo e molto alla pittoresca, e monstra più l'ordine del colorito*. Y los que hizo Colona fueron de extremado gusto, porque parecían coloridos: y fué la causa que siendo el papel de un color azul natural, realzaba con yeso, mezclado con tierra roja, siguiendo la misma orden que en el pintar.

Muchos pintores hay que para las obras al óleo huyen de hacer cartones del mismo tamaño; mas para las obras al fresco, no se puede excusar, para compartir la obra, que venga justa y medida; y ver el efecto que hace la elección y juicio de toda junta.

Habiendo, pues, acabado Miteli y Colona las obras de Palacio, los llevó el Marqués de Heliche al Buen Retiro, para pintar la ermita de San Pablo, primer ermitaño; lo cual hicieron con no menor grandeza y arte. Ejecutaron allí la Fábula de Narciso, con admirable arquitectura, adornos y columnas que desmienten lo cóncavo de la bóveda. Y en el oratorio de esta ermita está un cuadro de la visita de San Antonio Abad a San Pablo Ermitaño, de mano de Velázquez, cosa excelente. En un jardín, que el dicho señor Marqués tiene dentro de Madrid, cerca de San Joaquín, pintaron también muchas cosas; y es de admirar, de mano de Colona, el Atlante, agobiado, y sobre las espaldas una esfera con todos los círculos y signos celestes. Está con tal arte obrada, que parece una estatua de todo relieve, y que hay aire entre la pared y la figura, causado del esbatimento o sombra que supone sacudir con la luz en la pa-

red. También pintaron en una fuente un adorno con dos términos, cosa de gran capricho; pero ya todo muy deteriorado de las injurias del tiempo. Había en este jardín muy excelentes obras de escultura y pintura, que ya todo se ha disipado.

De aquí los llevaron al Convento de Nuestra Señora de la Merced, para pintar toda la iglesia; y teniendo los dos concertada la obra con los religiosos, al pintar la cúpula murió Agustín Miteli a 2 de agosto del año de 1660. Lunes, día de Nuestra Señora de los Angeles, causando común sentimiento en toda la Corte la muerte de un tan ilustre pintor, y en los religiosos muy gran pérdida: enterráronle en el mismo convento con gran solemnidad; y a su muerte se hicieron muy elegantes versos y el siguiente apitafio:

Túmulo honorario y elogio funeral en las exequias que se hicieron a Agustín Miteli, a cuyas cenizas le hizo, en nombre de la Escuela de los Estudios, un su aficionado.

D. M. S.

Augustinus Miteli Bononiensis, pictor præclarus, Naturæ æmulus admirandus, ac perspectiva incomparabilis, cuius manu prope vivebant imagines, ipsa invida, occubuit Mantuæ Carpentance, postridie Kalendas Augusti, Anno M.D.C.LX.

H. S. E. S. T. T. L.

Se suspendió esta obra con tan funesto como impensado accidente; y en tanto pintó Colona los techos de la casa de la huerta que labró el señor Marqués de Heliche en el Camino del Pardo (la que hoy posee el Marqués de Narros), y donde también pintaron muchos pintores, así españoles como extranjeros; estuvo esta obra a cargo de Don Juan Carreño y de Don Francisco Rici. Copiáronse en las paredes los mejores cuadros que se pudieron haber, con mucha puntualidad. Hay de Rafael, de Ticiano, de Veronés, de Vandic, de Rubens, de Velázquez y de otros muchos, y con marcos de oro. también pintados, y colgaduras de telas fingidas famosísimamente; y en las paredes de la casa, por la parte exterior, se pintó al fresco y se delinearon algunos relojes, con notables curio-

sidades, que había de mostrar en tales días el Sol; lo cual la injuria del tiempo tiene ya arruinado.

Aunque se suspendió la obra de la Merced por algún tiempo, se acabó la cúpula con grande acierto y aplauso de toda la Corte de mano de Miguel Colona; que aunque se aplicaba más a las figuras que a los adornos, no era por lo que ignoraba, sino por dejarle a Miteli aquel linaje de obra, en que era más excelente; y concluida, partió de Madrid para Italia por el mes de septiembre del año de 1662, aunque otros dicen pasó a Francia.

§ IX

En que se trata de la imagen del Santo Cristo del Panteón y de la venida de Moreli a España.

El año de 1659 llegó a España la imagen del Cristo Crucificado, de bronce y dorado, que mandó hacer en Roma, de orden del Rey, el Duque de Terranova, para la capilla Real del Panteón; Entierro de los Católicos Monarcas de España. Fué su artífice un sobrino de Julián Fineli (alievo o discípulo del Algardi), que siendo mozo, mostró en esta obra más de lo que se esperaba. Trajéronlo a Palacio por el mes de noviembre, y fué visto de Su Majestad en la pieza ochavada, y luego mandó a Diego Velázquez diese orden de llevarlo a San Lorenzo el Real y que fuese también allí, para ver la forma que se había de tener en su colocación; hizolo como Su Majestad lo mandaba.

En este año vino de París a Valencia Juan Bautista Moreli, natural de Roma, famoso estatuario, discípulo del Algardi, con el motivo de haberle sucedido en Francia no sé qué contratiempo, el cual le hizo forzosa la fuga, habiendo sido allá escultor muy estimado del Rey cristianísimo. Y habiendo labrado maravillosas cosas de barro, en figuras redondas y de bajo relieve, como se ve en las historias que labró en Valde-cristo (uno de los Monasterios de la Santa Cartuja en aquel Reino), y en otras cosas que yo he visto en Valencia en casa de Don Juan Pertusa (Caballero del Orden de Montesa, de las más ilustres casas de aquella Ciudad), y en otras partes, con tal excelencia, que parece le infundió Tintoreto su espíritu y viveza, determinó de enviarle a Don Diego Velázquez alguna obra de su mano, como a protector de esta Arte, y en quien siempre los profesores de todas hallaron la debida estimación y am-

paro, como se experimentó en muchas ocasiones, de que pudiera hacer larga mención; y así envióle una carta, y con ella unos niños alados, con las insignias de la Pasión de Cristo de medio relieve; lo cual visto por Don Diego Velázquez y Juan Bautista del Mazo, su yerno, pintor de Su Majestad, que le sucedió en la plaza de pintor de Cámara), tuviéronlo por cosa superior y digna de la vista de Su Majestad, a quien se lo manifestaron con grande aprobación y complacencia del Rey, y así se colocaron en Palacio puestos en sus marcos; y de Su Majestad (por mano de Velázquez) fueron remunerados. Después, habiendo visto cuán bien habían parecido, envió Moreli otros barro y un Cristo difunto de todo relieve, grande y con algunos ángeles, que le tienen, llorando, con mucha propiedad; un San Juan Bautista; Niño Jesús dormido; un San Felipe Neri de medio cuerpo y de todo relieve, como las antecedentes.

Deseó Velázquez ver a Moreli y traerlo a Palacio, para que hiciese algunas obras; y habiéndole escrito en esta conformidad, no pudo venir a Madrid hasta el año de 1661, con el sentimiento de haberle faltado ya Velázquez. Trajo un buen número de estatuas pequeñas de los dioses, observando en cada una aquellas partes en que fueron los griegos únicos; que es el semblante y acción vivísima conforme al sujeto que representa. Si es Orfeo, tocando su citara, explica lo sonoro del canto un chiquillo dormido a la dulce melodía de su acento. Cibeles con una corona de torres en sus sienes (que así la pintaban los antiguos), representa su grandeza; porque los poetas fingieron que ésta fué la madre de todos los dioses. En Mercurio, como Dios de la Paz, la quietud de ánimo. En Marte, el furor. En Júpiter, el poder; y asimismo expresada en todas las demás; como Neptuno, Vulcano, Saturno y otros, que todas son dignas de grande aprecio y estimación. Estas estatuas se colocaron en Palacio en una estancia de las bóvedas del Jardín de la Reina.

Mandóle Su Majestad a Moreli labrase una figura del natural del Dios Apolo desnudo, sólo con una banda que le honestase, y al lado derecho un niño bellísimo, que le tiene la lira; porque los antiguos le atribuyeron la Música. Bajaba Su Majestad frecuentemente a verle modelar y esculpir; concluída esta figura, se puso en un jardín. Hizo otra estatua de barro de una musa, con un chiquello al lado, que le tiene el instrumento músico; ésta se puso en un nicho de la escalera secreta del cuarto del Rey. Hizo el modelo de los mascarones de bronce dorados, que están en la fuente que se labró el año de 1662 en Aranjuez, con muchos caños de agua y

adornada de muchas estatuas de mármol. Y habiendo comenzado unos adornos de estuque en algunas piezas de aquel Palacio, se quedaron sin acabar, por muerte del Señor Felipe Cuarto, y también por estar mal asistido de medios; y Moreli se volvió a Valencia, con ánimo de venir después a concluirlos, como con efecto vino; y preocupándole la muerte en Madrid, se quedaron así. Fué superior, especialmente en el labrar o modelar de barro.

§ X

Cómo Velázquez asistió, de orden de Su Majestad, al Embajador extraordinario de Francia, que vino a tratar las bodas con la Serenísima Señora Infanta de España Doña María Teresa de Austria, y de algunos retratos que hizo Velázquez en este tiempo.

Volviendo, pues, a el año de 1659, en el día 16 de octubre entró en Madrid el Mariscal Duque de Agramont, Gobernador de Vearne, Burdeos y Bayona, Embajador extraordinario del cristianísimo Rey Luis Décimocuarto, cerca de las felices nupcias de aquella Majestad con la Serenísima Señora Doña María Teresa Bibiana de Austria y Borbón (entonces Infanta de España): entró en Palacio, apadrinado del señor Almirante de Castilla; recibióle Su Majestad en el salón, arrimado a un bufete, y en pie; y así estuvo todo el tiempo que duró la función. Estaba la Pieza de los Espejos adornada espléndida y ricamente; y debajo del dosel una silla de inestimable precio. Este adorno estuvo a cargo de Don Diego Velázquez, como Aposentador Mayor, y del tapicero mayor; y habiendo gustado el monsieur Mariscal de ver despacio el cuarto del Rey, mandó Su Majestad a Don Diego Velázquez le asistiese con mucho cuidado, mostrándole lo más precioso y notable de Palacio. Lunes veinte de octubre, a las dos de la tarde, entró el monsieur Mariscal en Palacio por la escalera secreta que sale al jardín del parque. Venía acompañado de sus dos hijos, el Conde de Guiche, Maestre de Campo de uno de los regimientos de las Guardias del Rey cristianísimo, y el Conde de Lovini y otros señores. Fué Don Diego Velázquez mostrándoles todas las piezas del Palacio, en que tuvieron mucho que admirar, por la multitud de pinturas originales, estatuas, pórfdos y demás riquezas de que se adorna su gran fábrica.

Asimismo tuvo mucho que admirar en el adorno de las casas

que visitó; y singularmente en la del Almirante de Castilla, la de Don Luis de Haro y Duque de Medina de las Torres, Conde de Oñate, que tienen excelentísimas pinturas originales. Cuando se fué el monsieur Mariscal a Francia, le dejó a Don Cristóbal de Gaviria, de la Orden de Santiago, Teniente de Capitan de las Guardias españolas y conductor de Embajadores, un reloj de oro riquísimo, para que se lo diese a Don Diego Velázquez.

Este año de 1659 ejecutó Velázquez dos retratos, que Su Majestad mandó hiciese, para enviarlos a Alemania al Señor Emperador: el uno fué del Serenísimo Príncipe de las Asturias, Don Felipe Próspero, que nació el año de 1651, miércoles, 28 de noviembre, a las once y media de la mañana: es uno de los más excelentes retratos que pintó, con ser tan dificultosos los de los niños, por la viveza e inquietud que tienen. Pintóle en pie y con el traje que requerían tan pocos años; tiene junto a sí la montera con un plumaje blanco sobre un taburete raso; al otro lado una silla carmesí, y sobre ella descarga blandamente la mano derecha; en la parte superior del cuadro hay una cortina; en lo distante de la pieza, en que se finge una puerta abierta, todo con extremada gracia y arte y con aquella belleza de color y manera grande de este ilustre pintor; sobre la silla está una perrilla, que parece viva, y es retrato de una que estimaba mucho Velázquez. Parece que le sucedió lo mismo que a Publio, excelente pintor, que retrató a su querida perrilla *Isa*, para hacerla inmortal, como lo dijo agudamente Marcial y lo pudo también decir de Velázquez.

*Hanc, ne lux rapiat suprema, totam,
Picta Publius exprimit tabella;
Inquò, tam similem videbis, Issam,
Ut sit tam similis sibi, nec ipsa.
Issam denique pone cum tabella:
Aut utramque putabis, esse pictam;
Aut utramque putabis, esse veram.*

El otro retrato fué de la Serenísima Infanta Doña Margarita María de Austria, muy excelentemente pintado y con aquella majestad y hermosura de su original; a la mano derecha está sobre un bufetillo un reloj de ébano, con figuras y animales de bronce, y con muy garbosa forma; en medio tiene un círculo, donde está pintado el Carro del Sol; y en el mismo círculo hay otro pequeño, en el cual están compartidas las horas.

En este tiempo hizo otro retrato de la Reina nuestra Señora en una lámina de plata redonda, del diámetro de un real de a ocho segoviano, en que se mostró no menos ingenioso que sutil, por ser muy pequeño, muy acabado y parecido en extremo, y pintado con gran destreza, fuerza y suavidad; y cierto que quien en tan pequeño espacio infunde tanto espíritu, como se ve en este retrato, que parece (si pudieran caber celos en la naturaleza) los tuviera de él. Merece nombre inmortal, con más justa razón que alabanza, Mercei, de escultor famoso, por haber esculpido en un hueso de una guinda un navío, con todas sus jarcias, de suerte que puesta una abeja sobre la entena, le encubría todo con sus alas; causando tanto asombro esta obra, que dice Cicerón que por ella le quisieron poner en el número de los dioses; siendo así que esto lo consigue quien tiene, junto con perspicaz vista, un gran lago de flema; y una delicada pintura, que parezca tiene alma, la consigue el que tiene profundo ingenio con muy largo estudio y práctica de muchos años.

Pocas veces tomó los pinceles Diego Velázquez después; y así podemos decir fueron estos retratos las últimas obras y última en perfección de su eminente mano, que le elevó a tan superior estimación y aprecio, habiéndole favorecido tanto la fortuna, la naturaleza y el ingenio, que sobre ser muy envidiado, se conservó nunca envidioso. Era muy agudo en sus dichos y respuestas: díjole un día Su Majestad *que no faltaba quien dijese que toda su habilidad se reducía a saber pintar una cabeza*, a que respondió: *Señor, mucho me favorecen, porque yo no sé que haya quien la sepa pintar*. Notable efecto de la emulación en un hombre que con tan soberanos testimonios de cuadros historiados había acreditado su universal comprensión del Arte, en que dejó otros tantos documentos a la posteridad!

§ XI

De la merced más singular que hizo Su Majestad a Don Diego Velázquez en premio de su virtud y servicios.

El año de 1658 (hallándose Don Diego Velázquez con el Rey en El Escorial), considerando Su Majestad que el ingenio, habilidad y méritos personales de otros servicios en Don Diego Velázquez le constituían acreedor de mayores adelantamientos, le honró con la merced de Hábito (el que eligiese) de una de las tres Orde-

nes Militares un día de la Semana de Ramos; y Velázquez eligió el del Orden Militar de la Caballería de Santiago. Y a no haberle preocupado la muerte, hubiera sido principio para ascender a mayores honras, según la aptitud de su persona, que ofrecía materiales para labrar más elevadas fortunas.

Oí decir a persona de todo crédito, que habiéndose dilatado el despacho de las pruebas, por algún embarazo, ocasionado de la emulación (que la tuvo grande), habiéndolo entendido el Rey, mandó al Presidente de Ordenes, Marqués de Tabara, le enviase los informantes, que tenía Su Majestad que decir en las pruebas de Velázquez; y habiendo venido, dijo el Rey: *Poned que a mí me consta de su calidad*; con lo cual no fué menester más examen. ¡Oh magnanimidad, digna de tan gran Rey!, perfeccionando por su mano la hechura, que había labrado, y se la pretendían deslucir; y excusándole al mismo tiempo el rubor de la detención, y los crecidos gastos del nuevo informe. En fin, salió su despacho del Consejo de las Ordenes el jueves a 27 de noviembre y el viernes, día de San Próspero Mártir, 28 de dicho mes y año en el Convento de Religiosas de Corpus Christi, con las ceremonias acostumbradas y con gran gusto de todos recibió el hábito por mano del señor Don Gaspar Juan Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, Conde de Niebla (que después fué Duque de Medina-Sidonia); fué su padrino el excelentísimo señor Don Baltasar Barroso de Ribera, Marqués de Malpica, Comendador de el Orden de Santiago.

Volvióronle a Palacio, y fué de Su Majestad muy bien recibido y de todos los señores y criados del cuarto del Rey. Era este día muy festivo en Palacio, por ser de San Próspero, en que el Serenísimo Príncipe Próspero cumplía años; y así pudo Don Diego Velázquez atribuirlo todo a muestras de su prosperidad; y aun el experimentar en esta ocasión los combates de la envidia, porque la oposición perfecciona la virtud, y suele desmentir su esplendor, el no tener tinieblas en qué lucir. Horóscopo feliz y próspero fué, sin duda, el de su nacimiento; según el que describe Julio Firmico, en el cual, el que naciere, será en la Pintura excelente, y de ella con superiores honras ilustrado.

Este año escribió Don Lázaro Díez del Valle un elogio y nomenclatura de algunos pintores*, que por famosos han sido honrados con Hábitos de Ordenes Militares, y lo dirigió a Don Diego Velázquez, de que hicimos mención en el Tomo I, lib. 2, cap. 9, § 4.

* Vid. FUENTES, t.º II, pgs. 321 y sgs.

§ XII

De la jornada que hizo Velázquez con Su Majestad a Irún, y de su enfermedad y muerte.

El año de 1660, por el mes de marzo, salió de Madrid Don Diego Velázquez a aposentar a nuestro gran Monarca Felipe Cuarto en la jornada que Su Majestad hacía a Irún, acompañando a la Serenísima Señora Infanta de España Doña María Teresa de Austria. Salió de Madrid Don Diego Velázquez algunos días antes que Su Majestad: llevaba consigo a José de Villa-Real, Ayuda de la Furriera y Maestro Mayor de las Reales Obras, y otros criados de Su Majestad, necesarios en la jornada, todos de su jurisdicción y a su orden. Por aposentador de la Reina cristianísima iba José Nieto: la jornada empezó por Alcalá y Guadalajara; llegaron a Burgos, donde Velázquez tuvo orden de Su Majestad para que se quedase allí el Ayuda de la Furriera, porque Su Majestad se había de detener en aquella Ciudad; y prosiguieron los demás su camino hasta Fuenterrabía, donde aposentó Velázquez a Su Majestad en el castillo, que ya tenía prevenido el Barón de Batevilla, Gobernador de la Ciudad de San Sebastián; y a su cargo estuvo la fábrica de la Casa de la Conferencia (que se formó en la Isla de los Faisanes, que hace el río Bidasoa, junto a Irún, en la provincia de Guipúzcoa). Embarcóse en una gabarra Don Diego Velázquez con el Barón, para ir a la Casa de la Conferencia (que dista poco de Fuenterrabía) y ver en el estado que estaba, porque se había aumentado mucho a la forma que tuvo el año de 1659, en que el Cardenal Don Julio Mazarino y el señor Conde-Duque de Sanlúcar ajustaron las paces entre el católico Rey de España y cristianísimo de Francia. Tuvo orden de Su Majestad para asistir a la exornación de esta casa y la del castillo, y que estuviese en la Ciudad de San Sebastián, para cuando Su Majestad llegase, donde había de detenerse algunos días.

Volvió con Su Majestad a Fuenterrabía a primeros de junio, y asistió en todas las funciones que Su Majestad tuvo en la Sala general de la Casa de la Conferencia, hasta el lunes siete de junio, que fueron las entregas de la dicha Serenísima Señora Infanta al cristianísimo Rey de Francia Luis Décimocuarto, donde hago pausa; porque para contar la grandeza y lucimiento que tan grandes

Monarcas ostentaron en tan feliz día, es necesario más dilatado papel y más elegante pluma.

El regalo que a Su Majestad hizo el Rey cristianísimo este día (de un toisón de diamantes, un reloj de oro, enriquecido de diamantes, y otras joyas riquísimas y primorosas de inestimable precio) se le entregó a Don Diego Velázquez, para que lo condujese al palacio del castillo de Fuenterrabía.

No fué Don Diego Velázquez el que en este día mostró menos su afecto en el adorno, bizarría y gala de su persona; pues acompañada su gentileza y arte (que eran cortesanas, sin poner cuidado en el natural garbo y compostura), le ilustraron muchos diamantes y piedras preciosas; en el color de la tela no es de admirar se aventajara a muchos, pues era superior en el conocimiento de ellas, en que siempre mostró muy gran gusto: todo el vestido estaba guarnecido con ricas puntas de plata de Milán, según el estilo de aquel tiempo (que era de golilla, aunque de color, hasta en las jornadas); en la capa la roja insignia; un espadín hermosísimo, con la guarnición y contera de plata, con exquisitas labores de relieve, labrado en Italia; una gruesa cadena de oro al cuello, pendiente la venera, guarnecida de muchos diamantes, en que estaba esmaltado el Hábito de Santiago; siendo los demás cabos correspondientes a tan precioso aliño.

Martes a ocho de junio salió Su Majestad de Fuenterrabía, y Velázquez sirviéndole, que así se lo había Su Majestad ordenado, y que fuese adelante José de Villa-Real, su Ayuda, haciendo el aposento. La jornada de la vuelta fué por Guadarrama y El Escorial a Madrid.

Cuando entró Velázquez en su casa, fué recibido de su familia y de sus amigos con más asombro que alegría, por haberse divulgado en la Corte su muerte, que casi no daban crédito a la vista: parece fué presagio de lo poco que vivió después.

Sábado, día de San Ignacio de Loyola y último del mes de julio; habiendo estado Velázquez toda la mañana asistiendo a Su Majestad, se sintió fatigado con algún ardor, de suerte que le obligó a irse por el pasadizo a su casa. Comenzó a sentir grandes angustias y fatigas en el estómago y en el corazón. Visitóle el Doctor Vicencio Moles, médico de la familia; y Su Majestad, cuidadoso de su salud, mandó al Doctor Miguel de Alba y al Doctor Pedro de Chavarri (Médicos de Cámara de Su Majestad) que le viesan; y conociendo el peligro, dijeron era principio de terciana sincopal minuta

sutil; afecto peligrosísimo por la gran resolución de espíritus; y la sed que continuamente tenía, indicio grande del manifiesto peligro de esta enfermedad mortal. Visitóle, por orden de Su Majestad, Don Alfonso Pérez de Guzmán, el Bueno (Arzobispo de Tiro, Patriarca de las Indias); hízole una larga plática para su consuelo espiritual; y el viernes 6 de agosto, año del Nacimiento del Salvador 1660 día de la Transfiguración del Señor, habiendo recibido los Santos Sacramentos y otorgado poder para testar a su íntimo amigo Don Gaspar de Fuensalida, Grefier de Su Majestad; a las dos de la tarde, y a los sesenta y seis años * de su edad, dió su alma a quien para tanta admiración del mundo le había criado; dejando singular sentimiento a todos, y no menos a Su Majestad, que en los extremos de su enfermedad había dado a entender lo mucho que le quería y estimaba.

Pusieron al cuerpo el interior humilde atavío de difunto, y después le vistieron, como si estuviera vivo, como se acostumbra hacer con los Caballeros de Ordenes Militares; puesto el manto capitular, con la roja insignia en el pecho, el sombrero, espada, botas y espuelas; y de esta forma estuvo aquella noche puesto encima de su misma cama en una sala enlutada; y a los lados algunos blandones con hachas, y otras luces en el altar, donde estaba un Santo Cristo, hasta el sábado, que mudaron el cuerpo a un ataúd, aforrado en terciopelo liso negro, tachonado y guarnecido con pasamanos de oro, y encima una cruz, de la misma guarnición, la clavazón y cantoneras doradas, y con dos llaves: hasta que llegando la noche, y dando a todos luto sus tinieblas, le condujeron a su último descanso en la parroquia de San Juan Bautista, donde le recibieron los Caballeros Ayudas de Cámara de Su Majestad y le llevaron hasta el túmulo, que estaba prevenido en medio de la capilla mayor; encima de la tumba fué colocado el cuerpo; a los dos lados había doce blandones de plata con hachas y mucho número de luces. Hízose todo el oficio de su entierro con gran solemnidad, con excelente música de la capilla real, con la dulzura y compás, y el número de instrumentos y voces que en tales actos y de tanta gravedad se acostumbra. Asistieron muchos títulos y Caballeros de la Cámara y criados de Su Majestad; luego bajaron la caja y la entregaron a Don José de Salinas, de la Orden de Calatrava y Ayuda de Cámara de Su Majestad, y otros Caballeros de la Cámara que

* Son sesenta y uno; el error viene de la fecha que da para su nacimiento.

allí se hallaron, y en hombros le llevaron hasta la bóveda, y entierro de Don Gaspar de Fuensalida, que en muestra de su amor, le concedió este lugar para su depósito.

Consagróle el siguiente epitafio, y le hizo imprimir su muy caro e ingenioso discípulo Don Juan de Alfaro, insigne cordobés (a quien se debe lo más principal de esta historia), que con la grande erudición de su hermano el Doctor Don Enrique Baca de Alfaro, recopiló en estas pocas líneas lo que aún vivió estrecho en muchos años.

EPITAFIO A LA MUERTE DE DON DIEGO VELAZQUEZ

POSTERITATI SACRATUM

D. DIDACVS VELAZQVIVS DE SYLVA HISPALENSIS. Pictor eximius, natus anno M.D.LXXXXIV. Picture nobilissima Arti se se dicavit (Præceptore accuratissimo Francisco Pacieco, qui de Pictura per eleganter scripsit). Iacet hic: proh dolor! D. D. Philippi IV. Hispaniarum Regis Augustissimi a Cubiculo Pictor Primus, a Camera excelsa adjutor vigilantissimus, in Regio Palatio, & extra ad hospitium Cubicularius maximus, a quo studiorum ergo, missus, ut Romæ, & aliarum Italiæ Urbium Picture tabulas admirandas, vel quid aliud huius suppellectilis, veluti statuas marmoreas, l. cereas conquireret, perscutaret, ac secum adduceret, nummis largiter sibi traditis: sic que cum ipse pro tunc etiam INNOCENTII X. PONT. MAX. faciem coloribus mire expresserit, aurea catena pretij supra ordinarii eum remuneratus est, numismategemmis coelato cum ipsius Pontif. effigie, insculpta, ac ipsa ex annulo, appenso; tandem D. Iacobi stemmate fuit condecoratus; & post redditum ex fonte rapido Galliæ confini Vrbe Matritum versus cum Rege suo Potentissimo, e Nuptijs Serenissimæ D. Mariæ Theresiæ Bibianæ de Austria & Barban, e connubio scilicet cum Rege Galliarum Christianissimo, D. D. Ludovico XIV. labore itineris febri præhensus, obiit Mantuæ Carpentane postridie nonas Augusti, Ætatis LXVI. anno M. DC. LX. sepultusque est honorifice in D. Ioannis Parrochiali Ecclesia, nocte, septimo Idus mensis sumptu maximo, immodicisque expensis, sed non immodicis tanto viro; Hæroum concomitatu, in hoc Domini Gasparis

Fuensalida Grafierij Regij amicissimi subterraneo sarcophago: Suoque Magistro, præclaroque viro fæculis omnibus venerando, Pictura Collacrimante hoc breve epicedium Ioannes de Alfaro Cordubensis moestus possuit, & Henricus frater Medicus.

Aun después de muerto le persiguió la envidia, de suerte que habiendo intentado algunos malévolos destituirle de la gracia de su Soberano, con algunas calumnias siniestramente impuestas, fué necesario que Don Gaspar de Fuensalida, por amigo, por testamento y por el oficio de grefier, satisficiese a algunos cargos en audiencia particular con Su Majestad, asegurándole de la fidelidad y legalidad de Velázquez y la rectitud de su proceder en todo; a lo cual Su Majestad respondió: *Creo muy bien todo lo que me decís de Velázquez, porque era bien entendido.* Con lo cual calificó Su Majestad el alto concepto en que le tenía, desmintiendo algunas bastardas sombras, que habían pretendido empañar el claro esplendor de su honrado proceder y de la buena ley con que sirvió siempre a tan Soberano Dueño; de cuya Real esplendidez generosa recibió tantas mercedes, que apenas se pueden sumar; pero aunque en el decurso de su vida se han tocado algunas, se recopilarán aquí, con otras, de que se ha podido adquirir noticia.

§ XIII

Recopilación de las mercedes que la Majestad del Señor Felipe Cuarto hizo a Don Diego Velázquez, juntamente con los oficios y empleos que ocupó en la Casa Real.

El año de 1630 le hizo merced Su Majestad a Don Diego Velázquez de Silva de la Ración de doce reales al día y de un vestuario de noventa ducados al año.

Hízole merced de un Paso de Vara de Alguacil de Corte, que se regula en cuatro mil ducados.

Hízole merced de Casa de Aposento, distinta de la que le tocó por sus plazas, valuada en doscientos ducados cada año.

Hízole merced Su Majestad de una pensión de trescientos ducados, que gozó, con dispensación de Su Santidad, año 1626.

Una Ayuda de Costa de quinientos ducados de plata el año de 1637.

Hízole merced de un Oficio de Escribano, acrecentado en el Repeso Mayor de la Corte, igual al que ponen los Escribanos del Crimen, y se regula en seis mil ducados.

Hízole merced Su Majestad desde el año de 640 en adelante de quinientos ducados al año, pagados en los ordinarios de la Despesa de la Casa Real.

Hízole merced de sesenta ducados al mes, por la asistencia a las obras reales, debajo de la mano del excelentísimo señor Marqués de Malpica, Superintendente de ellas.

Hízole merced de la vivienda capaz en la Casa del Tesoro, que es dentro de Palacio, quedando en pie los aposentos que gozaba.

Hízole merced del Hábito de la Orden del Señor Santiago, que se le puso.

Hízole Su Majestad diferentes mercedes para su yerno y nietos, así en la Casa Real como en plazas de Audiencias, de mucha consideración y grado.

Los oficios y puestos que tuvo en la Casa Real.

Su primer asiento fué de Pintor de Cámara, y lo ejerció desde el año de 1623.

Juró de Ugier de Cámara (puesto muy honorífico) el año de 1627.

Pasó a Ayuda de la Guarda Ropa; y el año de 1642, a Ayuda de Cámara; y el de 1643, a Aposentador Mayor de Palacio, que murió ejerciéndolo con suma satisfacción y gusto de Su Majestad, de cuya Real mano recibió otras mercedes y considerables ayudas de costa, demás de las citadas, y goces de sus plazas, que ejerció; dignas de la grandeza de tanto Rey, y de los méritos de tan vigilante vasallo y excelente artífice, cuya fortuna, habilidad e ingenio, con sus honrados procederes, le constituyeron modelo y dechado de artífices eminentes y le erigieron estatua inmortal, para ejemplo de los futuros siglos y enseñanza de la posteridad.

CVII.—FRANCISCO LOPEZ CARO, PINTOR

Francisco López Caro, natural y vecino de la Ciudad de Sevilla, fué muy buen pintor y discípulo del Canónigo Roelas; y aun-

que se aplicó a todo lo que comprende el Arte de la Pintura, sobresalió con especialidad en los retratos, de que dejó muy repetidos testimonios; por los cuales, y otras obras de su mano que se ven en Sevilla, y algunas en esta Corte, alcanzó grande opinión; y pasó sobre los años de 1608 a pintar en el Real Palacio de El Pardo la bóveda de la pieza, donde se viste Su Majestad, así de estuques y grutescos de muy excelente gusto como de victorias del invictísimo Señor Emperador Carlos V, para immortalizar la memoria del primer fundador de aquel Real sitio. Murió, pues, nuestro Caro en esta Villa de Madrid en el año de mil seiscientos y sesenta y dos, y a los sesenta de su edad.

CVIII.—FRANCISCO ZURBARAN, PINTOR

Francisco Zurbarán, natural de la Villa de Fuente de Cantos y vecino de la Ciudad de Sevilla, tuvo sus principios en Extremadura con algún discípulo del divino Morales; y después pasó a perfeccionarse a Sevilla en la escuela del Doctor Pablo * de las Roelas, y aprovechó tanto, que ganó fama de excelente pintor con las muchas obras que hizo, y en particular con los que hay de su mano en el claustro segundo de la Merced Calzada de dicha Ciudad, en la Historia de San Pedro Nolasco **, que es obra famosa y a todas luces excelente; donde es una admiración ver los hábitos de los religiosos, que con ser todos blancos se distinguen unos de otros, según el grado en que se hallan; con tan admirable propiedad en trazos, color y hechura, que desmienten al mismo natural; porque fué este artífice tan estudioso, que todos los paños los hacía por maniquí, y las carnes por el natural; y así hizo cosas maravillosas, siguiendo por este medio la escuela del Carabacho, a quien fué tan aficionado, que quien viere sus obras, no sabiendo cuyas son, no dudará de atribuírselas al Carabacho. En el dicho sitio tiene un cuadro, que llaman el de la Perra, donde tiene hecha una tan al natural, que se teme no embista a los que la miran. Y allí mismo está una figura de un mancebo con unas mangas de lama o tela de plata, que cualquiera conoce de qué tela son. Un aficionado tiene en Se-

* Juan.

** Año de 1629, la mitad de la serie la pintó Francisco Reina. (Vid. mi nota en "La Merced", 24 de enero de 1922: *La vida de San Pedro Nolasco: Pinturas del Claustro del refectorio de la Merced Calzada de Sevilla.*)

villa un borreguillo de mano de este artífice, hecho por el natural, que dice lo estima más que cien carneros vivos.

También son de su mano las pinturas del Claustro de los Mercedarios Descalzos; y las del Retablo del Convento de la Merced de Villagarcía, y el cuadro de la Magdalena de la Iglesia de Párrés, que es advocación de la Santa; y en la sacristía del Convento de San Pablo, Orden de Predicadores en dicha Ciudad; además de otras muchas pinturas suyas, hay un crucifijo de su mano, que lo muestran cerrada la reja de la capilla (que tiene poca luz), y todos los que lo ven y no lo saben, creen ser de escultura. Las pinturas de la Iglesia de los Descalzos, en dicha Ciudad, y del Colegio de San Buenaventura, son también de su mano *. También pintó un retablo en el Colegio de San Alberto, en competencia de Alonso Cano y de Pacheco; y en la Santa Iglesia hizo también las pinturas de la capilla de San Pedro. Y, en fin, dejó en Sevilla tantas, y aun en toda Andalucía, así en público como en casas particulares, que parece no tienen número. En el Colegio de San Pablo de Córdoba hay muchas de santos de la Orden de Predicadores, de medios cuerpos, ¡cosa superior!, especialmente debajo de la escalera principal. Es fama que habiéndose retirado a vivir a Fuente de Cantos (su patria), la Ciudad de Sevilla le envió su Diputación, pidiéndole se dignase de venir a vivir a Sevilla, para honrarla con su persona y eminente habilidad; siendo así que había entonces en ella otros pintores célebres; él lo hizo así, como lo merecía tanta. Lo cierto es que además de su habilidad, por su persona, trato y buenas prendas, era sumamente recomendable; y aun dicen que le ofrecieron casa, y a la verdad era consecuente.

Ultimamente vino a Madrid, por los años de mil seiscientos y cincuenta, llamado de Velázquez, de orden de Su Majestad, donde ejecutó las pinturas de las fuerzas de Hércules, que están en el Saloncete del Buen Retiro, sobre los cuadros grandes: y aseguran que estándolas pintando, entre muchas veces que el Señor Felipe Cuarto pasaba a verle pintar, se llegó a él una vez, y poniéndole la mano en el hombro, le dijo: *¡Pintor del Rey, y Rey de los Pintores!* Hizo otras muchas pinturas para la Casa de Campo y otros sitios Reales: como también para algunos particulares y diferentes templos, donde no son conocidas por suyas; pues en la sacristía de la iglesia de Peñaranda vi yo un cuadro suyo de la Encarnación,

* y de Francisco de Herrera *el Viejo*, por mitad.

sin que nadie le conociese por suyo. Tiénese por cierto que murió en esta Corte el año de mil seiscientos y sesenta y dos*, y a los sesenta y seis de su edad, con créditos, no sólo de su eminente habilidad, sino de eximia virtud, así en Sevilla como en esta Corte.

CIX.—*LOS DOS CELEBRES HERMANOS MIGUEL Y GERÓNIMO GARCIA, PINTORES Y ESCULTORES EN GRANADA*

Los dos hermanos Miguel y Gerónimo García fueron naturales de la inclita Ciudad de Granada; y según consta de un epigrama o silva laudatoria que yo he visto impresa, con otros papeles curiosos de Don Juan de Alfaro, y que escribió a los dos, Pedro de Araujo Salgado (célebre ingenio granadino), parece fueron gemelos o nacidos de un parto. Y sin duda nacieron debajo de un mismo influjo, pues ambos se inclinaron a la pintura y escultura; pero según parece del dicho poema, el uno era eminente, o se señalaba más en hacer las efigies de bulto, y el otro en colorirlas o pintarlas, que no es lo menos importante: pues muchas buenas esculturas vemos echadas a perder por mal encarnadas o coloridas, y a otras las sublima de modo que les acrece otro tanto de primor y de estimación, como lo vemos en las de Cano, Herrera, Mena, Mora y otros. Y últimamente, exalándose este autor en elogios de la superior habilidad de los dos referidos hermanos, haciendo anagrama del apellido de *García*, dice que todo lo convierten en *gracia*. Sus obras están esparcidas en la Ciudad y Reino de Granada, donde florecieron; aunque determinadamente no hay señalada noticia individual de alguna, como ni tampoco del año de su nacimiento, más que haber florecido en tiempo del Señor Felipe Cuarto, que falleció año de 1665.

CX.—*JUAN DE TOLEDO, PINTOR*

Juan de Toledo, vecino de Madrid, natural de la Ciudad de Lorca, en el Reino de Murcia, hijo de Miguel de Toledo y de Doña Ginesa Calderón, su mujer, descendiente de los pobladores de aque-

* Consta vivía el 28 de febrero de 1664; había sido bautizado en 7 de noviembre de 1598.

lla tierra; aprendió el Arte de la Pintura con su padre (que también fué pintor), y por sus travesuras sentó plaza de soldado, y pasó a Italia, sirviendo al Rey, en cuyo empleo se dió tan buena maña, que en breve tiempo llegó a ser Capitán de Caballos. Pero no olvidado de su afición a la pintura, dejó el Real servicio y se aplicó mucho a la escuela de Miguel Angel de las Batallas, y también a la de Annelo Falconi; y habiendo aprovechado grandemente en este manejo, se volvió a España, y pasó a Granada, donde hizo asiento algunos años, y pintó muchas marinas y batallas con singular excelencia, y algunas marchas e historiejas de noche, tocadas de la luz de la luna, o de algún hachón, con extremado gusto y capricho (que para esto le tuvo muy singular), no contentándose su gran genio con estas menudencias, porque se extendió también a historais de gran magnitud, como lo manifestó en diferentes pinturas que hay de su mano en el Convento de San Francisco el Grande de aquella Ciudad.

También estuvo una gran temporada en Murcia, donde hizo diferentes obras, y especialmente el cuadro principal de la Asunción de Nuestra Señora, para la Congregación de Caballeros Seculares en el Colegio de San Esteban de la Compañía de Jesús de aquella Ciudad, cuya excelencia acredita grandemente la pericia de su autor.

Vinose a Madrid, donde hizo muchas y excelentes obras, como lo demuestran las que ejecutó para la Iglesia de las Monjas de Don Juan de Alarcón, que fueron el célebre lienzo de la Concepción de Nuestra Señora, con mucho triunfo de ángeles en la Gloria, con la Santísima Trinidad arriba; y es de diez varas castellanas de alto, y la figura principal tiene tres. Y viéndolo algunos pintores de esta Corte, no faltó quien dijo que si fuera la Virgen una marcha de noche y a caballo, fuera gran cosa. Llegó a sus oídos, y habiendo inquirido quién había sido el autor de esta sátira, hubo de haber un disgusto muy pesado, porque él gastaba muy mal humor; lo cierto es que la figura principal no es lo mejor que tiene el cuadro; pero en lo demás de la historia hay muy buenas cosas. También son de su mano las demás pinturas del retablo, y las del altar colateral del lado del Evangelio de la misma iglesia. También pintó en el techo de la iglesia nueva del Colegio de Atocha de Religiosos Dominicos la historia de cuando Santo Tomás ofreció su obra a Cristo Crucificado, y le respondió Su Majestad: *Bene scripsisti de me, Thomas, quid ergo retribuam tibi?* Y el Santo le respondió: *Nihil aliud, quam te, Domine.* El qual es muy excelente cuadro, y se califica la

grande opinión que tenía en esta Corte; pues fué nombrado para pintar en aquel sitio, para donde se eligieron los primeros hombres que había entonces en ella.

Es también de su mano un gran cuadro, que está en el altar mayor de los Trinitarios Descalzos de Alcalá de Henares, de aquella visión misteriosa de la Redención, con la Trinidad Santísima arriba, y grande acompañamiento de Gloria. Murió en esta Corte por los años de mil seiscientos y sesenta y cinco, y a los cincuenta y cuatro de su edad*.

CXI.—PEDRO CUQUET, PINTOR

Pedro Cuquet, natural de la Ciudad de Barcelona, fué excelente pintor, como lo manifiesta el gran cuadro que pintó del Concilio Efesino, en que presidió San Cirilo, carmelita; y está colocado en el frontispicio de la sacristía del Convento de Nuestra Señora del Carmen de dicha Ciudad. También son de su mano la mayor parte de los lienzos del claustro de San Francisco de Paula, que contienen la vida de dicho Santo, sin otras muchas pinturas en diferentes retablos de dicha Ciudad, donde murió de más de sesenta años, en el de mil seiscientos y sesenta y seis.

CXII.—PEDRO DE MOYA, PINTOR

Pedro de Moya, natural de la Ciudad de Granada, pasó a Sevilla, donde tuvo algunos ligeros principios en la escuela de Juan del Castillo. De allí pasó a Flandes y a Inglaterra, sirviendo al Rey en la milicia, y se aplicó a la escuela de Vandic, donde aprovechó grandemente. Volvió a España y pasó a Sevilla, y vivió allí muchos años, y dejó obras eminentes, que fueron muy celebradas de los mejores pintores de aquel tiempo. Pasó después a Granada, donde también hizo excelentes obras; y fué el primero que introdujo en ella la buena manera avandicada, como se califica en una pintura de la Concepción de Nuestra Señora de su mano, que está en la Iglesia de Nuestra Señora de Gracia en dicha Ciudad; con cuya escuela, y la que había dejado Juan Fernández Machuca (discípulo

* Murió el 1.º de febrero de 1665.

que fué de Rafael de Urbino), se formó en Granada una gran casta de pintura, donde murió nuestro Moya, por los años de mil seiscientos y sesenta y seis, a los cincuenta y seis de su edad *.

CXII.—*EL HERMANO IGNACIO RAETH, PINTOR*

El Hermano Ignacio Raeth, flamenco, natural de Amberes, religioso coadjutor de la Compañía de Jesús, discípulo en este Arte del Padre Daniel Segers, de su misma Religión. Fué recibido en la Compañía a los dieciocho años de su edad, en el de 1644 **. Asistió de compañero muchos años en el noviciado de Madrid al eminentísimo señor Juan Everardo, cuando era Confesor de la Reina reinante nuestra Señora Doña María-Ana de Austria, madre del Señor Carlos Segundo: y por el mismo tiempo pintó la Vida de Nuestro Padre San Ignacio, en treinta y seis cuadros, que están colocados hacia las tribunas en la iglesia nueva de dicha casa, que se dedicó el año de 1662; y un día de Corpus Christi puso en público un retrato de su mano del venerable Padre Eusebio Nieremberg, de la misma Compañía, varón eximio en virtud y letras; que sobre estar muy parecido, estaba excelentemente pintado; y así fué de todos muy aplaudido y celebrada la habilidad de su artifice, bien acreditada en ésta y en todas sus obras.

El año de 60 pasó al Colegio Impeerial, donde estuvo dos años; y después se tiene por cierto se volvió a su provincia de Flandes o a Alemania, y por allí murió, con grandes créditos de su habilidad y religiosa virtud, por el año de mil seiscientos y sesenta y seis, siendo ya de crecida edad.

CXIII.—*CRISTOBAL GARCIA SALMERON, PINTOR*

Cristóbal García Salmerón, natural de la Ciudad de Cuenca, fué discípulo de Pedro Orrente; hizo diferentes obras en dicha Ciu-

* Pedro de Moya sigue siendo una incógnita. Un solo cuadro suyo seguro se conoce, firmado, en ARCHIVO, t.º III, 1927, pg. 361; no es una obra maestra; se guarda en el Museo de Granada. El Sr. Gómez Moreno, padre, conoció otros tres firmados. Moya fué bautizado el 1.º de agosto de 1610 y fué enterrado el 16 de enero de 1674.

** Véase P. C. Gálvez: *Una colección de retratos de jesuitas*. ARCHIVO, t.º IV, 1928, pg. 118 y sgs. El H.º Raet nació en 1625 ó 1626. En 1655 estaba en el Noviciado. En 1658, en el Colegio Imperial.

dad, como son en la sacristía del Canvento de San Francisco, enfrente de la puerta un cuadro del Nacimiento de Cristo Señor Nuestro, de a vara, ¡cosa excelente! Y en la sobre escalera de dicho Convento, las cuatro Pechinas, con Santa Clara, Santa Rosa de Viterbo y las dos Isabeles Franciscas, de medio cuerpo. Y para Don Fernando de la Encina (Canónigo y dignidad que fué de aquella santa iglesia), un San Juan en el desierto, ¡cosa superior! Pareciéndole que en la cortedad de aquella tierra no podía lograr el merecido premio, vino a esta Corte, donde ejecutó diferentes pinturas; y especialmente la del Buen Pastor, que está en el claustro chico del Convento del Carmen Calzado, junto a la puerta, que va a la iglesia, al lado que mira al claustro grande, que parece de Orrente.

Es también de su mano una pintura de Fiesta de Toros, celebrada en Cuenca al feliz nacimiento del Señor Carlos Segundo, donde está copiada la misma Ciudad, y el pintor, en acto de pintarla, de cuya orden la ejecutó para enviar a Su Majestad; y cuando yo la vi estaba colocada en el pasadizo de Palacio a la Encarnación. Murió en esta Corte por los años de mil seiscientos y sesenta y seis, y a los sesenta y tres de su edad.

CXIV.—JOSE DE ARFE, ESCULTOR

José de Arfe, insigne escultor y nieto del insigne Juan de Arfe (el que escribió el libro de *Varia Commensuración*), fué natural de Sevilla, donde tuvo sus principios, con muy lucidas muestras de su ingenio. Pasó a Roma, para perfeccionarse en su Facultad; y lo consiguió con tales ventajas, que dejó en ella acreditado su nombre en repetidas obras. Volvió después de muchos años a su patria, donde además de otras muchas estatuas que ejecutó, immortalizó su fama en las figuras de plata que tiene la custodia de aquella santa iglesia, haciendo para ellas los modelos, por donde se vaciaron, y reparándolas después.

Son también obra de su ingenio las estatuas de los evangelistas y doctores de mármol que están en la capilla del sagrario de aquella santa iglesia, figuras de más de veinte pies de alto, cosa superior. Murió en dicha Ciudad por los años de mil seiscientos y sesenta y seis, y a los sesenta y tres de su edad.

CXV.—*PABLO PONTONS, PINTOR*

Pablo Pontons fué natural y vecino de la Ciudad de Valencia y discípulo en el Arte de la Pintura de Pedro Orrente; tuvo gran manera de pintar a la moda italiana, y con gran manejo. Hay muchas pinturas suyas en dicha Ciudad, especialmente en el Convento de la Merced, así en la iglesia como en los claustros; y en el Monasterio de la Cartuja del Puche hay también muchas, que acreditan su excelencia en el Arte. Murió en dicha Ciudad de más de sesenta años, por el de mil seiscientos y sesenta y seis.

CXVI.—*DON FRANCISCO JIMENEZ, PINTOR*

Don Francisco Jiménez, natural de la Ciudad de Tarazona, habiendo tenido en ella algunos principios en el Arte de la Pintura, pasó a Roma, donde estuvo algunos años estudiando en aquella célebre Atenas de la Pintura y de donde vino muy aprovechado a Zaragoza; y allí ejecutó excelentes obras, y algunas de gran magnitud, especialmente tres cuadros de a cuarenta palmos de altura, para la célebre capilla de San Pedro Arbues en el aseo * de dicha Ciudad. Y también pintó la Vida de San Elías, para el claustro de los Carmelitas Calzados; cosa de gran gusto y capricho en el historiado.

Fué nuestro Jiménez hombre poderoso y rico, así de lo que adquirió por su industria y profesión como por la hacienda que heredó de sus padres; de suerte que dejó fundadas dos Obras Pías en Zaragoza: la una para dotar hijas huérfanas de pintores, para tomar estado; y la otra de capellanías, para estudiantes hijos de pintores; ¡circunstancias que le hacen muy recomendable a la posteridad!, y ejemplar, que debiera tenerse presente en esta Corte y ciudades grandes, para semejante providencia en que le debe el Arte a nuestro Jiménez inmortal gratitud. Pero no sólo se debía atender a estos dos fines tan importantes, sino también para la manutención de pintores ancianos, cuya decrepitud los inhabilita y despeña al abismo de la miseria; como he conocido yo a muchos, y algunos, cuyas vidas por eminentes en este Arte, se verán en este catálogo.

* La Seo.

Murió nuestro Don Francisco en dicha Ciudad de Zaragoza por los años de mil seiscientos y sesenta y seis, y a los setenta y ocho de su edad, dejando inmortalizado su nombre, no sólo en las eminentes obras de su pincel, sino en las heroicas fundaciones de su piedad.

CXVIII.—*MANUEL PEREIRA, INSIGNE ESCULTOR*

En el feliz reinado del Señor Felipe Cuarto floreció Manuel Peyreya, excelente escultor, noble portugués; de que dan testimonio las muchas estatuas que tiene en esta Corte, siendo testigos fidedignos el San Bruno de piedra, que está en la portada de la Hospedería de la Cartuja, que fué tan de la aprobación del Señor Felipe Cuarto, que tenía mandado a su cochera del tronco que en pasando por la calle de Alcalá, y llegando a el sitio de la Hospedería de la Cartuja, parase, fingiendo que se le había descompuesto alguna hebilla o correa para dar lugar a que Su Majestad le viese *. Y también otra estatua del mismo Santo, que hizo para la Cartuja de Miraflores, junto a Burgos; bien que ésta es de madera. También la de San Antonio de los Portugueses, que está encima de la puerta de su templo; el San Isidro, también de piedra, que está sobre la de su capilla, y el San Andrés, que está en la de la parroquial de dicho Santo; y una imagen de Nuestra Señora, en la otra puerta de dicha capilla; y los labradores Santos, que circundan el Tabernáculo, en que se venera el sagrado cuerpo de San Isidro **, también la célebre estatua de piedra del glorioso Patriarca San Benito, que está en la portada del Convento de San Martín; ¡todos mudos panegíricos del nombre inmortal de tan eminente artífice! No siéndolo menos otras efigies, que tiene en Alcalá de Henares, así en la iglesia de las Religiosas Bernardas como en aquel Colegio Mayor; y sobre todo la soberana efigie del Santísimo Cristo del Perdón, que se venera en el Convento de Dominicos del Rosario en esta Corte, ¡cosa portentosa!, a que ayudó mucho la encarnación de mano de Camilo; que dándose la mano estas dos facultades, suben mucho de punto la perfección. También son de su mano los cuatro Santos Benitos y Bernardos que están en la iglesia del Convento de San Plácido. Pero lo que excede todo encarecimiento es

* Hoy en la Academia de San Fernando.

** Hoy en San Isidro, de Madrid, en hornacinas de la Capilla Mayor.

que estando casi ciego (trabajo que le sobrevino a lo último de su vida), ejecutó el modelo de la Estatua de San Juan de Dios, que está en la portada del claustro de su convento en esta Corte (que llaman de Antón Martín), y aun dirigió la estatua de piedra por el tacto, la cual ejecutó Manuel Delgado (escultor de razonable habilidad y discípulo suyo); y cierto que es una bellísima figura. Y, en fin, tuvo obras de tanta entidad, que llegó a estar muy acomodado, favorecido de la fortuna y estimado de todos; y así casó una hija que tuvo con Don José Mendieta, Caballero que fué de la Orden de Santiago, Ayuda de Cámara del Rey y Veedor de las Obras Reales. Y también tuvo otro hijo sacerdote de muy buenas prendas, que se llamó Don Bartolomé. Murió en esta Corte nuestro Pereyra por los años de mil seiscientos y sesenta y siete, a los sesenta y tres de su edad*.

CXIX.—DON EUGENIO DE LAS CUEVAS, PINTOR

Don Eugenio de las Cuevas, aunque tomaba los pinceles en la mano, por solo deleite, merece se haga memoria de sus buenas prendas por la eminencia de su ingenio, así en la pintura como en otras buenas artes. Fué, pues, natural de Madrid, hijo de Pedro de las Cuevas, y de su mujer Doña Clara Pérez (por cuya línea fué hermano de Francisco Camilo), y desde sus primeros años tuvo notable propensión a el Arte de la Pintura y a la Música. Comenzó en su niñez a dibujar, debajo de los preceptos de su padre, que fué (como lo tengo dicho) muy práctico y teórico; aprendiendo juntamente a leer y a escribir; y con la mucha codicia que tenía de saber, le vino un corrimiento a los ojos que le obligaba a dar de mano a estos ejercicios; y así, aunque le llevaba la afición, no podía dibujar ni escribir; y conociendo su padre que tenía muy buen natural para la música, porque se divertiese, le dió maestro que se la enseñase; y juntamente que acudiese al estudio de la Gramática en el Colegio de la Compañía de Jesús. Llegó, pues, a cantar un papel de música de repente, y en la Gramática, hasta la Retórica; y después se dió a los estudios de las Matemáticas, en los cuales se hizo muy práctico, porque para cualquiera cosa tenía natural aptitud.

* A los 93, que es distinto; pues había nacido en Oporto el 6 de octubre de 1574.

Estando en esto y entreteniéndose algunos ratos en el dibujo, fué elegido para maestro en el del Señor Don Juan de Austria, hijo del Rey nuestro Señor Don Felipe Cuarto, siendo su ayo Don Pedro de Velasco, Caballero del Orden de Santiago. Después, teniendo noticia de su ingenio Don Rodrigo Pimentel, Marqués de Viana, le llevó consigo, con título de su Secretario, señalándole juntamente gajes por Ingeniero; y así hizo en Orán cosas muy señaladas del servicio de Su Majestad; y si hubiera seguido solamente el Arte de la Pintura, según su habilidad y excelente ingenio, sin duda fuera eminente en él; porque en pequeño pintaba cosas de muy buen gusto, como son laminitas para joyas y retratos pequeños, en que gastaba los ratos ociosos. Demás de esto hacía muy buenos versos castellanos y cantaba a la vihuela, muy bien punteada, con singular gusto, con que virtuosamente se entretenía con sus amigos, que por sus buenas prendas y habilidades tuvo muchos y grandes Caballeros que le estimaban. Murió en esta Villa de Madrid el año de mil seiscientos y sesenta y siete, y a los cincuenta y cuatro años de su edad.

CXX.—*DON FRANCISCO CARO, PINTOR*

Don Francisco Caro, natural de la Ciudad de Sevilla y vecino de esta Corte e hijo de Francisco López Caro, de quien ya hicimos mención, fué discípulo de su padre en el Arte de la Pintura, y se perfeccionó con Alonso Cano. Vivió en esta Villa de Madrid, donde hizo muchas y buenas pinturas para diferentes personas particulares; y tuvo ajustado el hacer toda la pintura de la Real Capilla del glorioso San Isidro, repartida en diferentes casos de la vida del Santo Patrón de esta Villa de Madrid (la cual se estaba ejecutando entonces, por el año de 1658), indicio claro de su gran crédito; aunque después se determinó fuese la Vida de la Virgen en el recinto del Tabernáculo, y los cuatro grandes afuera de la Historia del Santo; y éstas las ejecutaron Rici y Carreño; y nuestro Don Francisco tomó a su cargo la Vida de la Virgen, en que se desempeñó con grande magisterio, y se conoce bien la escuela de Alonso Cano, y así adelantó mucho su crédito; como también en otro gran cuadro que hizo para el claustro de San Francisco de Segovia, que es el Jubileo de la Porciúncula, donde está el retrato de Don Antonio de Contreras, y su mujer, dueños de aquella obra.

Y después de haber ejecutado otras muchas obras públicas y particulares, murió de harto poca edad en esta Corte, pues apenas tenía cuarenta años, por el de mil seiscientos y sesenta y siete.

CXXI.—SEBASTIAN MARTINEZ, PINTOR

Sebastián Martínez, natural y vecino de la Ciudad de Jaén, fué pintor insigne, y por una manera muy caprichosa, extravagante y rara; pero con buen gusto y corrección, y con gran templanza y vagueza de términos, como lo acreditan repetidas obras que tiene en aquella Ciudad, públicas y particulares; especialmente las del patio de la Compañía de Jesús; y entre otras un gran cuadro del Martirio de San Sebastián en una capilla de la Iglesia Mayor. Cosa verdaderamente admirable, en lo historiado, caprichoso y bien observado de luz.

En Lucena, tengo noticia que hay algunas pinturas de nuestro Martínez, con grande aprobación de los del Arte. En Córdoba, en la iglesia del Convento de Religiosas de *Corpus Christi*, hay cuatro lienzos suyos, ¡cosa excelente!; el uno es de la Concepción Purísima, y está en el altar mayor, a el lado del Evangelio; y en su correspondencia hay otro de San Francisco de Asís, cuando el ángel le significó la pureza que debía tener el sacerdote en la diafanidad de la redoma de agua. Otro del Nacimiento de Cristo Señor Nuestro sobre la puerta de la sacristía; es un lienzo muy caprichoso, y pintado como de día. El otro es de San Gerónimo en la Penitencia, muy flaco y consumido; que todos muestran bastante la eminenencia y capricho de su autor.

Vino a Madrid habiendo muerto Don Diego Velázquez, y el Señor Felipe Cuarto le hizo su pintor, no obstante que dijo Su Majestad ser su pintura de poca fuerza y que era menester mirarla junto a los ojos, porque lo hacía todo muy anieblado; pero con un capricho peregrino. Y sucedió que pintando un día en Palacio, y estando sentado, llegó el Rey por detrás, cogiéndole descuidado; y habiendo él conocido a Su Majestad, levantábase para hacer el debido acatamiento, y entonces el Rey le puso las manos sobre los hombros, diciéndole: *Estate quedo, Martínez*; y él, desde entonces, venerando esta honra, acostumbró poner en sus obras: *Martínez fecit*, que antes ponía su nombre entero. Pero yo extraño mucho no haber visto pintura alguna suya en ninguno de los sitios Reales, que

las conozco muy bien; sí que entre particulares he visto algunas, y discurro que sería por haber vivido poco en esta Corte. Hizo también países con excelencia, y yo vi uno en poder de Don Antonio Reinoso (discípulo suyo, y de quien adquirí estas noticias), que era una aurora, ¡cosa superior! Murió, pues, en Madrid por el año de mil seiscientos y sesenta y siete, y a los sesenta y cinco de su edad.

CXXII.—*ANTONIO DEL CASTILLO Y SAAVEDRA, PINTOR
CORDOBES*

Antonio del Castillo y Saavedra, natural de la Ciudad de Córdoba, y de las familias ilustres de sus apellidos, conocidas por tales en aquella gran Ciudad; fué hijo de Agustín del Castillo *, pintor excelente, de quien tuvo Antonio sus principios (que aunque en el primer Tomo dijimos que su padre se llamó Juan, fué equivocación con otro hermano de Agustín); pero siendo de pocos años Antonio y estando muy tierno en los rudimentos del Arte, le faltó su padre; con cuyo motivo pasó a Sevilla a perfeccionarse en el Arte en compañía de José de Sarabia (también ilustre pintor cordobés), y lo consiguieron en la escuela de Francisco Zurbarán. Viéndose Castillo ya adelantado en el Arte, volvió a su patria, donde hizo excelentes obras públicas y particulares, especialmente un gran cuadro de San Acisclo (Mártir y Patrono de aquella Ciudad), en oposición de Cristóbal Vela, para la obra de aquel gran retablo de la santa iglesia, la cual no tuvo fortuna de lograr, y se colocó el cuadro junto a la capilla del ilustrísimo señor Don Fray Alonso Salizanes (que entonces era donde estaba la pila del Bautismo), que siendo como es una figura gigantea, muestra muy bien la eminencia de su artífice, por estar grandemente dibujada, y con gran proporción y simetría y bien actuada de claro y oscuro, aunque el tiempo la tiene muy maltratada, por estar, como estaba, inmediata a las claraboyas de aquel sitio.

Tiene también en aquella santa iglesia las pinturas de una capilla, que cae a el costado del Patio de los Naranjos, junto a la figura del cautivo, que son la Virgen del Rosario, San Roque y San Sebastián a los lados, cosa de lo de mejor gusto que hizo. No lo son

* Nació en Córdoba el 10 de julio de 1616.

menos los dos Santos Apóstoles San Felipe y Santiago. Figuras mayores que el natural, hechas con gran magisterio, que están casi enfrente de dicha capilla en un pilar de aquella santa iglesia, antes del Coro.

Pero sobre todo, en materia de lo historiado, el cuadro del Martirio de San Pelagio, apaisado, que está en una capilla al lado del coro, por la parte de afuera, que mira hacia el punto, donde mostró grandemente Castillo la eminencia de su ingenio en lo historiado. Así en las figuras de primer término, donde se demuestra la sentencia que pronunció aquel Rey bárbaro contra la ínclita pureza y constancia invencible de aquel arrogante mancebo; como en el segundo término la ejecución del martirio, desmembrándole vivo en menudos pedazos su santísimo cuerpo: es, sin duda, este cuadro de lo más excelente que hizo Castillo en materia de historia.

Tiene también en dicha santa iglesia las pinturas a el fresco, que están en la Puerta del Perdón, por la parte de afuera, donde están los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, los santos mártires patronos de Córdoba Acisclo y Victoria, y la Asunción de Nuestra Señora, con San Miguel y San Rafael a los lados; todo ejecutado con tan superior magisterio e inteligencia del manejo y calidades del fresco, que con haber hoy más de ochenta años que se hicieron, parecen tan frescas como si estuvieran recién acabadas.

Tiene además de esto en público en dicha Ciudad diferentes cuadros de Concepción, como son la de la calle de Armas, la del Potro y la de la Herrería, aunque ya la inclemencia del tiempo las tiene muy deterioradas. También tiene una excelente figura de San Rafael en las Casas de Cabildo o Cuadras de Rentas de aquella Ciudad. Y en el Real Colegio de San Pablo (del Sagrado Orden de Predicadores), son de su mano todas las pinturas de aquella célebre escalera, de figuras mayores que el natural, donde se ve en el testero principal aquel gran cuadro del Santo Rey Don Fernando, consagrando al apóstol de las gentes aquel religioso convento y colegio, fundación y dotación suya el año de 1236. Adornan los demás espacios de esta insigne escalera los dos ínclitos patriarcas San Francisco y Santo Domingo, San Buenaventura y Santo Tomás, y otros santos de ambas religiones, hecho todo con singular magisterio y bizarría.

Tiene también dos hornacinas en el sagrado hospital de Jesús Nazareno de aquella Ciudad, pintadas al óleo sobre la misma pared; en la una la Reina Santa Elena, con una historieja de la In-

vención de la Cruz en segundo término, ¡cosa excelente! Y en la otra hornacina está el dichoso San Dimas (o el buen ladrón) crucificado, figura tan natural y tan expresiva de aquellas ansias y afectos con que pronunció aquellas dulces palabras del *Domine, memento mei*, que le salen de la boca, que parece que se le escuchan y que fueron tan eficaces que bastaron a conquistarle el paraíso. Y en la parte inferior se mira la Ciudad de Jerusalén, hecha con extremada gracia y capricho. Confieso con ingenuidad que de figura sola y desnuda, ni él hizo más ni parece que se puede hacer. Tiene en esta misma casa un cuadro grande de la Asunción de Nuestra Señora y su Coronación, con grande acompañamiento de ángeles y serafines, aunque no tan observado de contraposiciones y graduación de términos como lo hizo en otras cosas.

También tiene en el salón del Santo Tribunal de aquella Ciudad un gran cuadro de Cristo Señor Nuestro Crucificado, con San Juan y la Virgen a los lados, ¡cosa excelente! Y en la iglesia del Convento de San Francisco tiene en una capilla (junto a la de la Vera-Cruz) una pintura de los dos Santos Juanes, ¡también cosa superior! Y en el remate del retablo de la capilla de la Concepción tiene un cuadro del Espíritu Santo, con una guirnalda de serafines alrededor, alumbrados todos del centro, ¡cosa maravillosa! No lo es menos otro cuadro de San Ildefonso, con el favor Soberano que recibió de la Reina de los Angeles, como capellán suyo, aunque ya muy deteriorado, por estar a la inclemencia del tiempo en uno de los ángulos del claustro, donde también tiene otro del Bautismo de nuestro seráfico Padre San Francisco, que hizo en competencia de los de Alfaro (como decimos en su vida), a devoción de Sebastián de Herrera (compadre suyo), donde irritado de ver tan repetida la firma de Alfaro en todos sus cuadros, puso en el suyo (no queriéndole firmar) aquel célebre epígrafe: *Non fecit Alfaro*; con cuya discreta frase reprendía tácitamente la repetida jactancia de la firma, si así cabe decirse; porque en obras públicas y de consecuencia no tengo por delito el firmarlas.

Es también de su mano el cuadro principal de la Visitación de Santa Isabel en el Convento de Religiosas de Santa Isabel de los Angeles de aquella Ciudad, donde cometió Castillo un absurdo involuntario, a contemplación de Don Gómez de Córdoba y Figueroa, caballero de superiores prendas y calidad, a cuya devoción se hizo; que siendo muy aficionado a todas buenas artes, era con tal extravagancia que en todas había de haber correspondencia; y aun-

que esto es muy práctico en las cosas artificiales, en las naturales, o que imitan el natural, es absurdo tan grande, que antes consiste su primor en la casualidad y descuido, huyendo la repetición en la correspondencia de los colaterales. Y así en dicho cuadro están en el medio la Virgen y Santa Isabel abrazándose, imitadas en todas las acciones, hasta en los semblantes; y al lado de la Virgen está San José; y al de la Santa Zacarías, en la misma actitud, perfil y postura de rostro; y a este mismo respecto se van correspondiendo los ángeles y serafines que hay en la Gloria; es un cuadro que cada cosa de por sí está muy buena; pero todo junto no se puede digerir. Y a este modo tan extravagante le hizo Castillo a este caballero otras muchas pinturas, con gran mortificación suya, pues aunque lo conocía, no lo podía remediar; así por complacer al dueño, que era de la primera nobleza de aquella Ciudad, como porque no estaba tan sobrado de medios, ni de obras, que pudiese abandonar algunas; y más cuando el Don Gómez no era nada escaso en satisfacerlas, cuando los artífices le daban gusto. ¡Cuántas veces los dueños de las obras quedarán más bien servidos no obedeciéndoles en lo que mandan!, pues piden contra lo mismo que desean; porque deseando que la obra salga con la debida perfección, mandan cosas que totalmente la deslucen! Con que el no obedecerles sería el mejor modo de servirles: sólo falta que lo entiendan así.

Tiene también Castillo en dicha Ciudad dos cuadros de San Pedro y San Pablo en el altar mayor del Hospital de la Caridad, y otros dos de San Acisclo y Victoria, medios cuerpos, en el de Consolación. También tiene otro del Bautismo de Cristo Señor Nuestro en la iglesia de la Santísima Trinidad de Calzados. Y en la sacristía del Convento de la Arrizafa, de Recoletos Franciscos, tiene otros dos cuadros de San Francisco y San Buenaventura (de medios cuerpos), cosa excelente; como también otras cuatro pinturitas pequeñas de santas vírgenes, de medio cuerpo, y un crucifijo en una cruz pequeña, que está en un altar; cosa peregrina.

Fué también nuestro Castillo excelente paisista, para lo cual se salía algunos días a pasear, con recado de dibujar, y copiaba algunos sitios por el natural, aprovechándose asimesmo de las cabañas y cortijos de aquella tierra, donde copiaba también los animales, carros y otros adherentes que hallaba a mano, y algunas casualidades en aquel arroyo de las peñas, con singularísimo primor. Fué también grande arquitecto, perspectivo y retratista, de quien hay en dicha Ciudad repetidos testimonios en las casas de aquellos caba-

llos, especialmente en la del Conde de Hornachuelos; y en casa del dicho Don Gómez de Córdoba, como también en casas particulares, así de países como de retratos; y especialmente tuvo singular gracia en las ciudadelas, que de ordinario echaba en los países. Y sobre todo en las historietas de mediano tamaño fué superior, como lo manifestó en un juego de cuadros de la Vida de Cristo y Martirios de Apóstoles, de los cuales tenía algunos el prior de la Vereda Don Pedro Carranza, en dicha Ciudad de Córdoba; y otro juego de Historias de la Pasión de Cristo, que hizo para Don Francisco de Alfaro, de vara de alto: de los cuales he visto cuatro en la iglesia de San Felipe Neri de aquella Ciudad, y otros cuatro en Granada en poder de Don Francisco de Torres y Liñán, contador de aquella santa iglesia, junto con otros cuatro paisillos del mismo autor, de a tres cuartas de alto con historietas: la una del Sacrificio de Abrahán; la otra del Hijo Pródigo; otra del triunfo de Judit, y la otra del Sueño de San José en los celos; todas hechas con singular gracia y primor.

En casas particulares hay también en esta Corte algunas pinturas suyas; especialmente en casa del excelentísimo señor Conde de Priego, y en casa de la viuda de Don Juan Francisco, eminente; y también en la mía hay un cuadro de Santa Catalina Mártir, con la historietta de su martirio a lo lejos; y otro del Arcángel San Miguel con el demonio a los pies, valiente figura y bien escorzada. Otra pintura hay de Cristo Señor Nuestro caído con la cruz acuestas, que está al subir de la escalera interior de San Cayetano. Y otras dos pinturas, la una de Santiago y la otra de San Juan, figuras del tamaño del natural, que están dentro de la clausura en el Real Convento de las Señoras de la Encarnación, Agustinas Recoletas, en esta Corte.

Tuvo también gran facilidad nuestro Castillo en hacer dibujos de cuanto se le ofrecía; y así quedaron innumerables cuando murió, de los cuales no tengo yo la menor parte y los más hechos de pluma, y algunas cabezas (especialmente de viejos) hechas con pluma de caña, para lo cual buscaba unos carrizos o cañas delgadas, que tienen los cañutos largos (de que hacen en Córdoba las cerbatanas, para que los muchachos arrojen los huesos de las almezas), y los cortaba como plumas de gordo, y con aquéllas gustaba de dibujar cabezas grandes, con plumeadas gruesas, con gran magisterio y libertad.

Hizo también muchas trazas de varios adornos y arquitectura.

para su muy íntimo amigo Melchor Moreno (hombre de muy acreditada habilidad en esta línea), y asimesmo para piezas de platería y otros artefactos; y también modeló muy bien de barro, de que yo vi algunas figuras desnudas y cabezas, hechas con excelente gusto. Ultimamente pasó a Sevilla por el año de 1666, a donde no había vuelto desde sus primeros años, y donde viendo las pinturas de Murillo (que estaba entonces en lo florido de su edad), pasmado de ver que se llevaba el áura popular, con aquella belleza del colorido que a él le faltaba sobrándole tanto el dibujo, dijo: *¡Ya murió Castillo!* Y así fué, porque volviéndose a Córdoba, entró en él tal melancolía, que vivió muy poco después, y pintó muy pocas cosas; y entre ellas fué el San Francisco, de medio cuerpo, que tenía Lorenzo Mateo, mercader de aquella Ciudad, y de grande ingenio, muy aficionado a las cosas de Castillo; y lo cierto es que este San Francisco excede en el buen gusto y dulzura en la cabeza y manos a todo lo que hizo en su vida Castillo; porque a la verdad le faltó una cierta gracia y buen gusto en el colorido. Y así cuentan, que habiendo visto Alonso Cano unas pinturas de los Evangelistas, de mano de Castillo (que están hoy en Córdoba), dijo que dibujando tan bien, era lástima que no viniese a Granada, para enseñarle a pintar: lo cual, habiéndolo sabido Castillo, dijo: *Mejor será que él venga por acá, le pagaremos la buena intención con enseñarle a dibujar.* Fué viveza de su ingenio (aunque no tuvo razón), porque era muy pronto y agudo en sus dichos. Sucedió también que un pintor de aquella Ciudad, que se llamaba Acisclos (cuyo nombre, corrompiéndole el vulgo, llaman *Ciscos*), habiendo hecho alguna pintura, de que estaba más satisfecho de lo que debía, dijo con gran jactancia: *Mis pinturas castillean.* Dijéronselo a Castillo, y él respondió: *Sus pinturas cisquean, que no castillean.*

Hizo también Castillo muy buenos versos, y fué hombre de lindo trato, discreción, buena estatura y muy buen arte. Murió finalmente en dicha Ciudad el año de mil seiscientos y sesenta y siete *, a los sesenta y cuatro de su edad; dejando tal crédito en aquella Ciudad, que el que no tiene pintura de Castillo, no se tiene por hombre de buen gusto. Tuvo varios discípulos, y especialmente Pedro Antonio y Manuel Francisco, pero ninguno que llegase a la eminencia de su maestro.

* Murió el 2 de febrero de 1668.

CXXIII.—ALONSO DE MESA, PINTOR

Alonso de Mesa, natural y vecino de esta Villa de Madrid, fué excelente pintor, no se sabe de quién fué discípulo, aunque algunos quieren lo fuese de Alonso Cano. Pintó toda la vida de nuestro seráfico Padre San Francisco, y otros santos y varones insignes de su primitiva fundación, que están en el claustro de su Convento de Religiosos de la Observancia en esta Corte. Por la cual obra se conoce su virtud, ingenio y ventajoso natural para el Arte, según el gran manejo y práctica; facilidad que muestra en la invención y expresión de afectos. Dejó su retrato en el cuadro del Entierro del Santo Patriarca, entre los que van acompañando con luces. Murió de poco más de cuarenta años, en esta Corte, por el de mil seiscientos y sesenta y ocho, con gran sentimiento de toda la profesión.

CXXIV.—LICENCIADO PEDRO VALPUESTA, PINTOR

El licenciado Pedro Valpuesta, presbítero, natural de la Villa de el Burgo de Osma, hijo de Pedro Valpuesta, agente de negocios, y de Ana de Medina, vecinos y naturales de dicha Villa; fué discípulo de Eugenio Cajés, pintor de Su Majestad, a quien ningún discípulo suya ha imitado tanto: pues muchas de las obras que hizo, las tenían por de mano de su insigne maestro. Entre las cuales es una la pintura que está en el coro de la iglesia de San Francisco de esta Corte, que es parte de la historia del serafín patriarca. Y en la parroquial de San Miguel, en una capilla que está frontero de la puerta del costado de la iglesia (que es de Juan de Arigón), pintó las festividades de Nuestra Señora. En el hospital Real del Buen Suceso hay de su mano una pintura de San Joaquín, Santa Ana y San José y el Niño Jesús, cosa que parece de Eugenio Cajés. Y en Santa Clara, Convento de Religiosas Franciscas, pintó la Historia de la Santa, en seis cuadros excelentísimos, que están colocados en el cuerpo de la iglesia. Y también otras cuatro pinturas tiene ejecutadas en el cuerpo de la iglesia del Convento de la Concepción Francisca. Por las cuales obras se conoce el grande ingenio y loable virtud de este honrado sacerdote; pues con ellas alcanzó el mérito de ser puesto en el Catálogo de los eminentes artífices de España. Murió en esta Corte el año de mil seiscientos y sesenta y ocho, a los cincuenta y cuatro de su edad.

CXXV.—JOSE DE SARABIA, PINTOR CORDOBES

Fué José de Sarabia natural de la Ciudad de Sevilla, donde nació el año de 1608. Fué hijo y discípulo de Andrés Ruiz de Sarabia, el cual se partió a la Ciudad de Lima en Nueva España, donde murió. Quedó en esta sazón José de Sarabia de muy tiernos años; pasóse a Córdoba, a donde tenía algunos parientes, a tiempo, que habiéndole sucedido lo mismo, de faltarle su padre a Antonio del Castillo, se fueron juntos a Sevilla, donde se acabaron de perfeccionar en el Arte en la escuela de Zurbarán. Volviéronse ambos a Córdoba, y Sarabia comenzó a adquirir crédito con su habilidad, valiéndose de las estampas de Rafael Sadeler, a que fué muy inclinado, como se conoce en sus obras: hizo muchas públicas, especialmente de cuadros de concepción, y retocó el de la platería de aquella Ciudad, por estar ya deteriorado del tiempo, donde está San Eloy y otros Santos de mano de Valdés.

También es de mano de Sarabia el cuadro de la Concepción Purísima, que está en la Ribera, con mucha gloria y hermosura; y no lo es menos el que hizo para la subida de la escalera del Real Convento de San Francisco de aquella Ciudad; donde tiene otro del Nacimiento de Cristo Señor Nuestro, que está en la iglesia, casi debajo del órgano. Y en el claustro grande (además de otro cuadro, junto a la portería, que está ya destruido, y es hecho por una estampa de Rubens) tiene otro de su invención, de cuando el glorioso San Francisco entró a visitar la ermita de San Damián, donde oyó de la boca de Cristo Crucificado aquellas misteriosas palabras: *Vade, Francisce, repara domum meam*, que está expresado el caso con gran propiedad. Y sobre todo un Cristo Crucificado, que está en el otro ángulo, junto a la puerta que entra al salón grande, superiormente dibujado y pintado, que también es de su mano. Y lo pintó para un médico, que se llamaba Nicolás de Vargas, y éste lo hizo colocar allí con su retablo; sin otras muchas obras suyas, que hay en Córdoba, en diferentes conventos y sitios públicos. Tiene también otro excelente cuadro en el Convento de San Francisco de la Arrizafa (que vulgarmente llaman hoy de San Diego, porque allí tomó el hábito este glorioso santo), y es de la Elevación de Cristo Señor Nuestro en la Cruz, en el Calvario; que aunque es hecho por la estampa que hay de Rubens de este caso, merece todo aplauso, porque está ejecutado con superior manejo y magisterio.

Pero no se permite al silencio otro cuadro excelente y de su invención, que tiene en la iglesia del Convento de la Victoria de dicha Ciudad, muy bien historiado, y es la huída a Egipto, y está firmado, cosa que hizo pocas veces; está colocado en la capilla de Don Francisco de las Infantas. Y el mismo Sarabia confesaba que ningún otro cuadro había hecho tan de su satisfacción como éste, ¡y cierto que tenía razón!

Hizo innumerables cuadros para casas particulares, y en la de mis padres había diferentes, y especialmente una Concepción Purísima de muy excelente gusto. Murió finalmente en dicha Ciudad, año de mil seiscientos y sesenta y nueve, a veinte y uno de mayo, de edad de sesenta y un años, y ocho meses. Yo le conocí en su mayor edad, y era de muy noble aspecto, buena estatura y de muy amable y apacible trato.

CXXVI.—*EL HERMANO ADRIANO RODRIGUEZ, PINTOR*

El Hermano Adriano Rodríguez, Religioso Coadjutor de la Compañía de Jesús, de nación flamenco, natural de Ambers, tomó el apellido de Rodríguez por ser el suyo por acá tan extraño. Fué hijo de Adriano *Dieriex* y de Catalina Vanderte. Siendo ya pintor de profesión y en edad de treinta años, fué recibido por Hermano Coadjutor en este Colegio Imperial de Madrid a 13 de octubre de 1648, y en el de 1654 era morador del mismo Colegio y compañero del venerable Padre Eusebio Nieremberg. Después pasó a la casa profesa de esta Corte, donde hizo varias pinturas, y especialmente cinco, que hoy están en el costado derecho del refectorio del Colegio Imperial, que son:

1. El Convite de Abrahán a los tres Angeles.
2. El de los discípulos de Cristo en Emaús.
3. El del fariseo a Cristo, y Unción de la Magdalena.
4. El de la Virgen y San José con el Niño Jesús.
5. Y el de las Bodas de Caná de Galilea.

Murió finalmente en dicha Casa Profesa a treinta de octubre de mil seiscientos y sesenta y nueve, y a los cincuenta y uno de su edad, con gran sentimiento de aquella casa y de toda la provincia, por sus amables prendas, virtud, religiosidad e ingenio para la pintura, en que era de mucha utilidad.

CXXVII.—DON ANTONIO PEREDA, PINTOR

Don Antonio Pereda, natural de Valladolid, pintor y vecino de esta Villa de Madrid, hijo de Antonio Pereda y de su mujer Doña María Salgado, vecinos de la dicha Ciudad de Valladolid; fué uno de los insignes artífices que han dado honor a la nación española con sus pinceles *. Habiendo, pues, muerto su padre, y quedando él de tierna edad, conociendo un tío suyo la grande afición que tenía a el Arte de la Pintura, le condujo a Madrid, donde aprendió los principios del Arte con Pedro de las Cuevas, en compañía de Don Francisco Camilo, su hijastro, y de otros que han (con su buena doctrina) venido a ser famosos en esta Arte. En poco tiempo dió muestras de su buen ingenio y natural para el Arte de la Pintura; tuvo suerte, en que conociéndole Don Francisco Tejada, Oidor del Consejo Real, le llevó a su casa, deseoso de ayudarle, para que aprendiese: con este amparo dibujaba y pintaba, copiando pinturas originales de grandes artífices, que le fué de mucha utilidad. Y viendo su aplicación el dicho señor oidor, le daba con gran cuidado todo lo necesario para animarle a los estudios. Estando en esto tuvo noticia de él, por algunas cosas de su mano, Don Juan Bautista Crescencio, Marqués de la Torre, hermano del Cardenal Crescencio, caballero de gran voto en todas facultades; especialmente en esta Arte, así en lo teórico como en lo práctico; y viniendo en ello el señor Don Francisco, le llevó a su casa, en la cual, debajo de sus documentos, cuando llegó a edad de diez y ocho años era pintor excelente, tanto, que sus primeras obras que salieron a luz, parecían de artífice muy experto. La primera pintura de su mano, con que comenzó a ganar opinión, fué una de la Concepción de Nuestra Señora, del tamaño del natural, con una gloria de ángeles y serafines alados, que envió el Marqués a Roma a su hermano el señor Cardenal. Este lienzo hizo mucho ruido en esta Corte, y despertó muchas envidias. Después de esta famosa obra hizo otra, en competencia de otros insignes pintores, que fueron electos, para el adorno del Buen Retiro, en tiempo del señor Conde-Duque de Olivares. La historia de este lienzo es el socorro que introdujo en Génova el Marqués de Santa Cruz, cuyas figuras son del tama-

* Nació hacia 1608. Véase la monografía de E. Tormo: *Antonio de Pereda: la vida del artista*. Valladolid, 1916.

ño del natural; y en ella algunos retratos de personas conocidas; todo muy bien dibujado y con excelente colorido, así en los paños como en las cabezas. Con esta pintura dió del todo gallardas muestras de su ingenio: diéronle por ella quinientos ducados; esta pintura está en el Salón de Comedias del Buen Retiro, en compañía de otras de este género de grandes artífices de aquel tiempo.

Pintó un lienzo del Desengaño de la Vida, con unas calaveras y otros despojos de la muerte, ¡que son cosa superior! Esta pintura, por ser cosa insigne, la colocó el señor Almirante Padre en la Sala destinada para pinturas de los eminentes españoles. Otra semejante para hoy en poder de los herederos de Pereda. Y en la sacristía de San Miguel de esta Corte hay otra pintura suya, por el mismo estilo, de un Niño Jesús, con un pedazo de gloria, y abajo unas calaveras, y varios instrumentos de la Pasión, hecho con tan extremado gusto y paciencia, que es a todo lo que puede llegar lo definido.

Pintó también una efigie del Salvador del Mundo, que está en una capilla del cuerpo de la iglesia de las Madres Capuchinas de esta Corte, al lado del Evangelio, con tan extremada belleza, que parece no pudo tener otra fisonomía Cristo Señor Nuestro, por ser tanta su perfección, que arrebatara los corazones; de suerte que por solo esta imagen merece su autor nombre inmortal. Es también de su mano el cuadro de la Encarnación, que está en el remate de dicho retablo. Lo son también otros dos cuadros de la Encarnación y Adoración de los Santos Reyes, que están en otras dos capillas de dicha iglesia. Como también otro del glorioso Patriarca San José con el Niño Jesús Santísimo en los brazos, que está en el colateral del Evangelio en la iglesia de las Niñas de Loreto de esta Corte. Y también es de su mano otro cuadro de la Encarnación, que está en el colateral del Evangelio de la iglesia de la Magdalena en Alcalá de Henares.

Pintó este artífice muy al natural, tierno y fresco; su dibujo, disposición y pincel fué de la escuela veneciana; y aunque le faltó al mejor tiempo el amparo del Marqués, con la muerte, que cortó el hilo de sus esperanzas, no le desamparó la fortuna; porque prosiguiendo en sus estudios, se adelantó tanto con su natural e inclinación a la pintura, que generalmente fué tenido por uno de los más valientes artífices de aquel tiempo; y así hizo otras muchas e insignes obras, que están con su debida estimación en diferentes templos y casas particulares de esta Corte. Como es el Santo Domingo So-

riano, en el Colegio de Atocha, en la capilla de Don Fernando Ruiz de Contreras, Marqués de la Lapilla, secretario que fué del Despacho Universal, que es obra admirable *; juntamente con el cuadro de la Trinidad Santísima, que está en el remate. Y también el San Pedro y San Pablo, con los cuatro Evangelistas, que están en el altar mayor de la parroquial de San Miguel; y el célebre cuadro de San Elías, que está en la iglesia del Carmen Calzado, con el de su discípulo Eliseo, y el de la Santísima Trinidad, que está en el remate de la capilla mayor.

Pintó también las bóvedas del crucero y presbiterio de la iglesia de la Merced Calzada; y aun la traza de la Historia de la Cúpula (que ejecutaron los Colonas) fué suya; y el célebre cuadro principal del altar mayor de la iglesia de San Antonio de Capuchinos del Prado, y otras muchas obras, que por no ser prolijo, no refiero; que ellas están diciendo (aunque mudas) mucho mejor lo eminente de su artífice. Hizo también bodegoncillos con tal excelencia, que ningunos le hacen ventaja, según los que yo he visto en casas particulares. Murió en esta Corte el año de 1669, a los setenta de su edad **. Fué un hombre que tuvo el mayor estudio de la pintura, que se ha conocido, no sólo en estampas, papeles y borroncillos, originales, modelos y estatuas excelentes, sino una librería admirable; y especialmente de la pintura, en varios idiomas, tenía libros excelentes; y con todo esto no sabía leer ni escribir (¡cosa indigna, y más en un hombre de esta clase!), de suerte que para firmar un cuadro le escribían la firma en un papel, y él la copiaba: y gustaba de que los discípulos y algunos amigos le leyeseen historias, y especialmente las que había de pintar; y de este modo disfrutaba su librería; y solían decirle los que veían libros latinos y extranjeros: *V. md. será latino, y entenderá la lengua Italiana y la Francesa, &c.*, y él respondía: *Yo, señor, no soy ni nada*; y con esto les engañaba con la verdad. Pero tenía un cierto sindéresis o dictamen de razón tan bien regulado, que desmentía con sus obras este defecto.

Fué su mujer Doña Mariana Pérez de Bustamante, y preciábase de muy gran señora (que lo era), y visitábase con algunas de clase y que tenían dueña en la antesala; y echando ella de menos esta ceremonia, Pereda la dijo que no se afligiese, que ya le daría gusto en eso; y le pintó una dueña con tal propiedad en una mampara,

* Hoy en el Museo Cerralbo.

** Murió el 30 de enero de 1678.

sentada en su almohada, con sus anteojos, haciendo labor y como que volvía a ver quién entraba, que a muchos les sucedió hacerle la cortesía y comenzarle a hablar, hasta que se desengañaban, quedando corridos de la burla, cuanto admirados de la propiedad. Esta señora Doña Mariana se trató con grande fausto mientras vivió su marido, y aun algunos años después de viuda; pero habiendo sido muchos los que le sobrevivió, llegó a verse en suma miseria, y en ella murió el año de 1698.

CXXVIII.—JUAN DE PAREJA, PINTOR

Juan de Pareja, natural de Sevilla, de generación mestizo y de color extraño, fué esclavo de Don Diego Velázquez. Y aunque el amo (por el honor del Arte) nunca le permitió que se ocupase en cosa que fuese pintar ni dibujar, sino sólo moler colores y aparejar algún lienzo, y otras cosas ministeriales del Arte y de la casa, él se dió tan buena maña, que a vueltas de su amo, y quitándose del sueño, llegó a hacer en la pintura cosas muy dignas de estimación. Y previniendo en esto el disgusto forzoso de su amo, se valió de una industria peregrina: había, pues, observado Pareja que siempre que el Señor Felipe Cuarto bajaba a las bóvedas a ver pintar a Velázquez, en viendo un cuadro arrimado y vuelto a la pared, llegaba Su Majestad a volverlo, o lo mandaba volver, para ver qué cosa era. Con este motivo puso Pareja un cuadrito de su mano, como al descuido, vuelto a la pared; apenas lo vió el Rey, cuando llegó a volverle; y al mismo tiempo Pareja, que estaba esperando la ocasión, se puso a sus pies y le suplicó rendidamente le amparase para con su amo, sin cuyo consentimiento había aprendido el Arte y hecho de su mano aquella pintura. No se contentó aquel magnánimo espíritu Real con hacer lo que Pareja le suplicaba, sino que volviendo a Velázquez le dijo: *No sólo no tenéis que hablar más en esto; pero advertid que quien tiene esta habilidad no puede ser esclavo.* Aludiendo a lo que dijimos en el Tomo primero, que esta Arte fué prohibida a los esclavos en el griego y romano Imperio; y no en el sentido que en España entendemos la palabra *esclavo*, sino en el que aquellas Repúblicas lo entendían, que eran los *pecheros*, que los llamaban *siervos*, a quienes sólo se concedían las artes mecánicas, llamadas por esto *serviles*, por ser dedicadas a los *siervos*.

o esclavos; a distinción de las liberales, que eran reservadas para los libres, ingenuos o nobles (que todo era uno).

Velázquez, hallándose preocupada la libertad con precepto tan soberano, obedeció ciegamente a Su Majestad en todo; dándole desde luego carta de libertad absoluta a Juan de Pareja, el cual procedió tan honradamente, que todo lo restante de su vida sirvió, no sólo a Velázquez lo que sobrevivió a este caso, sino después a su hija, que casó con Don Juan Bautista del Mazo.

Y así por esta noble acción, como por haber tenido tan honrados pensamientos y llegado a ser eminente en la pintura (no obstante la desgracia de su naturaleza), ha parecido digno de este lugar; pues el ingenio, habilidad y honrados pensamientos son patrimonio del alma; y las almas todas són de un color, y labradas en una misma oficina; y más cuando le debemos considerar artífice de su fortuna; y que él, por sus honrados procederes y aplicación, se labró nuevo ser y otra segunda naturaleza.

Tuvo especialmente nuestro Pareja singularísima habilidad para retratos, de los cuales yo he visto algunos muy excelentes, como el de José Ratés (arquitecto de esta Corte), en que se conoce totalmente la manera de Velázquez, de suerte que muchos lo juzgan suyo. Murió el dicho Pareja en esta Villa por el año de 1670, y a poco más de los sesenta de su edad*.

CXXIX.—DON JUAN BAUTISTA DEL MAZO, PINTOR DE
Cámara de Su Majestad.

Don Juan Bautista del Mazo Martínez, vecino y natural de esta Villa de Madrid, Pintor de Cámara de Su Majestad, yerno y discípulo del gran Don Diego Velázquez, fué general en el Arte de la Pintura e hizo retratos de Sus Majestades con excelencia; y en particular de la Reina nuestra Señora Doña María-Ana de Austria, con tan grande acierto, que aumentó la buena opinión que tenía; porque un día de Corpus Christi se vió uno de su mano en la Puerta de Guadalajara, tan natural, que causó admiración a todos; tanto por ser de los primeros que se vieron de Su Majestad en esta Corte, como por ser maravilla del pincel. Pintó admirablemen-

* Supónese que nació en 1606. Su cuadro firmado, en el Prado, data de 1661.

te cosas de montería y sitios de ciudades, por lo cual fué, de orden de Su Majestad, a hacer una pintura de la Ciudad de Zaragoza y el fuerte castillo de Pamplona, las cuales pinturas yo he visto en Palacio en el pasadizo de la Encarnación, antes que se colocase allí la Real Librería; y cierto que son cosa excelente, pues no sólo están los sitios ejecutados con gran puntualidad, sino con historietas de aquellas casualidades que en el campo suelen ocurrir, merendando unos y paseando otros, ya a pie o ya a caballo, observando los trajes de aquel tiempo o estilo de la tierra, con tal propiedad y tan bien regulada la degradación de las figuras, según sus distancias, que es una maravilla; pues de la proporción de las inmediatas al castillo o murallas se puede inferir la grandeza de sus fábricas.

En copiar fué tan único, y especialmente en las cosas de su maestro, que es casi imposible distinguir las copias de los originales. Yo he visto diferentes, aun de los originales de Tintoreto, Veronés y Ticiano en poder de sus herederos, que transferidas a Italia, donde no tienen noticia de su habilidad, no dudo que pasen por originales; y soy de sentir, que como una copia llegue a tal estado, que sea capaz de engañar a hombres prácticos e inteligentes de la profesión, es también capaz de gozar del indulto de original. ¡Oh, cuántas estarán bautizadas con este nombre! Pero el caso es la dificultad de llegar a este grado; porque como los que copian, ordinariamente son los de mediana habilidad, siempre se conoce la tibiaza del manejo en la sujeción. Lo que no sucede en hombre ya hecho, que obra con magisterio y libertad, como se califica en las copias de Ticiano, de mano de Rubens, que están en El Pardo; que realmente aun son mejores que las originales.

Retrató también en su menor edad al Señor Carlos Segundo, y a la Reina Madre nuestra Señora en su viudedad, con grande acierto y semejanza. Murió en esta Corte por el año de 1670 * y a poco más de los cincuenta de su edad. Dejó muchos hijos, que los vimos acomodados en honrosos oficios de Palacio.

CXXX.—JUAN SANCHEZ BARBA, ESCULTOR

Juan Sánchez Barba fué contemporáneo de Pereyra y natural de las montañas de Burgos, fué escultor eminente y vecino de esta

* Murió el 10 de febrero de 1667; había nacido en el obispado de Cuenca, probablemente en Beteta. El nacimiento de su madre fué en 1596, según averiguó el P. Zarco.

Corte, donde hay de su mano muchas efigies en el altar mayor de la iglesia del Convento del Carmen Calzado, con otra imagen de la Concepción en la capilla, que está junto a la puerta de las gradas; y las efigies del altar mayor de la parroquial de Santa Cruz; y el Santo Cristo de la Agonía, que se venera en el Convento de los Padres Agonizantes en capilla aparte; que esta sola efigie basta para hacerle digno de este lugar y del inmarcesible laurel de la fama; porque en simetría y en el afecto espirante, no he visto figura con más soberana expresión y propiedad! Y en el Convento de la Merced son suyos los dos santos de los colaterales de la capilla mayor; y en el Monasterio de San Bernardo una estatua de San Benito; y otra de San Bruno en la ermita de este santo, que está en el Retiro; sin otras muchas estatuas suyas, que yo he visto, que califican a su autor por hombre eminente y digno de inmortal memoria. Murió por los años de mil seiscientos y setenta, y a los cincuenta y cinco de su edad.

CXXXI.—*JUAN DE ARELLANO, PINTOR*

Juan de Arellano, natural de la Villa de Santorcaz, del arzobispado de Toledo, hijo legítimo de Juan de Arellano y de Ana García, nació año de 1614; faltóle su padre en la edad de ocho años, y su madre le llevó a Alcalá de Henares y le acomodó con un pintor, con quien estuvo ocho años; y cuando a su maestro se le ofrecía haber menester algunos recados para pintar, lo enviaba a pie a Madrid por ellos; y no teniendo a la noche donde recogerse, se quedaba en las gradas de San Felipe hasta que amanecía, y tomaba otra vez el camino a pie para Alcalá con los recados; y así lo continuó hasta que salió de casa de su maestro. Y después pasó a Madrid, donde trabajó por oficial en casa de Juan de Solís; de donde habiendo salido, aunque no muy aventajado, continuó en su habilidad, y se casó de primer matrimonio con Doña María Vanela; y habiendo enviudado a los seis años, casó de segundo matrimonio con Doña María de Corcuera, natural de Madrid y parienta de Juan de Solís.

Llegó a la edad de treinta y seis años, sin haber mostrado sobresaliente habilidad en cosa alguna; hasta que estimulado de su gran genio y honrado natural, se aplicó a copiar algunos floreros del Mario; y después, estudiando las flores por el natural, las llegó

a hacer tan superiormente, que ninguno de los españoles le excedió en la eminencia de esta habilidad; de que hay varios testimonios en los templos y casas de señores y aficionados, y especialmente en las del señor Conde de Oñate hay muchos y excelentes floreros de Arellano; y en el cuerpo de la capilla de Nuestra Señora del Buen Consejo hay cuatro, ¡que son superior cosa! Y no fué menor su estudio en las frutas; y era tanta su aplicación, que pintaba tanto de noche como de día. Murió por el año de 1670 *, a los sesenta y cinco de su edad, y se enterró en la iglesia de San Felipe el Real de esta Corte, frente de cuyas gradas vivió; y tuvo obrador público de pintura cerca de cuarenta años, y fué una de las más célebres tiendas de pintura que hubo en esta Corte, donde conocí yo muchas recién venido de Andalucía, y hoy no ha quedado una; que aunque para el refugio de algunos pintores viandantes no es lo mejor, para el decoro y decencia del Arte importa mucho, como lo exclama en su libro de Diálogos de la Pintura Vicencio Carduchi. Fué nuestro Arellano hombre de muy buena razón y muy temeroso de Dios. Preguntáronle un día por qué se había dado tanto a las flores y había dejado las figuras. Y respondió: *Porque en esto trabajo menos y gano más*; y así era verdad, porque no sólo ganaba en los intereses pecuniarios, sino mucho más en los de la fama póstuma de su eminente habilidad.

CXXXII.—MIGUEL MARC, PINTOR

Miguel Marc, natural y vecino de la Ciudad de Valencia, fué hijo y discípulo de Esteban Marc, y siguió el genio de su padre en la aplicación a las batallas; pero más universal y sin la extravagancia de su humor. Y así hizo (además de las batallas) cosas muy excelentes, y con especialidad hay una pintura suya de N. P. San Francisco en la capilla de la Tercera Orden de aquella Ciudad, ¡cosa superior! Y también hay otra del mismo santo en la Impresión de las Llagas, en el Convento de las Madres Capuchinas, ¡que es una admiración!, sin otras muchas que hay en diferentes sitios, en gran concepto de los del Arte. Y a no haberle preeocupado la muerte en lo mejor de su edad, hubiera dejado otros muchos testimonios de su gran genio; porque fué excelente dibujante y tuvo gentil ma-

* Murió el 12 de octubre de 1676.

nejo en los colores. Murió por los años de mil seiscientos y setenta, y a los treinta y siete de su edad *.

CXXXIII.—*JOSE DE LEDESMA, PINTOR*

José de Ledesma, natural de Castilla la Vieja, de donde trajo algunos principios (tiénese por cierto, que fué en Burgos), fué discípulo en esta Corte de Don Juan Carreño; y habiendo aprovechado mucho en tan buena escuela, salió al público, manifestando su grande habilidad en diferentes obras que se le ofrecieron, como fué la de un cuadro de San Juan Bautista, que está en un pilar de la iglesia del Colegio de Santo Tomás, y en lo alto otro de la Santísima Trinidad, y abajo otros tres cuadritos: el de en medio, de la Encarnación, y los otros, de San Francisco y Santo Domingo, que unos y otros parecen de Carreño. Y en el Convento de los Agustinos Recoletos, en la capilla del Santísimo Cristo (que está en el cuerpo de la iglesia a el lado del Evangelio), tiene pintado en el remate del retablo un cuadro de Cristo Señor Nuestro difunto, acompañado de su Madre Santísima, San Juan y la Magdalena; hecho con tan excelente capricho y tan bien ejecutado el escorzo del Cristo, que por sólo este cuadro merece su autor nombre inmortal, sin otros que hay en el retablo, y pechinas, no menos dignos. Y habiendo hecho otras muchas obras particulares, murió en esta Corte antes de los cuarenta años de su edad, con gran sentimiento de toda la profesión, por el de mil seiscientos y setenta.

CXXXIV.—*BENITO MANUEL DE AGÜERO, PINTOR*

Benito Manuel de Agüero, natural y vecino de Madrid **, fué discípulo de Juan Bautista del Mazo (pintor de Cámara de Su Majestad); y aunque en lo que toca a las figuras salió bastantemente aprovechado, sobresalió con especialidad en los países, en que sin duda llegó a ser eminente, como lo manifiestan los muchos que hay de su mano en el Palacio de Aranjuez, hechos con singularísimo

* Su retrato, dibujado por su padre, lo publiqué en *Dibujos españoles*, t.º II, Lám. CCLV.

** Probablemente nació en Burgos en 1626.

gusto; y no menos las figuras e historiejas que hay en ellos *. Como también los países de muchas sobre puertas y ventanas del Buen Retiro (que los grandes son de mano de unos italianos), en que se conoce su eminente habilidad en esta parte. Fué hombre de extremadísimo humor, y como su maestro, pintaba en el obrador de Palacio, donde el Señor Felipe Cuarto solía concurrir, y gustaba Su Majestad mucho de oírle, porque tenía dichos muy agudos y sentenciosos.

De su mano es el cuadro de San Ildefonso, cuando recibió de la Reina de los Angeles aquel soberano favor de la casulla, que está colocado en uno de los cuatro pilares del crucero de la iglesia de Santa Isabel de esta Corte; que aunque no compite con los demás, se conoce que no le faltaba habilidad para la historia, y con un cierto humor de tinta rebajada y aticianada. Murió por los años de mil seiscientos y setenta, y a los cuarenta y cuatro de su edad.

CXXXV.—*JUAN ANTONIO ESCALANTE, PINTOR*

Juan Antonio Escalante, natural de la Ciudad de Córdoba, después de haber tenido allí algunos principios en el Arte de la Pintura vino a esta Corte, donde aprendió, con grande estudio y aprovechamiento, en la escuela de Don Francisco Rici. Fué hijo de Alonso de Fonseca y de Doña Francisca Escalante (abuso introducido en Andalucía, tomar los apellidos de la madre, y aun de la abuela o tío). Fué buen dibujante; y la primera obra de pintura suya en público fué una Historia de San Gerardo, que está en el claustro del Convento de Religiosos Calzados de la Orden de Nuestra Señora del Carmen de esta Villa de Madrid; en el cual lienzo se conoce su espíritu y grande genio que tuvo para esta Arte, pues aún no tenía entonces veinticuatro años; donde también tiene otro de Santa María Magdalena de Pacis, subiéndola los ángeles al cielo.

En el Convento de Nuestra Señora de la Merced de esta Corte hay mucha pintura suya; especialmente en la ante-sacristía un San José y Santa Teresa, que hoy están en la Capilla del Santísimo Cristo del Rescate; y en la Sala de Profundis otros dos de San Pedro Nolasco, cuando los ángeles le llevaron al coro; y el otro de San Román predicando, con el candado en los labios; y al me-

* Hoy, en el Museo del Prado; antes, atribuidos a Mazo.

dio de la escalera principal un Santísimo Cristo en espiración, que es una maravilla; pero sobre todo el cuadro de la Redención, que está en la fachada del refectorio, donde puso su retrato, entre la turba de los cautivos, y todos los diez y ocho, que están en la sacristía (excepto uno, cuando el pueblo de Dios pasó el mar Bermejo a pie enjuto, que es de mano de Juan Montero de Rojas, y es el primero, que está a la izquierda hacia las ventanas), y todos son de misterios alusivos al Sacramento, que cierto son una admiración; y en que se descubre el gran genio que tenía y la afición a Tintoreto y Veronés, porque sigue en todos aquel estilo en la composición y gracia de actitudes.

Son también de su mano dos cuadros que hay en dos pilares de la parroquial de San Miguel de esta Corte: el uno de la Concepción (cosa peregrina), que está junto a la puerta del costado de dicha iglesia; y el otro enfrente, que es de Santa Catalina Virgen y Mártir, figura graciosísima y caprichosa, que parece del Tintoreto; y también son suyos los dos cuadritos en que rematan los retablos, que el uno es de San Francisco y San Agustín y el otro de San José con el Niño Jesús dormido, como que le va a poner en su camita, ¡que son cosa peregrina! Como lo es también otro de la Virgen con el Niño en el mismo acto, y San Juan y Santa Ana, que está en casa de un aficionado, que no se puede hacer cosa de más excelente gusto y capricho. Bien lo manifestó también, y su gran gusto, en un cuadro que hizo para la iglesia de Religiosas Benitas de la Ciudad de Corella, que es de la Asunción de Nuestra Señora, y está colocado sobre la reja del coro.

En la sacristía del Carmen Calzado de esta Corte hay algunas copias de cosa suya, que aunque de mala mano, se conoce el buen gusto y composición de los originales. Pero en lo que se excedió a sí mismo fué en una efigie de Cristo Señor Nuestro difunto, que estaba en la segunda capilla, a la derecha, entrando por los pies de la iglesia del Espíritu Santo (Convento de los Clérigos Menores en esta Corte), pues verdaderamente parece de Ticiano; y hoy le han retirado adentro, por haber mudado de asunto en la dicha capilla.

Ayudó a su maestro en el monumento de la santa iglesia de Toledo; y poco después murió en esta Corte de mal de pecho por el año de 1670, y a los cuarenta de su edad, con gran sentimiento de toda la profesión, que esperaba de tan peregrino ingenio adelantamientos muy superiores.

CXXXVI.—*DON SEBASTIAN DE HERRERA, PINTOR,
escultor y arquitecto.*

Don Sebastián de Herrera Barnuevo, natural y vecino de esta Villa de Madrid, fué hijo legítimo de Don Antonio de Herrera Barnuevo, natural de Alcalá de Henares, y de Doña Sebastiana Sánchez, natural de Madrid, ambas familias muy ilustres; nació el año de mil seiscientos y diez y nueve. Fué discípulo de su padre (que fué excelente escultor; como se califica en el Angel y las otras figuras que coronan la portada de la Cárcel Real de esta Corte, que son de su mano, y el escudo de las Armas Reales), y después se arrimó a la escuela de Alonso Cano, más por imitación que por disciplina, y así siguió sus pisadas; pues no solamente salió excelente pintor, sino escultor y arquitecto consumado, como se califica en repetidas obras de su mano, que se admiran en esta Corte de todas tres Facultades.

De su eminente pincel es el célebre cuadro del Triunfo de San Agustín, que está en la capilla mayor del Convento de los Recoletos Agustinos, junto con la traza del retablo y de las esculturas que hay en él, que son el San Juan Bueno y San Guillermo, de la dicha Orden, que los ejecutó Eugenio Guerra, escultor eminente. También las pinturas y traza del retablo de la capilla de Jesús, María y José en la iglesia del Colegio Imperial de esta Corte. Otro cuadro del Nacimiento de Nuestra Señora, que está en la iglesia de San Gerónimo, en el pilar junto a la reja a el lado de la Epistola. Otro del Martirio de San Lorenzo (que quedó en poder de sus herederos, y hoy está en el de un aficionado), que parece de Ticiano, de Tintoreto y de Pablo Veronés, porque de todos tiene lo mejor. Es también de su mano la traza del retablo y adornos de la capilla de Nuestra Señora del Buen Consejo, y de las pinturas de la cúpula y bóveda. La traza del retablo y estatuas de Nuestra Señora de los Siete Dolores, que está en la iglesia del Colegio de Santo Tomás de esta Corte. Como también el retablo y estatua de San Antonio, que está en la Iglesia de los Agonizantes; sin otras muchas trazas de retablos y de obras reales de que primero fué trazador; y después Maestro Mayor en tiempo del señor Felipe Cuarto y lo continuó en tiempo del Señor Carlos Segundo; junto con la plaza de Pintor de Cámara y Ayuda de la Furriera.

Fué también conserje del Palacio de El Escorial, Maestro Mayor de esta Villa de Madrid y del Alcázar del Buen Retiro; y en

todo se portó con gran modo y superior inteligencia; porque más debió a su gran genio, altamente dotado del cielo, y a su aplicación y estudio, que a la instrucción de maestro alguno. Una efigie de pasta de cera anda entre los pintores, de cosa de cuatro dedos de alto, de Cristo Señor Nuestro atado a la Columna, que no hizo más Micael Angel, ni cuantos escultores eminentes ha habido; de la cual yo tengo el vaciado de plata, tan bien reparado, y con una urnica tan preciosa, que sin duda fué alhaja suya, y para ella se hizo el modelo.

Pretendió con grandes instancias plaza de Ayuda de Cámara de Su Majestad, en tiempo del Señor Felipe Cuarto, con ocasión de haberle servido tan a su satisfacción en las trazas y disposiciones del ornato de la entrada de la Serenísima Reina nuestra Señora Doña María-Ana de Austria; y especialmente en aquel célebre Monte Parnaso, que se ejecutó entonces en el Prado con retratos de bulto, parecidos, de todos los más célebres poetas antiguos españoles y modernos; y con tan peregrina disposición y ornato, que pasmó a toda la Corte, y aun a toda España; y no habiendo podido lograr dicha pretensión, vacó a este tiempo la plaza de Maestro Mayor de las Obras Reales, y discurriéndose en sujeto apto para este empleo, dijo a el Rey el Marqués de Malpica (Mayordomo de Semana entonces) que ninguno como Herrera sería apto para él; pero dudando el Rey lo quisiese admitir por la pretensión tan diferente que tenía interpuesta, le dijo a el Marqués lo dispusiese, el cual llamó a Herrera a el cuarto del Rey; y habiendo llegado a hablar con el Marqués, muy ajeno de este intento, salió el Rey. Turbóse Herrera, y el Marqués le dijo: No tiene que turbarse, sino bese la mano a Su Majestad, que le ha hecho merced de Maestro Mayor y Ayuda de la Furriera. El se quedó cortado, sin poderse ya resistir. Besó la mano al Rey, quien admiró la maña con que el Marqués lo dispuso.

Ultimamente sirvió muchos años dicho empleo, a quien agregó después el de Pintor de Cámara, en cuyo tiempo ejecutó diferentes retratos de Sus Majestades en la menor edad del Señor Carlos Segundo, ya reinante, que fué cuando lo obtuvo, logrando aplauso universal en todas sus obras y en el aprecio de Sus Majestades. Murió a los sesenta años de su edad, en el de mil seiscientos y setenta y uno, en la Casa del Tesoro (donde se le continuó muchos años la habitación a la viuda y a su hijo Don Ignacio), y se enterró en la parroquia de San Juan de esta Corte.

CXXXVII.—*BERNABE JIMENEZ, PINTOR*

Bernabé Jiménez de Illescas, natural de la Ciudad de Lucena, hijo de padres nobles, fué desde sus primeros años muy inclinado a la pintura; y aunque entonces tuvo de ella algunos ligeros principios, los interrumpió con la afición a la milicia, en que se empleó algunos años, con más ardimiento que fortuna. Y con el trato de las naciones y personas de todas esferas, se hizo muy capaz y de muy aventajado talento. Hallándose, pues, en Roma en la edad juvenil todavía, aprovechó la ocasión de cultivar su genio para la pintura en el espacio de seis años que estuvo en aquella Ciudad, de donde vino a Lucena muy aprovechado, especialmente en la puntualidad del copiar, y en la caprichosa invectiva * de los grutescos y follajes. No lo ejercitó mucho, porque el resto de su vida siguió con demasiada afición sus principios marciales. No obstante dejó en dicha Ciudad muy honrados vestigios de su ingenio y habilidad en la pintura, y algunos muy buenos discípulos, y entre ellos el licenciado Don Leonardo Antonio de Castro, Presbítero (de quien hicimos mención en el Tomo Primero), y Miguel de Parrilla, natural de Málaga. Murió nuestro Jiménez en la Ciudad de Andújar, por el año de mil seiscientos y setenta y uno, habiendo sido llamado para una obra pública, que preocupado de la muerte no la pudo ejecutar, siendo ya su edad de cerca de sesenta años.

CXXXVIII.—*FRANCISCO CAMILO, PINTOR*

Francisco Camilo, natural y vecino de esta Villa de Madrid, fué hijo de Domingo Camilo, natural de Florencia, de la ínclita familia de los Camilos, y de su mujer Doña Clara Pérez, española, muy buena cristiana y temerosa de Dios, natural de Villafranca. Fué discípulo de Pedro de las Cuevas (pintor teórico y práctico en esta Arte), segundo marido de su madre de Camilo, del cual, en compañía de otros muchos condiscípulos, aprendió los primeros principios del dibujo y colorido; y conociendo el padrastro su excelente natural y aplicación a esta Arte, tuvo particular cuidado de su enseñanza y doctrina; y así salió famoso pintor, con excelente colo-

* *Sic.*

rido, tierno, fresco y dulce. Y además de ser grande historiador y muy noticioso de las fábulas y general en la pintura, así en grande como en pequeño; y por concurrir en su persona todas las partes de que se compone un grande artífice, fué señalado, siendo de edad de veinte y cinco años, con otros escogidos pintores (en tiempo del señor Conde-Duque de Olivares), para hacer las pinturas de los Señores Reyes Católicos de las Españas, que adornaban el Salón grande de las Comedias, que ya está dividido en diferentes piezas; donde se veían dos cuadros, el uno del Rey Don Alonso el Sexto y su nieto Don Alonso el Séptimo, hijo de la Reina Doña Urraca y de su consorte primero Don Ramón, Conde de Galicia; y el otro del Rey Don Juan el Segundo y Don Enrique Cuarto; y en la alcoba de Su Majestad, el retrato que estaba del Rey Don Sila y de la Reina su mujer Doña Adosinda, o Usenda, y otro del Rey Don Fruela y de su consorte Doña Munia, o Momerana. Y asimismo pintó al fresco en la galería del Poniente muchas fábulas de las transformaciones o metamorfosis de Ovidio, que serán más de catorce, sin otras que retocó, que el tiempo había consumido. Y era su genio tan inclinado a lo dulce y devoto, que para la propiedad de este linaje de pintura le faltó alguna que expresar en las fisonomías, trajes y desnudos de los Dioses con semblantes adustos y fieros, que en cierto modo degeneren hasta en esto de nuestra religión; de suerte, que el Señor Felipe Cuarto no quedó muy satisfecho de esta pintura; porque dijo que Júpiter parecía Jesucristo y Juno la Virgen Santísima, reparo digno de la discreción e inteligencia de tan católico Rey, y de que lo observemos los artífices, como documento.

Antes de esto, siendo de edad de diez y ocho años, pintó el cuadro principal en la casa profesa de la Compañía de Jesús, de esta Corte, donde estaba San Francisco de Borja en pie, de estatura mayor que el natural, con una custodia del Santísimo Sacramento en la mano y a los pies un mundo y algunos trofeos militares y capelos, la cual pintura estaba en la sacristía de dicha casa. Y en el Convento de los Capuchinos del Pardo, en una capilla colateral enfrente de la del Santo Cristo, pintó un San Félix y la Virgen Nuestra Señora con su preciosísimo Hijo, dándosele en los brazos. En el Convento de San Felipe, de esta Corte, de Religiosos Agustinos Calzados, en una capilla junto a la puerta que sale al claustro, hay una pintura suya de San Joaquín y Nuestra Señora Niña, a quien lleva de la mano; y otro cuadro, en correspondencia de éste,

de San José con el Niño Jesús en los brazos. Y otros dos cuadros de estos mismos asuntos, figuras mayores que el natural tiene en la capilla y altar mayor de Nuestra Señora de la Fuencisla, en Segovia, ¡cosa excelente! Hizo también en la iglesia del Colegio de Atocha, de esta Villa, en el techo dos pinturas, una de San Pedro Mártir y otra de la Santísima Trinidad, adornada de ángeles y serafines con instrumentos músicos, que son cosa aventajada. Como también otra de Jesús, María y José que está en el colateral del Evangelio en la iglesia del Convento de las Vallecas.

También es de su mano el célebre cuadro de Santa María Egipciaca, cuando le administró la Sagrada Comunión el Abad Sozimas; y tiene arriba un gran pedazo de gloria, donde está la Trinidad Santísima, San José y San Francisco, excelentes figuras; y sobre todo María Santísima, tan bella y tan adornada que se conoce ser la Reina de los Angeles; y, en fin, es un cuadro tan excelente, que por él solo merece Camilo este lugar. Este cuadro está en la iglesia de los Padres Capuchinos de Alcalá de Henares*; donde también tiene otro de San José, no inferior a éste, en el Colegio de los Reverendos Padres Clérigos Menores en el altar mayor, con un gran pedazo de gloria arriba, ¡cosa superior! Tiene también tres cuadros de su mano excelentes en el claustro de los Trinitarios Descalzos de esta Corte, que son, Nacimiento de la Virgen, Presentación y Desposorios. Y otra pintura de San Joaquín con su Hija Santísima de la mano, que está en una capilla a los pies de la iglesia de la Santa Cartuja del Paular; donde también tiene un cuadro de Santiago a caballo, y otro de San Bruno en la Hospedería, y el que está en la Sala de la Procuración, y el San Pedro, y San Pablo en la capilla detrás de la Sala del Capítulo, y otro cuadro de San Bruno tiene en el oratorio de la Hospedería, de esta Corte. Y en los dos altares colaterales de los Carmelitas Descalzos pintó dos lienzos, el uno del Martirio de San Elpidio, primer Arzobispo de Toledo, y el otro de Nuestra Señora echando el escapulario a San Simón Estoc, que hoy están colocados en la sacristía de dicha casa a los lados de la puerta. Son también de su mano las pinturas de los retablos colaterales de la iglesia de la Merced, de esta Corte; sin otras muchas dentro y fuera de ella, pues en el altar mayor de la iglesia de los Padres Clérigos Menores, en Salamanca, hay un gran cuadro de San Carlos Borromeo de su mano; y otro excelente

* Hoy, en la escalera del Archivo general (Alcalá).

del Descendimiento de la Cruz en Segovia, en la Sala de Capítulo de la Congregación o Hermandad de San Justo y Pástor. Y también en el Convento de los Padres Capuchinos de Toledo son de su mano las dos historietas de Santa Leocadia, que están debajo del cuadro grande de Rici en el altar mayor.

También encarnó el Santo Cristo del Perdón, que está en el Convento de Dominicos, llamado vulgarmente el Rosarico, cuya figura de bulto es del gran escultor Manuel Pereira (como ya dijimos en su vida), que así la pintura como la escultura, dándose las manos, componen un prodigioso espectáculo; y bien considerado estremece las carnes de los católicos, que le miran y le admiran. Ultimamente fueron tantas las obras públicas y particulares que hizo nuestro Camilo, que fuera nunca acabar el referirlas todas. Sólo no se permite al silencio la ínclita imagen de Nuestra Señora de Belén, que en esta Corte se venera en capilla particular de la iglesia de San Juan de Dios, Convento que llaman de Antón Martín, su fundador, la cual es de mano de nuestro Camilo; que aunque es pequeña en la cantidad, es sin límite en la perfección; y acredita bien la que tuvo el artífice para las efigies de María Santísima y otras Santas y Vírgenes, con estremada gracia y belleza.

Fué asimismo hombre de linda pasta y trato apacible; y así tuvo muchos amigos y buenos. Murió con créditos de eximia virtud en el año de 1671, por el mes de agosto, dejando immortalizado su nombre en tan repetidas obras y en mucho número de discípulos, que uno de ellos fué Don Francisco Ignacio, Pintor de Cámara de Su Majestad.

CXXXIX.—*LUIS DE SOTOMAYOR, PINTOR*

Luis de Sotomayor, natural del Reino de Valencia, aunque oriundo de Castilla, como lo califica su apellido, tuvo gran genio para la pintura, en que fué su maestro Esteban Marc, en dicha Ciudad de Valencia, en cuya escuela no se acabó de perficionar, por el extravagante humor del maestro; y así pasó a Madrid, donde continuó en casa de Carreño, y de donde salió tan adelantado como lo manifiestan sus obras en el buen gusto del colorido, gran dibujo y caprichosa composición; lo cual he visto yo, especialmente en Valencia (donde se volvió) en la iglesia del Convento de San Cristóbal, de Religiosas Agustinas, donde todas las pinturas son de su

mano, y cosa verdaderamente superior. Volvióse a la Corte, donde a poco tiempo murió, cuando aún no tenía cuarenta años, por el de mil seiscientos y setenta y tres.

CXL.—JUAN DE CABEZALERO, PINTOR

Juan Martín de Cabezalero, natural de Almadén, raya del reinado * de Córdoba. Fué discípulo de Don Juan Carreño, en cuya escuela aprovechó, como lo testifican sus obras, así públicas como particulares. En la parroquia de San Nicolás, de esta Corte, hay un óvalo de la Asunción de Nuestra Señora, de su mano, al lado del Evangelio, ¡cosa soberana! Y también es de su mano la que está al otro lado, en cuadro, que es de San Ildefonso, cuando la Virgen le trajo la casulla. Y en el techo de la capilla del señor Almirante, junto a los Recoletos Agustinos, hay pintado al fresco, de su mano, un Padre Eterno, con unos chicuelos, teniendo el Mundo, que no se puede hacer cosa mejor. En otra capilla, que está a los pies de la iglesia de San Plácido, de esta Corte, hay también algunas Historias de la Pasión de Cristo, pintadas de su mano al fresco, aunque muy aborronado; pero se conoce el gran magisterio y la gallardía de los conceptos, y manchas de claro y obscuro, muy caprichosas. También son de su mano las cuatro pinturas grandes que están en la célebre capilla de la Orden Tercera en el Convento de nuestro seráfico Padre San Francisco, que son el *Ecce Homo*, Calle de la Amargura, Crucifixión y Monte Calvario; y también los otros seis menores, que están en la sacristía de dicha capilla, todos de la Pasión de Cristo Señor Nuestro, ¡cosa superior! Como lo es también un cuadro muy caprichoso de Cristo Señor Nuestro Sacramentado, muy acompañado de los Santos Doctores y Evangelistas (aunque no acabado), que está a los pies de la capilla de Nuestra Señora de los Remedios en el Convento de la Merced, de esta Corte.

También pintó al fresco un cuadro de la Historia de San Bruno, que está en la Sala Capitular del Monasterio de El Paular, de Segovia, en el techo junto al altar; que los otros dos son de Claudio y Donoso. Fué un pintor sumamente estudioso y modesto, y se malogró en lo mejor de su edad, pues no llegaba a los cuarenta años

* Sic.

cuando murió en esta Corte en el de mil seiscientos y setenta y tres*.

CXLI.—ANDRES DE VARGAS, PINTOR

Andrés de Vargas fué natural de la Ciudad de Cuenca; y estando en edad competente, lo enviaron sus padres a esta Corte, para que aprendiese el Arte de la Pintura de Francisco Camilo, por haberle reconocido muy inclinado a ella; y así aprovechó tanto que en breve tiempo ayudaba mucho a su maestro; y llegó a ser tan de su confianza, que le fiaba cosas de mucha consecuencia: pues tomó una manera de pintar tan semejante a la de Camilo, que muchos cuadros suyos están reputados por de su maestro.

Bien lo acredita el que tiene en la capilla del Santo Cristo de la Paciencia, al lado de la Epístola, junto a la puerta de los pies de la capilla, que es el del Martirio del Brasero, con aquella santa imagen que la perfidia de aquellos viles judíos añadió a los de la Pasión de su original; la cual pintura es tan semejante a la manera de Camilo, que sin ver la firma ninguno hallará razón de duda**. Y después de haber hecho en esta Corte otras muchas obras públicas y particulares, se volvió a Cuenca, con el motivo de habérsele ofrecido una obra en el Cabildo de aquella santa iglesia, que fué la pintura al fresco de la capilla de Nuestra Señora del Sagrario, la cual ejecutó con grande acierto, en oposición de otros pintores, que para este efecto fueron llamados; y también los cuadros al óleo del altar mayor y colaterales, en que ya fué degenerando de la primera manera.

Pintó también cuatro lienzos excelentes de la Vida de San Antonio, para el claustro segundo del Convento de San Francisco de dicha Ciudad. También en la Villa de Hiniesta, en la iglesia parroquial, hay un gran cuadro suyo de la Concepción en la capilla de este Misterio, ¡cosa superior! Y en casas particulares hay muchos suyos, aunque no todo es igual; porque seguía la máxima de que conforme pintaban, pintaba. Pero sobre todo es cosa excelente el Apostolado, que hizo de figuras mayores que el natural, con grandes pedazos de perspectiva para la Sala de Cabildo de aquella catedral. Y no lo es menos el de la Oración del Huerto de Cris-

* Véase: E. Tormo: "Bol." 1915 y 1918.

** Depósito del Prado en el Ayuntamiento de Porriño (Pontevedra).

to Nuestro Bien, que está en un ángulo del claustro de los Trinitarios Descalzos, de esta Corte. Murió en dicha Ciudad por los años de mil seiscientos y setenta y cuatro, y a poco más de los sesenta de su edad.

CXLII.—*AMBROSIO MARTINEZ, PINTOR*

Ambrosio Martínez, natural y vecino de la Ciudad de Granada, pintor de mucho crédito, de la escuela del Racionero Alonso Cano, como lo dicen sus obras en el Real Monasterio de San Gerónimo de aquella Ciudad: y en el Convento de San Antón, de Religiosos Terceros de la Orden de nuestro seráfico Padre San Francisco, y las del claustro del Convento del Carmen. Fué también poeta insigne, y tuvo otras muchas buenas prendas. Murió mozo en dicha Ciudad de Granada por los años de mil seiscientos y setenta y cuatro, y fué muy sentida su muerte, así de los de la profesión como de sus amigos, que tenía muchos, por su amable trato y excelentes prendas.

CXLIII.—*JOSE MORENO, PINTOR*

José Moreno, natural de la Ciudad de Burgos, tuvo allí algunos principios del Arte de la Pintura; y después pasó a esta Corte, donde continuó con Don Francisco de Solís, y aprovechó tanto, que fué su manera de pintar muy semejante a la de su maestro, y aun algo más corregida y de mejor gusto, como lo acreditan diferentes obras particulares que yo he visto: como son una Huída a Egipto, un San Antonio Abad y una Santa Catalina Mártir, ¡cosa excelente!, aunque no logró tener alguna en público, que yo haya sabido; así por su cortedad y poca introducción, como porque siendo apenas de edad de treinta años, se fué a Burgos a instancia de algunos parientes, donde murió de allí a pocos años, por el de mil seiscientos y setenta y cuatro.

CXLIV.—*FELIPE GIL, PINTOR*

Sobre los años de seiscientos floreció en Valladolid Felipe Gil de Mena, natural de dicha Ciudad y excelente pintor; aprendió

en esta Corte en la escuela de Juan Vanderhamen (pintor flamenco, de quien ya hicimos mención), donde se aventajó mucho: pues habiéndose vuelto a su patria, hizo demostración de su habilidad en diferentes obras que se le ofrecieron, y en especial en el Colegio de Niñas Huérfanas y en el claustro del Convento de nuestro Padre San Francisco, donde las más pinturas son de su mano. Como lo son también las del claustro del Convento de dicho seráfico Patriarca en Segovia. Y también las de el de Ríoseco, junto con las del claustro de San Pedro Mártir, del Sagrado Orden de Predicadores. Y en Valladolid, Zamora, Tordesillas, Peñafiel, Cuéllar y otros lugares hay muchas obras suyas, así en retablos como en casas particulares. Pintó también un auto general, que celebró en su tiempo aquel Santo Tribunal, el cual está hoy en la Suprema, y otra copia quedó en aquella Santa Inquisición de Valladolid; donde también hay varias historias de su mano en los pedestales del altar mayor.

Fué también muy excelente en los retratos y muy naturalista; y así tuvo academia en su casa muchos años, y un estudio tan célebre de papeles, borroncillos, modelos y otras cosas del Arte, que por su muerte se apreció en tres mil ducados. Murió en fin en dicha Ciudad por los años de mil seiscientos y setenta y cuatro, el día primero de enero, y a poco más de los setenta de su edad.

CXLV.—*MATEO CEREZO, PINTOR*

Mateo Cerezo fué natural de la Ciudad de Burgos *: su padre se llamó del mismo nombre; por donde algunos han pensado que las imágenes del Santo Cristo de Burgos, que están firmadas con dicho nombre, son de nuestro Mateo Cerezo: pues aunque es verdad que su padre fué su primer maestro, y a éste le ayudaría el hijo en algunas cosas; sin embargo, no podía estar todavía capaz de firmar sus obras, pues vino a Madrid cuando apenas tenía quince años, y entró en la escuela de Don Juan Carreño, donde continuó en el estudio de la pintura con tal felicidad, frecuentando las Academias y el pintar por el natural, retratando a algunos, sólo por estudio, y copiando diferentes originales de Palacio, además de

* Nació hacia 1626. Véase la monografía de E. Tormo en ARCHIVO, t.º III, 1927.

la buena escuela, de gran colorido, en que se hallaba, que totalmente le bebió el espíritu a su maestro; pues ninguno de los muchos discípulos que tuvo llegó a imitarle tanto; de suerte que es menester mucho para distinguir sus obras de las de Carreño.

Poco más tenía de veinte años cuando salió de la escuela de su maestro a adquirir grandes créditos con las maravillosas obras que hacía, así de Concepciones como de otros asuntos devotos para personas particulares; en especial un pensamiento de la Huída a Egipto, cosa caprichosísima y de gran gusto, de que hay entre los pintores algunas copias. Como también de otro misteriosísimo pensamiento de la Natividad de Cristo Señor Nuestro con el Padre Eterno y el Espíritu Santo, y algunos ángeles con la cruz, y otros instrumentos de la Pasión; aludiendo a aquel texto de San Juan: *Sic Deus dilexit mundum, &c.*, todo colocado con excelente gusto y caprichoso concepto.

Para el público hizo también obras maravillosas, como son los dos cuadros que están en los dos pilares colaterales del altar mayor de la iglesia de Santa Isabel, de esta Corte: el uno de Santo Tomás de Villanueva, dando limosna a los pobres, y el otro de San Nicolás de Tolentino, sacando las ánimas del Purgatorio; y también el de la Visitación de Santa Isabel, que está en el remate del altar mayor; todos cosa verdaderamente soberana, y que llega a lo sumo de los primores del Arte, así en el dibujo como en el colorido. También es de su mano un San Miguel, que está en la capilla del Santo Cristo de la Espiración en el Convento de los Agonizantes de esta Corte; y un Cristo Crucificado, que está en el primer nicho a mano izquierda, a la entrada de la capilla de Nuestra Señora de la Soledad. Y una Concepción, que está en la primera capilla, como se entra a la Sala de Capítulo del Monasterio de la Santa Cartuja del Paular, de Segovia, doce leguas de esta Corte; junto con la tablita del sagrario, del Misterio del Apocalipsi, *cap.* 12.

Pero lo que excede toda ponderación es el célebre cuadro del Castillo de Emaús, que está en el refectorio de este Convento de Recoletos Agustinos, donde parece, que como el cisne, cantó sus exequias, pues fué lo último que hizo y donde se excedió a sí mismo en la majestad de Cristo Señor Nuestro partiendo el pan, la admiración de los discípulos, que entonces le conocieron, y el pasmo de los asistentes a la cena; que verdaderamente parace que está

sucediendo el caso *. Pintó también bodegoncillos, con tan superior excelencia, que ningunos le aventajaron, si es que le igualan algunos; aunque sean los de Andrés de Leito, que en esta Corte los hizo excelentes.

Con el motivo de dar una vuelta a su patria, siendo bien mozo, hizo mansión una temporada en Valladolid (donde entre otras cosas hizo un Cristo Crucificado, maravilloso, para aquella santa iglesia), y donde ejecutó diferentes obras; especialmente para el público, que son, en la capilla mayor del Convento de nuestro seráfico Padre San Francisco, un gran cuadro con este glorioso Patriarca arrodillado delante de la imagen de María Santísima, con su Hijo en los brazos, del tamaño natural, sobre un cerezo, con grande acompañamiento de ángeles, ¡cosa hermosísima! Como también en el cuerpo de la iglesia un cuadro grande de la Concepción Purísima, cosa peregrina. Y en el Convento de Jesús María, de la misma Orden, en la capilla mayor una Asunción de Nuestra Señora, de su mano, en el remate del retablo, y más abajo dos santos de la Orden, y más abajo de éstos están dos cuadros del Nacimiento de Nuestro Señor, y la Adoración de los Santos Reyes. Y en la puerta de sagrario una hermosa efigie del Salvador, y a un lado del sagrario está San Pedro de cuerpo entero, y lejos la historia de su martirio y a el otro lado San Pablo y lejos su Conversión. Y en el banco de los pedestales está nuestro Padre San Francisco en la Impresión de las Llagas, y en correspondencia San Antonio de Padua, y será cada pintura de estas de tres cuartas de alto. Y en el Convento de Religiosas de San Bartolomé hay dos cuadros muy grandes, de mano de nuestro Cerezo, que el uno sirve de retablo principal, y es de la Asunción de Nuestra Señora, con el Apostolado, mayor que el natural, y al lado del Evangelio está el otro, que es de Nuestra Señora sentada con el Niño Jesús de la mano, el cual huella con el pie a un dragón, y a un lado está San José, y al otro Adán y Eva y una tropa de ángeles que traen el estandarte glorioso de la cruz; y aunque este cuadro está por acabar, se estima mucho, por ser obra de tan grande artífice. Hay también otro cuadro suyo del Sepulcro de Cristo, con unos ángeles llorando, que le tienen en la sacristía de la parroquial de San Lorenzo, y lo ponen el Viernes Santo en el altar mayor, ¡y es cosa peregrina!

Don Pedro Salinas, Regidor de dicha Ciudad de Valladolid,

* Propiedad del Marqués de Goicorrotea (Madrid).

tiene de mano de Cerezo los cuatro tiempos del año, de dos varas de largo, apaisados, ¡cosa excelente!, y también un San Sebastián, del tamaño del natural. Y una señora viuda tiene un San Antonio, también del tamaño del natural, cosa soberana.

Volvióse a Madrid, donde hizo otras muchas obras particulares, y es fama que ayudó a Don Francisco de Herrera en la pintura de la cúpula de Nuestra Señora de Atocha. Murió en fin Mateo Cerezo en esta Corte por el año de mil seiscientos y setenta y cinco, y a los cuarenta de su edad, con poca diferencia *.

CXLVI.—*EL REVERENDO PADRE MAESTRO FRAY
JUAN RICCI, PINTOR*

El R. Padre maestro Fray Juan Andrés Ricci, del esclarecido Orden Benedictino, fué natural de esta Villa de Madrid, hijo legítimo de Antonio Ricci, muy buen pintor, natural de Bolonia, y de Doña Gabriela de Chaves, natural de Madrid, casados en la parroquia de San Ginés, de esta Corte, año de 1588, a 18 de septiembre, de cuyo matrimonio tuvieron a el dicho Padre Ricci **. No se sabe en qué año, sólo sí que tomó el Santo Hábito de Monge Benedictino en el Real Monasterio de Montserrat en Cataluña, el año de 1626, y que ya llevaba la habilidad de pintar: cuyo maestro fué Fray Juan Bautista Maino, del Sagrado Orden de Predicadores; y que habiendo cursado la Filosofía en la Universidad de Hirache, en que tuvo por maestro a Fray Diego de Silva (Obispo que fué de Guadix y Astorga), pasó a estudiar la Teología en Salamanca, por su voluntad, adonde de sus pinturas se pagó sus tercios: pues siendo estilo en aquel Colegio que cada colegial, o su casa de filiación, ha de dar cien ducados al año, un tercio adelantado; y no queriendo recibirle el Abad de San Vicente de Salamanca, por no llevar dicho tercio adelantado, le pidió Fray Juan término de dos días para buscarlo; en cuyo tiempo pintó un Cristo Crucificado, por cuya hechura le dieron mucho más de lo que había menester, y así continuó hasta que se acabó su curso; y en dicha casa dejó muchas pinturas de su mano.

* Murió el 29 de junio de 1666.

** Nació hacia 1595. Para todas las fechas, etc., véase E. Tormo, Gusi y E. Lafuente: *La vida y la obra de Fray Juan Ricci*, 2 vols. Madrid, 1930.

En Montserrat fué donde menos pintó, porque administró algunos cargos en aquel santo Monasterio. Fué también Abad de San Bartolomé de Medina del Campo. Hizo las pinturas del claustro de San Vicente, de Salamanca; y las del de San Millán de la Cogolla, en la Rioja, con otros de su iglesia; las del claustro de San Martín, de Madrid; y las seis pinturas grandes, tres de la Pasión de Cristo Señor Nuestro, y las otras tres de varios martirios de santos de la Sagrada Orden de la Merced en esta Corte, que están en la sacristía de Nuestra Señora de los Remedios; y se tiene por cierto que éstas las ejecutó antes de entrar en la Religión. Como también otra de unos santos mártires, y arriba la Santísima Trinidad, que está en el Convento de este inefable misterio, en un retablo, frente de la Puerta de la Lonja de dicha iglesia. También son de su mano las pinturas de la iglesia y claustros de la Metropolitana de Burgos y del Monasterio de San Juan. Y en el Lugar de la Seca, seis leguas de Valladolid, tiene en la iglesia parroquial más de veinte pinturas de su mano. Tuvo gran comercio en esta Corte con la excelentísima señora, mi señora Doña Teresa Sarmiento de la Cerda, Duquesa de Béjar, de quien fué maestro en esta Arte, y en cuya casa dejó varias pinturas de su mano; y en cuyo tiempo escribió un libro excelente de la Pintura, que yo he visto, con gran dolor de que no se diese a la estampa; y lo dedicó a esta gran señora*.

Después de haberse hecho estimar mucho en España, así por su grande habilidad como por otras muchas prendas que ilustraban su persona, pasó a Roma, donde se incorporó en aquella sagrada Congregación de Monte Casino, y donde hizo muchas pinturas, que fueron en Roma celebradas. Y habiendo visto el Papa dos Apostolados de su mano, los admiró mucho, y gustó de conocerle, y le hizo muchas honras: y aseguran algunos Padres ancianos de Montserrat (que le conocieron) que poco antes de morir le había dado el Papa un Obispado en Italia. Murió en Monte Casino por el año de mil seiscientos y setenta y cinco, y a los ochenta de su edad.

CXLVII.—PEDRO ANTONIO, PINTOR CORDOBES

Pedro Antonio (cuyo apellido se ignora) fué natural y vecino de la Ciudad de Córdoba y discípulo en el Arte de la Pintura de

* Publicado en la obra citada.

Antonio del Castillo: tuvo un colorido muy hermoso y grato al vulgo; y así se llevó el aplauso de su tiempo, en especial después que murió su maestro. De su mano es el cuadro de la Concepción Purísima, que está en la calle de San Pablo de aquella Ciudad, en que se califica lo grato de su colorido, gracia y donaire en las figuras. También es de su mano el cuadro de la capilla de Santa Rosa, en la iglesia del Real Convento de San Pablo. Orden de Predicadores. Y otro de Santo Tomás de Aquino, cuando los dos Apóstoles San Pedro y San Pablo le interpretaron aquel lugar de Isaías, sobre que estaba discurriendo, que está colocado en un medio punto de la nave de enmedio de dicha iglesia, sin otras muchas obras públicas y particulares, que acreditan su grande habilidad. Vivió siempre y murió en una casa junto a la Concepción de los Liberos, en la calle de la Feria de dicha Ciudad; y fué su muerte por los años de mil seiscientos y setenta y cinco, y a los sesenta y uno de su edad. Yo le conocí, y fué hombre de linda representación, buen arte y buena estatura, y muy respetoso; y así fué muy estimado en aquella Ciudad.

CXLVIII.—DON JOSE ANTOLINEZ, PINTOR

Don José Antolínez fué natural de Sevilla, donde tuvo sus principios del Arte de la Pintura; y para perficionarse, vino a la Corte, donde cursó algún tiempo en la escuela de Don Francisco Ricci. Frecuentó las Academias, que entonces las había excelentes, y aprovechó, de suerte que llegó a ser uno de los primeros de su tiempo; como lo acreditan repetidas obras públicas y particulares suyas, que se ven en esta Corte, en que especialmente se descubre un gran gusto y tinta aticianada. Tuvo gran genio para los países, que los hizo con estremado primor y capricho; y asimesmo retratos muy parecidos.

Era muy altivo y vano; y sucedió que saliendo un día a pasearse con Juan de Cabezalero (mozo muy modesto y humilde), dijo Antolínez: Verdaderamente, amigo, que dos mozos como nosotros, en la pintura, no los hay hoy en Madrid. A que respondió Cabezalero: Que por sí mismo lo podía decir, que él no merecía tanta merced. Y dijo Antolínez: Pues agradece que vas conmigo, que si no, yo solo había de ser. Y al mismo tiempo era de genio tan mordaz, que viendo que Claudio y Cabezalero comenzaron a pintar al

fresco algunos obras, como esto se hace en las paredes, dijo: *Dos mozos, que había en Madrid de buenas esperanzas, después que han dado en pintar por esas paredes, han dado por esas paredes.* Y en otra ocasión, viendo los cuadros de Cabezalero, que hoy están en la sacristía de la Orden Tercera de nuestro Padre San Francisco, respecto de estar muy aborronados, dijo: Ve aquí una pintura que, aunque es buena, fuera muy fácil persuadir que no valía nada, ya que no pudo absolutamente ejecutarlo.

Pintábase en aquel tiempo mucho al temple, para las mutaciones de las comedias célebres que se hacían a Sus Majestades en el Buen Retiro. Y como Antolínez no concurría a estas funciones, despreciábalas; llamando pintores de paramentos a los que las ejecutaban. Súpolo Rici, que las gobernaba entonces de orden del Rey; y en una prisa que se ofreció, dispuso que un Alcalde de Corte le notificase pena de 100 ducados, fuese a pintar al Retiro. Fué el dicho Antolínez, y habiéndole dado Rici a pintar un lienzo al temple, mandando que nadie le advirtiese nada; estuvo todo el día Antolínez haciendo y deshaciendo, sin entrar ni salir; al cabo de lo cual le dijo Rici: Ve aquí Vmd. lo que es pintar paramentos. Anda, muchacho (le dijo a un mancebo), y lava ese lienzo en aquel pilón; y así se ejecutó, quedando corrido nuestro Antolínez; corregida y castigada su vanidad. Porque verdaderamente el pintar bien al temple con yeso, en lugar de blanco, tiene suma dificultad, y más en quien nunca lo ha practicado.

Tuvo la fortuna de que el señor Almirante Padre quisiese colocar una pintura suya en la sala que tenía destinada para los eminentes españoles; y habiéndose ofrecido en este tiempo una grave disputa con los demás pintores acerca de una pintura que compró el Almirante, sobre si era o no original, en que salió vencedor Antolínez, pintó un cuadro de la incredulidad del Apóstol Santo Tomé, para satisfacer a su hinchazón y vanidad.

Es también de su mano la pintura del retablo de la Virgen del Pilar, que está en la parroquial de San Andrés, de esta Corte, junto a la del Santo Cristo. Y también las pinturas de los sagrarios de los tres altares, mayor y colaterales de la iglesia de la Magdalena de Alcalá de Henares, que la del mayor es de la Concepción; y las otras dos son del Buen Pastor, ¡cosa excelente! También son de su mano las pinturas de la capilla mayor de la iglesia parroquial de la Villa de Navalcarnero; y en ella, la de otro retablo del Apóstol San Andrés en el Martirio.

No tuvo menos vanidad en la destreza de la espada negra, a que fué tan aficionado, que en su mismo obrador tenía en un rincón dos espadas de esgrima; blasonando que en teniendo él la espada en la mano, era su cuerpo fantástico, pues nadie se le tocaba. Y habiendo ido a verle un día Don José Arlegui (amigo suyo) con otro aficionado, viendo éste las espadas, tomó una, y comenzó a tentarla y vibrarla; y dijo Antolínez: Parece que V. md. es aficionado; un poquito, dijo el tal; pues veamos, prosiguió Antolínez; y tomando la otra espada, echaron una venida, en que anduvo algo demasiado Antolínez, y hubo de mediar el Don José Arlegui; y por vía de ajuste, quedaron citados para otro día en casa de un maestro de armas, llamado Don Matías, que vivía hacia el Caballero de Gracia, donde acudieron en dicho día muchos aficionados; y tomando unos y otros la espada con Antolínez, además del dicho, fué tanto lo que se molió y los golpes que llevó, que, o bien fuese del molimiento o bien de no haber quedado tan airoso como quisiera, se fué a su casa, y se encendió luego en una calentura tan maligna, que en pocos días acabó con él, por el año de mil seiscientos y setenta y seis, a los cuarenta de su edad, con poca diferencia: vivía en la Puerta del Sol, y se enterró en la parroquial de San Luis de esta Corte *.

CXLIX.—*EL LICENCIADO DON ANTONIO VELA, PINTOR*

El Licenciado Don Antonio Vela fué natural y vecino de la Ciudad de Córdoba, hijo y discípulo de Cristóbal Vela (pintor de crédito en aquel tiempo). Fué sacerdote, y de muy suficiente literatura y virtud, muy modesto y de linda persona y habilidad señalada en el Arte de la Pintura, dorado y estofado con singularísimo primor. Mediante lo cual tuvo en Córdoba y fuera de ella muchas obras, así de pintura como de dorado y estofado de los retablos, que entonces se practicaba mucho, y él lo hacía con extremado gusto, tomando a su cargo todo el ornato de un retablo, sin excepción de Escultura y Pintura. Y es de su mano el dorado y pinturas del retablo de la capilla mayor del Convento de Regina (que es de

* Véase: J. Allende-Salazar: *José Antolínez, pintor madrileño*, en "Bol", 1915. Fué bautizado el 7 de noviembre de 1635; murió el 30 de mayo de 1675.

Religiosas Dominicas), sin otros muchos que hizo en aquella Ciudad y fuera de ella, como es el que está frente de la puerta, en la iglesia del Hospital de la Caridad, en la Plazuela del Potro de dicha Ciudad. Pintó también dos estaciones del claustro del Convento de San Agustín de la vida de este santo doctor. Murió de mal de pecho el año de mil seiscientos y setenta y seis, y poco más de cuarenta de edad; yo le conocí y traté, y era sujeto de muy recomendables prendas.

CL.—*FRANCISCO PALACIOS, PINTOR*

Francisco Palacios, natural y vecino de esta Villa de Madrid, fué discípulo de Velázquez, y de los que más imitaron su manera; y aunque no se sabe de obra pública de su mano, hay excelentes cuadros suyos (que yo he visto) en casas particulares, y especialmente retratos, que los hizo con excelencia, y en que se conoce la buena escuela en que se crió y lo mucho que adelantó en ella. Murió de unos treinta y seis años de edad, por el de mil seiscientos y setenta y seis, en esta Villa de Madrid.

CLI.—*CARNELIO SCUT, PINTOR*

Cornelio Scut, de nación flamenco y vecino de la Ciudad de Sevilla, fué pintor excelente, sobrino y discípulo de otro Cornelio Scut, de quien hay algunas estampas de agua fuerte, y de quien es el cuadro grande que está en la escalera principal de este Colegio Imperial de Madrid. Fué, pues, el sobrino muy célebre en la pintura, habiendo florecido en los tiempos de Murillo y Valdés, porque tuvo una gran casta de pintar; y aunque sus obras imitan a los flamencos en lo prolijo, son corregidas y dignas de toda estimación.

Bien se califica en el cuadro de la Concepción Purísima, que pintó para la Puerta de Carmona, en dicha Ciudad; sin otras muchas pinturas de su mano, que dan claro testimonio de su eminente habilidad.

Fué muy gran dibujante; a cuya causa presidía de ordinario en la Academia, dando a todos muy buenos documentos, así con sus palabras como con sus obras. Para retratos tuvo también superior

habilidad, pues fué el que hizo mayor número de ellos. Fué también de genio muy amistoso, dócil y apacible; con lo cual tuvo gran séquito y muchos amigos. Murió de crecida edad por el año de 1676 en dicha Ciudad de Sevilla.

CLII.—*EL RACIONERO ALONSO CANO, PINTOR,
Escultor y Arquitecto.*

El Racionero Alonso Cano, pintor, escultor y arquitecto, con quien viene corta toda alabanza, según sus excelentes y generales partes en las honorísimas facultades de su profesión. Nació en la insigne Ciudad de Granada, de padres nobles, el año de 1600, y bautizóse en la iglesia parroquial de San Ildefonso. Su padre fué Miguel Cano, natural de Almodóvar del Campo, varón hacendado y adornado de virtud e ingenio para la Arquitectura, en que fué científico artífice. Su madre se llamó Doña María de Almansa, natural de Villa-Robledo, lugar de la Mancha; criaron con muy buena doctrina a Alonso Cano, el cual parece que heredó el genio de su padre, pues desde niño se inclinó al ejercicio de su nobilísima Arte, debajo de su educación y doctrina. Y conociendo el padre su grande natural e ingenio, le enseñó los primeros principios de la Arquitectura (sin más letras que los rudimentos de la pericia), con que en breve tiempo dió muestras de lo que había de venir a ser; pues salió tan aventajado en dicha Arte, que dió mucha luz a los artífices de su tiempo, para que la supiesen ornar, como se conoce en los nuevos templos que en esta Villa de Madrid desde entonces se han fabricado.

Desde aquí halló fácil entrada a la Escultura, ayudado de su gran genio, altamente favorecido del Cielo, para ilustración de estas Artes. Y últimamente pasó a Sevilla, para perfeccionarse en ellas, por cuyo motivo entró a dibujar en casa de Francisco Pacheco, donde estuvo ocho meses, y pasó a continuar en la escuela de Juan del Castillo (aunque también dicen en la de Herrera el viejo), en que se dió tan buena maña, que a poco tiempo se alzó con la habilidad de la pintura en grado tan superior, que ejecutó de su mano diferentes obras públicas en dicha Ciudad: como son las del retablo del altar mayor de Monte Sión, del Orden de Predicadores. Y en el Colegio de San Alberto las de otros tres retablos, en competencia de otras pinturas de Zurbarán y de Pacheco. Y en

el de Santa Paula, en el retablo de San Juan Evangelista, la escultura, pinturas y traza de la arquitectura es suya. Bien que siendo de edad de veinte y cuatro años, y llamándole el Provincial de la Merced para que ejecutase las pinturas del claustro de aquel Convento, se excusó, diciendo que conocía su insuficiencia para el desempeño, y que más estimaba la reputación que el interés que le podía resultar de aquella obra. Hizo también para la Villa de Nebrija, en la iglesia mayor, un gran retablo, en que ejecutó de su mano tres estatuas de talla entera: la una de Nuestra Señora con su Precioso Hijo Niño en los brazos; y las otras dos de San Pedro y San Pablo, todas mayores que el natural, con tan superior acierto, que pasmó a todos los artífices de aquella comarca; extendiéndose de tal suerte la fama (especialmente de la imagen), que vinieron de Flandes escultores a Copiarla en pequeño tamaño, para reducirla a grande en su tierra. No es menos admirable la efígie de Cristo Señor Nuestro Crucificado, que hizo para aquella santa iglesia.

Aplicóse también en este tiempo a la destreza y manejo de las armas, en que salió aventajadísimo; lo que (junto con lo impaciente y mal sufrido de su natural) le ocasionó algunos lances muy pesados, porque el Cano en todo se explicaba mejor con las obras que con las palabras. Y así habiendo entrado a pintar en casa de Don Sebastián de Llanos y Valdés (pintor de crédito en aquella Ciudad), a pocos lances tuvo con él un disgusto tan pesado, que riñeron los dos desafiados, de suerte que Cano hirió muy mal a Valdés en la mano derecha, pasándole la guarnición de la espada, de que resultó el quedar lisiado; con cuyo motivo, y el de pasar por aquella Ciudad el Señor Felipe Cuarto a registrar aquellos Reinos del Andalucía, se resolvió a seguir la Corte, agregado a la familia del Señor Conde Duque de Olivares, con cuya protección vino a Madrid, y continuó su habilidad, favorecido de tan gran mecenas; con cuyo auxilio obtuvo la plaza de Maestro Mayor, de que tomó posesión el año de 1638, ejecutándose por su dirección diferentes obras y reparos en los Palacios y Casas Reales.

Hizo en este tiempo el Arco Triunfal, que tocó a los mercaderes en la puerta de Guadalajara el año de 1649, en la entrada y suntuoso recibimiento de la Serenísima Reina y Señora Doña Mariana de Austria (segunda consorte del Rey nuestro señor Don Felipe Cuarto), obra de tan nuevo gusto en los miembros y proporciones de la arquitectura, que admiró a todos los artífices; porque se apar-

tó de la manera que hasta aquellos tiempos habían seguido los antiguos.

También hizo el monumento que los Religiosos Descalzos Franciscos ponen en su Convento de San Gil la Semana Santa, que es muy visitado de los artífices para su aprovechamiento. Después de algunos años de su venida a Madrid, en que granjeó el merecido crédito en repetidas obras de todas las tres Artes, vino a lograr el honroso empleo de Pintor de Su Majestad y Maestro del Príncipe Don Baltasar Carlos de Austria, en cuyo tiempo ejecutó, para el salón antiguo de los retratos de los Reyes, tres cuadros, que el uno es el de el Señor Rey Don Fernando el Católico y su dignísima consorte la Reina Doña Isabel, que yo no están en su sitio, por haberse dividido aquel gran salón (que llamaban de las Comedias) en diferentes piezas. Y los otros dos de otros Reyes godos, que estaban en el Pasadizo de la Encarnación*.

En este tiempo hizo también diferentes obras de pintura, públicas y particulares; y especialmente el célebre cuadro del Milagro del Pozo de San Isidro, que está en el segundo cuerpo del altar mayor de la parroquial de Santa María en esta Corte: pintura de tanto acierto dibujada y colorida, que verdaderamente es un milagro**. Y habiéndola visto Fray Juan Bautista Maino (pintor insigne), se la celebró de suerte al Señor Felipe Cuarto, que fué Su Majestad a verla con el pretexto de hacer oración a Nuestra Señora de la Almudena, que se venera en aquel sagrado templo.

No es menos digna de inmortales aplausos la de N. S. P. San Francisco, cuando el ángel le mostró la redoma de agua (símbolo de la pureza, que debe tener el sacerdote), la cual está en el colateral de la Epístola en la iglesia parroquial de Santiago. Como también lo es el Buen Pastor, que está abajo en la tablita del Sagrario, ¡que es un primor! Y también la Santa Catalina Virgen y Mártir, que está en un pilar de la parroquial de San Miguel, junto a la puerta del costado de dicha iglesia. Y otra del Patriarca San José, que está en otro pilar de la de San Ginés, de esta Corte, frente del púlpito, con otro cuadrillo arriba de la Encarnación, cosa verdaderamente maravillosa. Y asimismo otra pintura de Cristo Señor Nuestro desnudo, en el Calvario, sentado en una peña, y la Virgen Santísima Dolorosa, con San Juan y la Magdalena en segun-

* Hoy, en el Museo del Prado.

** Se conserva en el convento del Sacramento, de Madrid.

do término; todo tan admirablemente ejecutado, que parece del Corezo; la cual está en la capilla del Santo Cristo de dicha iglesia al lado de la Epístola *.

Asimesmo hizo para el Colegio Imperial de esta Corte un célebre cuadro de la Concepción Purísima, con grande acompañamiento de ángeles, para la capilla de esta advocación en dicha iglesia; y encima otro cuadro de la Coronación de Nuestra Señora: uno y otro tan admirable, como suyo. Está hoy transferido este cuadro de Concepción a la sacristía de dicha iglesia **, por haberse puesto en su lugar una imagen de talla del mismo título, de mano del eminente artífice Don José de Mora, discípulo suyo. A causa de que, habiéndose reconocido el testamento de Doña Isabel de Tebar (Patrona de dicha capilla), se halló, según la cláusula, que no se cumplía con el tenor de su última voluntad, siendo la imagen de pintura, sino que debía ser de talla; y así se ejecutó, transfiriendo dicha pintura a sitio tan decoroso, como en el que hoy está en el costado de dicha sacristía, frente de las ventanas. Bien que como Alonso Cano la hizo para aquella capilla obscura, y procuró que sobresaliese en claros; habiéndola mudado de sitio, no le favorece la demasiada luz, porque se destempla la composición del todo, aunque cada parte de por sí es un milagro.

Otras dos pinturas de mano de nuestro racionero hay en dicha iglesia, que están a la entrada de la capilla del Buen Consejo; la una de Nuestra Señora con su Hijo Santísimo Niño en los brazos, y la otra del glorioso Patriarca San Ignacio, una y otra de medio cuerpo. Pero sobre todo, en la iglesia de los Padres Capuchinos de la Ciudad de Toledo hay una pintura suya de San Bernardo, ¡que es una admiración! También lo es otra de nuestro Padre San Francisco en la Impresión de las Llagas en el Monte Alberne, que está en la capilla de San Diego, en Alcalá de Henares; y el San Antonio, que está enfrente, lo hizo también Alonso Cano; pero dicen que no lo acabó por las extravagancias de su genio; y por lo mismo dejó de hacer todas las demás pinturas de aquella santa capilla, pues querían fuesen de su mano; y a la verdad lo hubieran acertado.

No era melindroso nuestro Cano en valerse de las estampillas más inútiles, aunque fuesen de unas coplas; porque quitando y

* En donde se conserva.

** Allí se encuentra (hoy, San Isidro el Real).

añadiendo, tomaba de allí ocasión para formar conceptos maravillosos: y motejándole esto algunos pintores por cosa indigna de un inventor eminente, respondía: *Hagan ellos otro tanto, que yo se lo perdono*. Y tenía razón, porque esto no era hurtar, sino tomar ocasión; pues por último, lo que él hacía ya no era lo que había visto. En retratos fué también peregrino, de que yo he visto muchos testimonios que lo califican; y especialmente el de aquel gran Ministro del Rey, que llamaron el Señor José González, Presidente de Indias y dignísimo sujeto a todas luces; el cual está hoy en poder de los herederos de aquel gran mayorazgo, que fundó en Boadilla, dos leguas distante de esta Corte.

Llegó, pues, nuestro Alonso Cano en este tiempo a la eminencia de la fortuna y de la habilidad y opinión en las tres Artes; sin que bastasen a disputársela tantos eminentes hombres como produjo fecunda la estación feliz de aquella edad; pero la inconstante condición de la fortuna, cansada ya de sublimarle, trató de aplicar los medios de abatirle. Pues viniendo una noche a su casa, halló a su mujer muerta a el rigor de muchas puñaladas; saqueadas sus joyas y desaparecido un oficial italiano que albergaba en ella. La voz que se divulgó fué que éste por robarla había cometido tal atrocidad; pero el dictamen de la Justicia, después de haber hecho algún examen de esta causa, fué que Alonso Cano la había muerto, o por sospechas mal fundadas de aquel oficial o por tomar de aquí ocasión para casarse con cierta dama, de quien se hallaba notoriamente prendado. No faltó quien le avisase a Cano del proceso que contra él se iba fulminando y el riesgo que corría su persona; con cuyo motivo alzó velas, y se pasó a Valencia secretamente, echando voz que se había ido a Portugal. En cuyo tiempo, aunque de secreto, ejecutó algunas pinturas; y especialmente las que están en la iglesia de San Juan de la Ribera, de dicha Ciudad, que son la del Bautismo de Cristo Señor Nuestro, y arriba el de la Trinidad Santísima, cosa superior. Y otra de la Predicación de San Vicente Ferrer, que está en el Convento de San Francisco en una capilla a el lado de la Epístola; pero la desgracia de la voz le descubrió luego, y le fué preciso pasarse a la Cartuja de Porta-Coeli, tres leguas distante de aquella Ciudad, donde hizo algunas pinturas, que yo he visto, y donde pretendió tomar el hábito; y, o bien fuese por no poder aguantar la austeridad de aquel Santo Instituto, o bien por andar fugitivo de la Justicia, o por otros motivos reservados al tribunal de la conciencia, no tuvo hechura. Y de este tiempo que

estuvo Cano en Valencia, tenía Gaspar de la Huerta (pintor de crédito en aquella Ciudad) algunos modelos, que dejó Cano, y otras cosas del Arte, que yo vi, cuando estuve allá por el año de 700 y supe toda esta historia. No sé si es de este tiempo un cuadro de San Miguel, de cosa de siete cuartas, que está en la capilla de este glorioso arcángel al lado de el Evangelio, en la Real Cartuja del Paular, ¡tan excelente como suyo!

Después, no sé con qué motivos, volvió a Madrid, y estuvo oculto algún tiempo en casa de su padre de Don Rafael Sanguineto (Regidor que fué de este Ayuntamiento de Madrid), en cuya ocasión hizo varias pinturas, que yo vi en casa de dicho Don Rafael, de quien tuve esta noticia. Y pasado algún tiempo, descuidóse en salir fuera, y le prendieron; y en virtud de los vehementes indicios del proceso, le pusieron a cuestión de tormento; y habiéndose pretendido defender con la ley *Excellens in Arte*, y no bastando, se determinó, de orden del Rey, que no le ligasen el brazo derecho. Hízose así, y sufrió el tormento aquel risco animado, sin que se le oyese un ay, de que el Rey tuvo placer.

Salió, en fin, libre de tan acerbo trabajo, y volviendo a la gracia de Su Majestad, trató de ordenarse; y para poderlo conseguir, hizo traer de Roma la Dispensación de bigamia, por haber sido casado con viuda; y con esto vistió el hábito clerical. Prosiguió todavía en la instrucción del Príncipe Don Baltasar en el Arte de la Pintura, con quien se portó tan agriamente, vituperando lo que hacía, que el Príncipe se quejó a su padre, el cual, sonriéndose, le ofreció que lo castigaría.

Mandó, pues, Su Majestad saber qué vacantes eclesiásticas había en la Cámara, en que se había declarado pretendiente nuestro Cano; y habiendo sabido que entre otras había una Ración en la Santa Iglesia de Granada, se la confió Su Majestad; y habiendo acudido a tomar la posesión, se la negó aquel Cabildo, diciendo tenía que representar a Su Majestad sobre ello. Para lo cual enviaron dos Diputados; los cuales, habiendo representado al Rey, entre otras nulidades, el que Alonso Cano era hombre puramente lego e idiota, les atajó el Rey diciendo: *¡Bien está! ¿Quién os ha dicho que si Alonso Cano fuera hombre de letras no había de ser Arzobispo de Toledo? Andad, que hombres como vosotros los puedo yo hacer; hombres como Alonso Cano, ¡sólo Dios los hace!* Con que se volvieron corridos y trataron de darle la posesión, concediéndole tér-

mino para habilitarse; y dispensándole el Nuncio Apostólico el rezo eclesiástico (entre tanto) en no sé que partes de Rosario.

Entró de esta suerte nuestro racionero en aquella santa iglesia, a quien procuró captar la benevolencia con algunas obras de todas tres Artes. Y así hizo para el altar mayor una imagen de talla de la Concepción Purísima, tan aventajada y peregrina, que ofreció por ella diferentes veces un caballero genovés cuatro mil doblones, y no se la quisieron dar, de que, dicen, hay testimonio guardado en el archivo de aquel ilustrísimo Cabildo. Hizo también la traza del facistol de maderas preciosas, bronce y piedras, con tan exquisita forma y primor, que es la admiración y el estudio de todos los artífices. Como también la traza para dos lámparas de plata, que están en la capilla mayor de dicha santa iglesia, ejecutadas con su dirección.

Hizo también de escultura otra imagen de N. Señora del Rosario, de poco más de media vara, para remate de dicho facistol; y habiendo visto el Cabildo la grande estimación que el pueblo y los artífices hacían de ella, la retiró y colocó con toda decencia en la sacristía, para mostrarla por una de las más preciosas joyas que tiene aquella santa iglesia. Para la cual hizo también las trazas de las portadas nuevas, y asimismo nueve cuadros de la Vida de Nuestra Señora, para aquel presbiterio, como lo son también las dos cabezas de Adán y Eva que hizo para el mismo sitio.

En este tiempo también trazó y gobernó la insigne obra de la capilla mayor del Convento de Religiosas del Angel, en el cual se admira la gallarda disposición del todo y partes, ilustrada con admirables estatuas; que aunque trabajó en ellas Pedro de Mena, fué con la corrección y modelos de Cano y su encarnación, ¡cosa maravillosa! Como lo es también un cuadro de Cristo Señor Nuestro despidiéndose de su Madre Santísima, para ir a padecer, que está en la sacristía; y otro de Nuestra Señora con su Hijo Santísimo Niño, y acompañamiento de ángeles, que está sobre la reja del coro; y la estatua de piedra mármol del Angel Custodio, colocada en el nicho sobre la puerta de dicha iglesia. Donde también se ha colocado en estos tiempos, a devoción del ilustrísimo señor Don Martín de Ascargorta, otra pintura de nuestro racionero, de Jesús Nazareno, en la Calle de la Amargura, ¡cosa soberana! y que hace milagros sin número.

Hizo también varias pinturas para la iglesia de San Diego, Convento de Descalzos Franciscos, extramuros de aquella Ciudad, que

son tantas y tan buenas que se queda absorta la admiración a vista de tan repetidos primores. Como también para el Convento de Capuchinos, en la iglesia y refectorio, y un Apostolado de más de medio cuerpo, que está colocado en la iglesia del Convento de Religiosas Dominicas de Santa Catalina, junto a la Carrera del Darro.

Consiguió en este tiempo el ilustrísimo señor Don Fray Alonso de Santo Tomás, Obispo de Málaga, el que pasase Cano a esta Ciudad para hacer las trazas del Tabernáculo del altar mayor de aquella santa iglesia, y para la sillería del coro, como lo ejecutó, con grande acierto. Y habiendo sabido que el obrero trataba de darle una muy corta remuneración por las trazas, dijo a un confidente suyo que, o presentadas u dos mil ducados; y diciendo y haciendo, tomó una mula y arrolló sus trazas, y marchó para Granada; pero luego que lo supieron enviaron a toda prisa un alcance, ofreciéndole cuanto quisiese; y con efecto volvió y entregó las trazas, y le dieron lo que él quiso por ellas.

En el decurso de este tiempo sobrevino en Málaga una inundación tan horrorosa, que creyeron todos que la Ciudad se arruinase. Llegó el caso a términos, que habiendo acudido a la iglesia dicho señor Obispo con el Cabildo a hacer las preces acostumbradas para implorar la Divina Clemencia en semejante conflicto, fué creciendo de suerte la inundación, que se hubieron de subir al coro. Y no temiéndose allí por seguros, poseído de la tribulación dicho señor Don Fray Alonso, temiendo por instantes la última fatalidad, se metió en el hueco del órgano; y preguntándole nuestro racionero porqué hacía aquello, le respondió: Porque si hemos de morir, más quiero que al hundirse esta gran máquina me estrelle que verme flotando en las aguas. A que replicó el racionero: Pues, señor, si hemos de morir como huevos, qué más tiene estrellados o hechos tortilla que pasados por agua. Dicho verdaderamente agudo y gracioso; y mucho más por ser en una coyuntura en que el buen humor no hallaría entrada sino en un corazón tan magnánimo. Ultimamente dispuso la Divina Clemencia que las aguas se recogiesen todas a el mar, con lo cual se vieron milagrosamente libres de tan horroroso conflicto.

Volvió, pues, a Granada nuestro Racionero, donde ejecutó diferentes pinturas y esculturas, para algunos amigos y personas particulares. Y en este tiempo hizo todos los dibujos, para las pinturas del Claustro del Real Convento de Santa Cruz, Orden de Predicadores de la vida de su glorioso Patriarca, los cuales tengo yo en mi poder. Pero las pinturas en dicho Claustro las ejecutó por

los dibujos de Cano un Fulano del Castillo y están ya muy deterioradas del tiempo.

Solía algunas veces nuestro Cano, cansado ya de pintar, pedirle a el discípulo (que le asistía) las gubias, el mazo y otros instrumentos para trabajar de Escultura, diciendo que quería descansar un rato. Reíase de esto el mancebo y le decía: ¡Señor, pues es buen modo de descansar: dejar un pincelito y tomar un mazo!, a que respondió el Racionero: ¡Eres un gran mentecato! Ahora ignoras, que es más trabajo dar forma y bulto a lo que no le tiene que dar forma a lo que tiene bulto? Sentencia digna de observar en quien practicaba ambas facultades, y que no la dictó la pasión de una ni otra, sino la fuerza de la razón y la experiencia de ambas. Y así le decía a Don Juan Niño (su discípulo), que en ninguna de las tres Artes, que manejaba, hallaba tanta dificultad como en la Pintura; de suerte que trasudaba para hacer cualquiera cosa.

Sucedió, pues, que un oidor de aquella Real Chancillería muy devoto de San Antonio de Padua, le mandó hacer a el Racionero una efigie de escultura de este Santo, como una vara de alto, con grandes encarecimientos, de que echase todo el resto de su habilidad en esta obra. Hízolo así Alonso Cano, y estando concluído, fué a verle el Oidor; parecióle grandemente, y suponiendo que no tenía precio, instó que le dijese en cuánto se daría por servido. Y Cano le respondió que diese cien doblones para ayuda de costa. Quedóse atónito el Oidor, y después de una gran pausa, le preguntó cuántos días habría gastado en hacerle? A que respondió Cano que habría gastado unos veinte y cinco días. Pues según eso (dijo el Oidor), sale a cuatro doblones cada día. Muy mal contador es V. S. dijo Cano, porque cincuenta años he estado yo estudiando para saberlo hacer en veinte y cinco días. Yo también, dijo el Oidor, he gastado mi patrimonio y mi juventud estudiando en la Universidad, y hoy hallándome Oidor de Granada y en Facultad más noble, apenas me saldrá a doblón cada día. Alonso Cano, que ya se le apuraba la paciencia, dijo: ¿Qué es eso de Facultad más noble? Voto a N. que Oidores los puede hacer el Rey del polvo de la tierra; pero sólo a Dios se reserva el hacer un Alonso Cano. Y sin esperar más razones, aquel intrépido espíritu impaciente, tomó la Efigie del Santo y tiróla al suelo con tal violencia que la hizo menudos pedazos.

El Oidor, admirado de semejante desatino con la efigie de un Santo, sin que le valiese la inmunidad de tan sagrada representa-

ción, temió no estar seguro, a vista de tan desmesurado frenesí, y se fué corrido y abochornado, cosa verdaderamente muy sensible en cualquiera hombre de obligaciones; cuanto más en un Oídor de Granada, donde son venerados, como dioses de la tierra, y negocio en que pudo intervenir el Santo Tribunal, a no hacerse cargo del intrépido furor de aquel natural, y de que los artífices, en cierto modo, son como los sacristanes; que con el mucho trato tienen perdido el respeto a los santos. Quejóse, pues, agriamente el Oídor con algunos Canónigos amigos, que tenía muchos en aquel Cabildo; y viendo éstos que habían ya pasado los diez años, y que no se había Ordenado Cano, ni tenía traza de ello, por su insuficiencia, trataron con el Cabildo, que se diese por vacante la Prebenda.

Habiendo, pues, sabido Alonso Cano esta resolución, partió a Madrid a ponerse a los pies del Rey, a quien representó su vejección y la causa de ella, y que aunque no dudaba su insuficiencia, no era tanta como el considerarse indigno de tan superior estado. Y así suplicaba a su Majestad interpusiese su grandeza con el Señor Nuncio para que le Ordenase de todas Ordenes, aunque nunca celebrase Misa, por conocerse sumamente indigno. El Rey ofreció hacerlo así; y habiendo entendido la Reina Nuestra Señora Doña María-Ana de Austria esta coyuntura, y que Cano había dejado sin acabar un crucifijo, del tamaño del natural, cuando se fué a Granada (que es el que estaba en la Iglesia del Convento de Monserrate de esta Corte en una Capilla al lado de la Epístola, y hoy le han transferido a la Iglesia Nueva), le dijo a Cano que hasta que acabase aquella santa efigie no había de consentir que le volviesen la ración. Hízolo así Alonso Cano, dando gusto a la Reina; y ya Ordenado de todas las Ordenes, volvió a Granada y a la posesión de su prebenda, por el año de 1658, pero siempre con aquel escozor al Cabildo de aquella Santa Iglesia, donde nunca más lograron cosa suya, ni jamás quiso celebrar Misa, por los motivos referidos del conocimiento propio de su indignidad u de otros ocultos, que no penetramos.

Empleó lo restante de su vida en obras de suma piedad, de suerte que nunca le sobraba el dinero, porque luego lo distribuía en los pobres, y especialmente a viudas y huérfanas hacía limosnas muy cuantiosas, y nunca pudo ver necesidad que no socorriese; y así solía suceder, muy de ordinario, encontrar algún pobre necesitado, y habiéndosele ya apurado el dinero, que para este fin llevaba, se entraba en una tienda y pedía un papelillo y recado de es-

cribir, y le dibujaba con la pluma alguna figura o cabeza, o cosa semejante, como tarjeta u otro adorno de Arquitectura, y le decía al pobre: vaya en casa de Fulano (donde sabía que lo habían de estimar) y dígame que le dé tanto por este dibujo, con que usando de este medio nunca le faltaba qué dar. Y tuvo tal facilidad en dibujar cualquiera cosa, que dejó innumerables dibujos, de que no tengo yo la menor parte.

Tuvo nuestro Cano grande antipatía con los Judíos; y como en Granada andan por las calles los penitenciados por el Santo Oficio con sus capotillos o sambenitos vendiendo lienzo y otras cosas, y las más calles son tan angostas, ponía gran cuidado en que no le tocara la ropa del ensambenitado a la suya, o bien pasándose a la otra acera o metiéndose en un zaguán, de tal suerte, que si por casualidad a la vuelta de un esquina o salir de alguna casa, le tocaba en su ropa, al instante se entraba en un zaguán y se quitaba el manto o la sotana o lo que le hubiese tocado, y enviaba por otro a casa; y aquello que había tocado el Judío se lo daba al criado, no para que se lo pusiese, sino para que lo vendiese, porque si sabía que el criado se lo ponía, le echaría de casa. Con que el criado, que era algo bellaco, en habiendo duda si le había tocado o no el Judío a la ropa, gozaba con disimulo de la ocasión, diciéndole que no había sido más que un estregoncillo, que no era cosa de cuidado. Como no (decía nuestro Racionero) en esto no hay parvidad de material, y al instante tenía manto el criado.

Sucedió, pues, que un día, estando fuera de casa Alonso Cano, el ama (que era nueva y no sabía su humor) llamó a uno de los hebreos penitenciados, que pasaba por la calle, para comprar un poco de lienzo: vino el amo a esta sazón, vió al Judío, alborotó la casa a voces; y por no tocar a él, andaba buscando con qué darle para echarle fuera. El pobre hombre se dió toda prisa a recoger el fardo y escapar el suyo; y después chocó el amo con la criada, y ella se refugió en casa de un vecino; y aunque después echó muchos rogadores, no hubo forma de volverla a recibir hasta que hiciese cuarentena; y entre tanto hizo Cano muy exacta información de la limpieza de aquella mujer y de si acaso tenía alguna amistad, adherencia o parentesco con aquel u otro Judío; y hasta que estuvo purificada de esta sospecha, no la volvió a recibir.

Más hizo nuestra Racionero en este caso, y fué quitarse aquel calzado que tenía entonces, sin volvérselo más a poner, por si acaso había pisado con ellos donde había puesto los pies el judío. Y aún

no paró aquí su tema, sino que mandó desempedrar y desenladrillar y volverlo a poner de nuevo, todo lo que discurría que el hebreo había pisado.

Y, finalmente, era tal la manía (que así se puede llamar) que tenía con aquella gente, que estando malo de la enfermedad que murió, y viviendo a la sazón en el Albaicín, en la parroquia de Santiago, donde está la cárcel de la Inquisición, le fué a ver el cura de la dicha parroquia; y viéndole tan malo, le dijo que cuando quisiese confesarse y recibir el Viático le avisasen, vendría él en persona con mucho gusto a administrárselo. Y Alonso Cano, muy serenamente, le preguntó si administraba también los Sacramentos a los judíos penitenciados. Y él dijo que sí: Pues V. md., señor Licenciado (dijo el Racionero), se vaya con Dios, y no tiene que volver por acá; porque quien da los Sacramentos a los judíos penitenciados, no me los ha de dar a mí; y luego envió un recado al provisor, para que mandase al cura de San Andrés (que era la parroquia más cercana) que le diese los Sacramentos, y así se ejecutó.

Sucedió, pues, que estando ya moribundo, le llegó el cura un Santo Crucifijo de bulto (que no era de muy buena mano) para exortarle; y Cano le dijo que le quitase allá. El cura se sobresaltó, de suerte que estuvo para conjurarle. Y diciéndole: Hijo, ¿qué hace? Mire, que este Señor es quien le redimió y quien le ha de salvar. Y él respondió: Así lo creo, Padre mío; ¿pero quiere que me irrite, si está mal hecho, y me lleve el diablo? Deme un cruz sola, que yo allí con la fe le venero y reverencio como es en sí y como yo le contemplo en mi idea; y así se ejecutó, y murió con grande ejemplo y edificación de los circunstantes en el año de 1676, y a los setenta y seis de su edad. Está enterrado en aquella Santa Iglesia Mayor de Granada, en la bóveda debajo del coro, en un nicho que hay enfrente de la puerta de dicha bóveda.

Fué hombre verdaderamente digno de memoria inmortal, Príncipe en todas las tres Artes de Pintura, Escultura y Arquitectura. Fué también gran matemático y muy diestro en el manejo de la espada; y, en fin, hombre que más se supo explicar con las obras que con las palabras. Dejó muchos discípulos; pero los más señalados fueron Don Pedro Mena, en la Escultura; y en la Pintura, Don Juan Niño y Don Pedro Atanasio, Ciézar y otros, de quienes se hará especial mención*.

* Sobre Cano véanse los estudios de M. Gómez-Moreno en *Cosas gra-*

CLIII.—DON ANTONIO GARCIA REYNOSO, PINTOR

Don Antonio García Reynoso, natural de la Villa de Cabra, fué discípulo de Sebastián Martínez (pintor excelente de la Ciudad de Jaén), a quien imitó en gran manera, si bien con poco estudio del natural, y así salió algo amanerado; pero con una gracia muy singular y de buen gusto en historias, países, paños y celajes. Tuvo gran facilidad en la invención, de que dejó gran copia de dibujos, que los hacía con extremado primor, de aguadas, pluma, carbón o lápiz, sin contentarse en hacer de un asunto un dibujo, sino muchos y muy diferentes. Hizo un gran cuadro para la iglesia de los Padres Capuchinos de la Ciudad de Andújar, que ocupa todo el testero de la capilla mayor, con un gran pedazo de gloria, donde está la Santísima Trinidad María Santísima, nuestro Padre San Francisco, San Ildefonso y el glorioso Patriarca San José, todo acompañado de ángeles y serafines. Y en la parte inferior San Miguel y San Jorge, armados, y en medio un gallardo tarjetón, donde están las armas de los Patronos, que cierto es un bellissimo cuadro; y que habiéndolo visto Sebastián Martínez y Fray Manuel de Molina (ambos grandes pintores), lo celebraron mucho. También pintó un célebre cuadro del Baño de Santa Susana para Don Antonio de Ayala, un caballero muy aficionado a la pintura, y vecino de la Villa de Linares. Y habiéndolo concluido y puesto en el patio a enjugar, un gorrioncillo, viendo desde el tejado el país, las aguas y el estanque, bajó diferentes veces a ponerse en los remates del estanque, hallando siempre burlada su diligencia, con admiración de los circunstantes, en crédito de la propiedad, con que estaba ejecutado.

Fué también grande arquitecto, e hizo varias trazas para retablos y piezas de platería. También fué excelente en el dorado bruñido y los estofados, que en aquel tiempo se hacían, no sólo de hojas de talla y tarjetas coloridas y rajadas, sino de subientes y follajes relevados sobre plano con el claro y obscuro, mezclando entre ellos algunos chicuelos, bichas y faunos y otras sabandijas, con extremado primor y gracia, al temple, con albayalde, porque

nadinas de Arte y Arqueología (Granada. Imprenta de la Lealtad, s. a. [¿1888?]) y M. Gómez-Moreno Martínez en *ARCHIVO*, t.º II, 1927, pgs. 177 y sgs.

por allá no se toma, como por acá sucede; y así tomaba por su cuenta las obras de pintura y dorado de los retablos, y aun de algunos la arquitectura, encomendándola a quien fuese de su satisfacción.

Hizo muchas obras públicas en el Reino de Jaén, donde asistió lo más de su vida; especialmente en Andújar, donde tiene muchas y buenas, además de la referida de los Capuchinos. Pero las más señaladas que hizo en aquel Reino fueron las capillas que pintó en la Villa de Martos, de la portentosa imagen de Jesús Nazareno, que allí se venera, y la de Nuestra Señora del Rosario, ¡cosa excelente una y otra!

Pasó a Córdoba por los años de seiscientos y setenta y cinco, donde hizo diferentes pinturas públicas y particulares; y especialmente un cuadro de la Concepción de Nuestra Señora, que está en la calle de las Cabezas, y otra en la Herrería, por haberse consumido la de Castillo; dos cuadros en lo alto del presbiterio de la capilla mayor de la santa iglesia; y otros dos en la de los Capuchinos de dicha Ciudad; y en la capilla del Santo Cristo de la iglesia del Carmen Calzado pintó a San Juan y la Virgen y otras cosas. También retrató al muy Reverendo Padre Fray Juan Benítez, provincial (que fué por entonces) de aquella provincia de Granada, de la Religión Seráfica.

A este tiempo (que fué por el año de seiscientos y setenta y cinco) vino a Córdoba Don Juan de Alfaro, y visitándose cortésmente y viendo lo que Alfaro pintaba, parece que se compungió Reynoso, y alguna vez me dió a entender quería mudar de manera en algunas cosas, por lo que había visto en Alfaro, como que estaba pesoso de no haberlo visto antes. Y o bien fuese de esto, o lo que más cierto es el estar ya cumplidos sus días, murió el año de mil seiscientos y setenta y siete, a doce de julio y a los cincuenta y cuatro de su edad, con poca diferencia, y se enterró en la iglesia mayor y parroquial de aquella Ciudad.

CLIV.—MIGUEL GERONIMO DE CIEZAR, PINTOR

Miguel Gerónimo de Ciézar fué natural y vecino de la Ciudad de Granada, de muy ilustre y limpio linaje, como lo testifican los repetidos actos de nobleza y limpieza que ha habido en su familia. Fué de los más lucidos discípulos que tuvo el Racionero Alonso

Cano, como se infiere de repetidas obras públicas y particulares que hizo en aquella Ciudad; y especialmente en el Convento del Angel y en el Hospital del Corpus. Murió el año de mil seiscientos y setenta y siete, siendo ya de crecida edad; dejó un discípulo muy adelantado, que fué Felipe Gómez, cuyas obras en la iglesia de San Antón acreditan la buena escuela de su maestro; y murió Gómez de cerca de sesenta años, en el de mil seiscientos y noventa y cuatro.

CLV.—FRAY MANUEL DE MOLINA, PINTOR

Fray Manuel de Molina fué excelente pintor, natural de la Ciudad de Jaén y competidor de Sebastián Martínez; y para poderle hacer mayor oposición, siendo todavía seglar, pasó a estudiar a Roma: de donde habiendo aprovechado muy mucho, volvió a Jaén; y tocado de inspiración divina, por una gran tormenta que padeció en la mar, se entró en la religión de nuestro Padre San Francisco, en aquella Ciudad, donde hizo obras maravillosas; y especialmente las pinturas del claustro de dicho Convento de la vida de este seráfico Patriarca, que acreditan grandemente la eminencia de su pincel. Hizo también retratos con superior acierto, de quien yo vi uno en Córdoba, que a la verdad no se podía mejorar. Fué religioso lego, y murió en aquel Convento por los años de mil seiscientos y setenta y siete, de edad de sesenta y tres años. Dícese que habiéndole pedido a su guardián algún dinero para colors y otros recados, de que necesitaba para hacer unas pinturas que le mandó ejecutar, no se lo quiso dar, y lo envió a trabajar a la huerta, de lo cual enfermó, y murió. Bien que esto me hace gran repugnancia, entre religiosos de tan santo y prudente Instituto.

CLVI.—GERONIMO DE BOBADILLA, PINTOR

Gerónimo de Bobadilla fué (además de muy razonable pintor por su camino) hombre de mucha virtud, loables costumbres y muy gran talento. Fué natural de Antequera, pero criado en Sevilla, en que aprendió el Arte de la Pintura en la escuela de Zurbarán, donde aprovechó mucho; y especialmente en la perspectiva y en pintar historias de mediano tamaño, con muy buena pasta y hermosura de color: como lo manifiestan seis lienzos de la Vida de Cristo Se-

ñor Nuestro, que pintó para un platero, muy aficionado a la pintura, llamado Salvador de Baeza, en que había algunos pedazos de perspectiva, ¡cosa excelente! Pero en saliendo de figuras de mayor tamaño que media vara, se desencuadraba, pues parece que el cielo le había dotado para lo pequeño, lo cual hacía con tan extremada gracia y primor, que mereció que Murillo le encargase algunas cosas de esta calidad; y viéndolas, le decía: Amigo, esto tiene cristal por encima; porque era tan curioso y esmerado, que en medio de llevar su pintura un dedo de color, lo dejaba tan unido y lustroso, que no parecía ser pintado, sino bruñado. Además de esto tenía unos barnices tan diáfanos y secantes, que parecían una vidriera, de suerte que en estando un lienzo barnizado, era menester irle buscando la luz para poderle mirar.

Su casa toda era un camarín continuado de cosas del estudio de la Pintura; pues todas las piezas las tenía llenas de modelos exquisitos, figuras de Academia, muchos dibujos originales y borroncillos de hombres eminentes: todo colocado con grande arte y primor; pero no para prestarlo a nadie, sino sólo para su gusto y aprovechamiento. Murió en dicha Ciudad de poco más de sesenta años, por el de mil seiscientos y ochenta. Lo cierto es que si como tuvo el buen gusto y capricho en la composición, con hermosura en el colorido, le ayudara más el dibujo, hubiera sido completamente perfecto; pero por su camino fué de los célebres ingenios de la Pintura en esta Facultad.

CLVII.—DON JUAN DE ALFARO, PINTOR

Don Juan de Alfaro y Gámez, natural de la Ciudad de Córdoba y Notario del Santo Oficio de la Inquisición de ella, hijo de Don Francisco de Alfaro, hombre ingeniosísimo y aficionado a la pintura, nació en dicha Ciudad por los años de 1640, y viendo el padre la singular inclinación que su hijo tenía a la pintura desde sus tiernos años, le dedicó, para instruirse en ella, a la escuela de Antonio del Castillo (pintor de crédito en aquella Ciudad) y en breves días aprovechó de suerte que pareciéndole a el padre que adelantaría más en la Corte, le envió a Madrid con recomendaciones bastantes para que entrase bajo la disciplina de Don Diego Velázquez de Silva, pintor dignísimo de la Majestad Católica del Señor Felipe Cuarto, en cuya escuela aprovechó tan superiormente, que en es-

pecial los retratos que hizo parecían tan buenos como de Velázquez; y si algo degeneró, fué inclinándose a la manera de Vandic, a cuyas obras fué aficionadísimo, y copió algunas con tan superior eminencia, que desmentían los originales; no siendo inferior en las de Ticiano y Rubens, que con la ocasión de discípulo del Pintor de Cámara lograba con facilidad. Y especialmente en pequello llegó a hacer retratos con tan extremado primor, que no se podían adelantar.

Volvió a Córdoba a ver a sus padres y patria cuando aún no tenía veinte años; y como la novedad en las Ciudades es tan ruidosa, y más siendo la habilidad tan sobresaliente, y con el baño de la Corte y discípulo del Pintor de Cámara, no se ofrecía obra pública o particular que no le buscasen; especialmente se determinó en este tiempo ilustrar el claustro de nuestro P. S. Francisco, de aquella Ciudad, a devoción de diferentes particulares, a quienes concedió el Convento el entierro correspondiente en dicho claustro. Y siendo así, que unos estaban inclinados a José de Sarabia, y otros a Antonio del Castillo (pintores antiguos y de crédito en aquella Ciudad), todos, o los más, se iban a nuestro Alfaro, llevados de la novedad y de que la manera suya era (a la verdad) de mejor gusto. Con cuya ocasión ejecutó para dicho sitio repetidos cuadros de la vida del seráfico Patriarca, poniendo en todos su firma: *Alfaro pinxit*. De lo cual sentido Antonio del Castillo, su maestro, consiguió de un su compadre el jurado Sebastián de Herrera que tomase a su devoción uno de estos cuadros (que fué el del Bautismo de dicho santo) y lo ejecutaría Castillo, como lo hizo, con superior excelencia; y en lugar de su firma puso: *Non pinxit Alfarius*; motejando por este medio la repetición de la firma de Alfaro; cosa que Castillo hizo rara vez; y dando a entender al mismo tiempo que la obra sería el pregonero de su autor. Hizo entonces Alfaro el célebre cuadro de la Encarnación del Verbo Divino, que está en un oratorio de los Carmelitas Descalzos, extramuros de Córdoba, que parece increíble que de tan corta edad hiciese semejantes obras. Como también el retrato del Señor Don Francisco de Alarcón, Obispo entonces de aquella santa iglesia, y los de todos los Obispos antecesores, que están en aquel Palacio, en el salón que llaman de los Obispos (valiéndose para la semejanza de otros antiguos de mala mano), que aseguro parecen de Vandic.

Casóse en este tiempo en dicha Ciudad nuestro Alfaro con Doña Isabel de Heredia, persona de muy conocida calidad; y con ella se

volvió a la Corte, donde manifestó su grande ingenio en repetidas obras públicas y particulares, y especialmente en retratos pequeños, que entonces se practicaban mucho y se pagaban mejor. Y en este tiempo ejecutó aquel célebre cuadro del Angel de la Guarda, que está en una capilla a los pies de la iglesia del Colegio Imperial de esta Corte, al lado del Evangelio, donde se conoce su gran gusto y capricho; que si bien se ve no era melindroso en aprovecharse, está tan bien organizado que se le puede perdonar; y más en lo artificioso de aquellos senos infernales, que causa horror el mirarlos, al paso que deleita la hermosura de la gloria con la Trinidad Santísima, la Reina de los Angeles y acompañamiento de bienaventurados; todo conducido con gran gusto y belleza.

Y porque en este tiempo quisieron gravar al Arte de la Pintura con el repartimiento de un montado (cuyo pleito se venció, como notamos en el Tomo primero, lib. 2, cap. 5); entre tanto tuvo forma nuestro Alfaro de irse a ser administrador de Rentas Reales en diferentes partidos, por librarse de las extorsiones de los Ministros Reales con dicho motivo. Y éste debió de ser el que tuvo para desdenarse (según decían) del nombre de *pintor*; pues sucedió muchas veces ir a preguntar a su casa si vivía allí un pintor, y respondían que no. Pero fué sin duda por esta causa, y después por la del pleito de la Hermandad de Nuestra Señora de los siete Dolores; porque yo le experimenté sumamente desvancido (si cabe decirse así) del renombre de pintor. Y aún me dijo a mí que ahora ya se podía preciar de pintor en Madrid cualquiera hombre honrado; pero que antes era cosa indigna; porque en tiempo de su maestro habían pretendido allanar la pintura y hacerla gremio, para que pagase como los oficios y artes mecánicas, de que salió triunfante, como dijimos en dicho Tomo, cap. 3 de dicho libro.

Serenada, pues, ya esta borrasca, se volvió a la Corte a gozar de su quietud y habilidad, como la practicó en casa de Don Pedro de Arce, Regidor de esta Villa de Madrid y Caballero de la Orden de Santiago, aficionadísimo a la pintura: con cuyo motivo le hizo diferentes cuadros, unos de invención y otros de la Vida de San Cayetano, copias puntualísimas de unos originales de Andrea Vaccaro, ¡cosa superior! *, que los tenía Don Cristóbal Ontañón, Caballero de la misma Orden y aficionado a todas buenas Artes; y especialmente a esta de la Pintura, de que tenía excelentes originales.

* ¿Serán los números 462-5 del Museo del Prado?

Retrató también en este tiempo a dicho Don Pedro de Arce y a Doña Antonia de Arnolfo, su esposa, extremadamente parecidos, y tan bien pintados, que parecían de mano de Vandic. Y en este tiempo le hizo a dicho Don Pedro diferentes retratos de medio cuerpo, de hombres eminentes y poetas insignes para su museo, en que se deleitaba con singular afición a todas las musas y a donde concurrían los más lucidos ingenios de aquel tiempo; y entre ellos nuestro Don Juan de Alfaro, que no era de los menores, por ser en extremo aficionado a la poesía, música, historia y representación; de que hubo funciones lucidísimas en casa de dicho Don Pedro, ejecutadas con superior excelencia por los concurrentes a su museo, a que asistía lo más lucido de la Corte, con repetidas aclamaciones y aplausos. Y en consecuencia de esto dejó Alfaro en su expolio varios libros y papeles muy cortesanos; y entre ellos algunos apuntes de la vida de Velázquez, su maestro; de Pablo de Céspedes y de Becerra, que nos han sido de mucha utilidad para este Tratado. Hizo también el célebre retrato, y muy parecido, del Reverendísimo Padre Mateo de Moya, de la Compañía de Jesús, de más de medio cuerpo, que está en la librería del Colegio Imperial, como entramos a mano izquierda. También hizo en este tiempo el retrato de aquel fénix español Don Pedro Calderón de la Barca, que está hoy colocado en su sepulcro en la parroquial de San Salvador, como entramos a mano izquierda *.

Fué también pintor del excelentísimo señor Almirante de Castilla, padre del que murió en Portugal; y de tanto aprecio fué su persona y habilidad a dicho señor, que llegó a extremo de familiaridad muy íntima, como otro Apeles con Alejandro Magno; de suerte que se regalaban recíprocamente, como si fueran dos iguales: experimentando Alfaro de la grandeza del Almirante no sólo asistencias muy competentes, sino otros intereses muy relevantes. Sirviendo en este tiempo a su excelencia en diferentes retratos grandes y pequeños, aderezo de las pinturas con que enriqueció la Casa de la Huerta, que está junto a los Recoletos Agustinos de esta Corte; aunque para aderezarlas y limpiarlas y disponer la mecánica de estas cosas en las preparaciones antecedentes a el pincel, había otro, muy hábil para esto, que se llamaba Diego Ungo. Pero en lo que tocaba a el pincel, sólo Alfaro lo ejecutaba; ya en retocar, lo maltratado de algunas; ya en suplir, lo que se añadía, para igua-

* Hoy en San Pedro de los Naturales, Madrid.

lar con otras, o para llenar los sitios donde se habían de colocar; por ser todas originales buscados a costa de grandes expensas, de los primeros artífices de Europa, antiguos y modernos. Ejecutando también Alfaro algunas pinturas o países (que los hizo con excelencia) para algunos sitios pequeños.

A este tiempo, en el año de 1675, habiendo enviudado Alfaro, y tratando de ir a Córdoba Don Gaspar de Herrera, paisano y amigo suyo y jurado de dicha Ciudad, a diferentes dependencias, y a ver una hija suya, que había dejado Religiosa en el Convento de la Encarnación, pidió licencia Alfaro a el Almirante para ir acompañando a dicho jurado y dar una vuelta a su patria y ver a sus parientes, que tenía muchos y buenos. Hizolo así, con cuya ocasión retrató con superior acierto a la hija de dicho Don Gaspar, e hizo otras pinturas a diferentes aficionados. Especialmente algunos retratos de la familia de Don Juan de Morales, Caballero Veinticuatro de dicha Ciudad, quien le regaló muy bien y le presentó un caballo excelente cuando se volvía a Madrid, lo cual fué por los años de 1676. Y en este tiempo, habiendo concurrido con él diferentes veces el autor de esta obra (que entonces era estudiante de Teología y principiante en la pintura), le preguntó una de ellas qué juicio había hecho de aquel epígrafe de Antonio del Castillo (que notamos) en los cuadros de San Francisco. A que respondió: *Había sido grande honra suya que se dignase de competir con él un varón tan singular, siendo él entonces tan barbiponiente en la persona como en la pintura.* Tan modesto y discreto era en todo, como se deja inferir de dicha respuesta. Y en esta y otras ocasiones alentó mucho al autor a que fuese a la Corte, donde esperaba había de aprovechar, viendo algunas indicaciones, que favoreció más de lo justo, y ofreciéndole su amparo y protección en cuanto valiese, como lo hizo.

Volvió finalmente a Madrid nuestro Alfaro, de donde a pocos días salió dicho señor Almirante desterrado de orden del Rey a Medina de Rioseco, a donde deseó llevar consigo a Alfaro. El cual (por dejar ya tratado en Córdoba negocio de matrimonio) se excusó de irle sirviendo; cosa que sintió en extremo el Almirante, como lo manifestó después. Y finalmente compuso Alfaro sus cosas y menaje de casa, y se partió con todo a Córdoba el año de 78, en el cual se vino el autor a Madrid; para cuyo efecto le dió muy buenas cartas de recomendación, y algunas para que le dejasen aca-

bar diferentes pinturas, que él había comenzado, de que hizo el autor el debido aprecio.

Celebróse el dicho matrimonio de Don Juan de Alfaro con Doña Manuela de Navas y Collantes, de familia muy ilustre y conocida en aquella Ciudad. Ejecutó en este tiempo varias pinturas, así para el público como para particulares; y especialmente las del Monumento Nuevo, que hizo entonces aquella santa iglesia, y el retrato del ilustrísimo señor Don Fray Alonso Salizanes, Obispo de Córdoba, el cual está hoy en la sacristía de la célebre capilla, que fundó en ella su ilustrísima; y a poco más de un año, comenzó a adolecer Alfaro de hipocondría y mal de pecho; de suerte, que creyendo mejorar, trató de volverse a Madrid, donde llegó por el mes de septiembre del año de 680, y habiendo acudido a ponerse a los pies del Almirante (que ya había vuelto de su destierro), no se dejó ver; lo que fué para Alfaro de increíble sentimiento: con lo cual, y el verse sin tener que pintar, para mantener sus obligaciones, y que habiendo hecho la diligencia de buscarlo en las tiendas de pintura (que entonces había muchas, que hasta a esto se humilló), aún no se pudo hallar, se melancolizó mucho; y tanto, que después se agravó de suerte su dolencia, que a pocos días acabó con él por el mes de noviembre de dicho año, con muy cristiana disposición y ejemplo de santa conformidad, y se enterró en la parroquia de San Millán, de esta Corte. Murió a los cuarenta años de su edad, con poca diferencia, con alguna vehemente sospecha de maleficio; y sucedió un raro infortunio, estando ya agonizando, y su mujer en otra cama, muy mala de un gran tabardillo; y fué pegarse fuego en el cuarto de abajo del que él habitaba, y atribulada la vecindad y los circunstantes del moribundo, unos sacaban trastos a toda prisa, otros descolgaban pinturas y quitaban cortinas, otros, envolviendo a la mujer en los colchones, cargaban con ella; otros, con la cama, sin saber qué hacerse con el moribundo, ¡por el peligro de moverle!, que, aseguro, fué la mayor tribulación que en mi vida he visto. ¡Oh impenetrables juicios del Altísimo!, hasta que la Divina Providencia dispuso que el fuego se apagase: con lo cual, ya todo sosegado, acabó de cumplir el curso de su destino. Dejó un legado de una pintura original para dicho señor Almirante, en muestra de su buena ley y para que le encomendase a Nuestro Señor; y no la quiso recibir su excelencia, diciendo que sin ese motivo le encomendaría a Dios.

Murió nuestro Alfaro en lo más florido de sus años, malogran-

do las esperanzas que ofrecía su lucido ingenio; y si no se hubiera dejado tanto llevar en su juventud del áura lisonjera de su fortuna (entonces tan propicia), y se hubiera aplicado más al estudio de la pintura, hubiera sido de los primeros hombres del mundo; pues aun así fué un ingenio de los más floridos de esta Facultad.

Dejó mandado en su testamento que acabase el autor de esta Obra las pinturas que él dejaba comenzadas, que fué el retrato de Don José Iñiguez de Abarca, Abad de Roncesvalles, en que sólo estaba hecha la cabeza, una Concepción de dos varas y media, para Don Lorenzo Delgado, vecino de Córdoba, que sólo estaba en bosquejo, y no de su mano, y un cuadro apaisado del Entierro de Cristo Señor Nuestro (cuyo Santísimo Cuerpo sólo estaba en bosquejo y lo demás ni aun dibujado) para la sacristía de la iglesia de Nuestra Señora de la Fuensanta, de dicha Ciudad; todo lo cual se ejecutó puntualmente; y la señora viuda se volvió a su patria, con un hijo, que le quedó de muy tierna edad, acompañada de Don Francisco de Hierro (cuñado suyo) y de una criada, que para este efecto vinieron de orden de su madre de dicha señora; la cual se mantuvo en su viudez con créditos de ejemplar virtud, con los cuales murió cerca de los años de mil y setecientos.

CLVIII.—ENRIQUE DE LAS MARINAS, PINTOR

Enrique de las Marinas fué natural de la Ciudad de Cádiz, donde tuvo sus principios en el Arte de la Pintura; y habiendo aprovechado bastante, se aficionó a pintar naves y marinas, con la ocasión que ofrece aquel delicioso puerto; y granjeado por este medio algún pedazo de caudal, pasó a la Italia; y después de haber peregrinado por diferentes regiones, hizo pie en Roma, donde practicando la habilidad a que le inclinaba su genio, llegó a conseguir tal crédito, que en Roma le pusieron el nombre de *Enrique de las Marinas*, y por él fué tan conocido, que su apellido se ignora. Y a la verdad, llegó a hacerlas con tan extremado primor, que ninguno le excedía, si es que alguno le igualaba; y yo he visto algunas de su mano, y lo cierto es que parece que no se pueden adelantar.

Tuvo grande amistad con Fray Juan de Guzmán (seglar entonces), el cual contaba que viendo que Guzmán se quería volver a España, se lo abominaba mucho, diciendo que él no volvería por todos los intereses del mundo: pues provincia donde no los estiman,

no merece tenerlos. Yo no sé si tenía razón: júzguelo el desapasionado. Lo cierto es que él llegó a lograr allá tanta estimación y conveniencias, como que vino a ser único en aquella materia. Y si viniera por acá (no sabiendo hacer otra cosa), pereciera; porque sobre no pagarle como allá, lo más del año estuviera ocioso. Murió finalmente en Roma por los años de mil seiscientos y ochenta, y a los sesenta de su edad, con poca diferencia.

CLIX.—*JACINTO GERONIMO DE ESPINOSA, PINTOR*

Jacinto Gerónimo de Espinosa, natural y vecino de la Ciudad de Valencia, fué excelente pintor y discípulo de Ribalta, muy estudioso y naturalista: su pintura tiene gran fuerza de claro y obscuro, como se ve en la capilla mayor de la parroquial de San Esteban de dicha Ciudad, cuyas célebres pinturas son de su mano. Asimismo, las de la capilla de San Luis Beltrán en el Real Convento de Predicadores; y otras en la parroquia de San Nicolás; y en la casa profesa de la Compañía un San Luis Obispo, que en la casta y fuerza de claro y obscuro parece del caballero Máximo. También hay muchas pinturas en el Convento de la Merced, y en otros sitios públicos, sin las de casas particulares, que son sin número. Murió de muy crecida edad en Valencia por los años de mil seiscientos y ochenta *.

CLX.—*FRAY JUAN DEL SANTISIMO SACRAMENTO*
Religioso Carmelita Descalzo, Pintor.

Fray Juan de Guzmán (que en la Religión se llamó del *Santisimo Sacramento*), fué natural de la Villa de la Puente de Don Gonzalo, del Reinado de Córdoba, discípulo y consanguíneo de Bernabé Jiménez de Illescas, vecino de la Ciudad de Lucena, de quien ya hicimos mención. Pasó a Roma, donde acabó de vencer las primeras dificultades del Arte, y comunicó mucho (como paisano) con Enrique de las Marinas. Volvióse a España y pasó a Sevilla, donde

* L. Tramoyeses: *El pintor Jerónimo Jacinto de Espinosa* en ARCHIVO DE ARTE VALENCIANO, 1915, pgs. 127 y sgs. Nació en 10 de julio de 1600; murió el 20 de febrero de 1667.

hizo demostración de su grande habilidad. Fué muy inclinado a las letras, a que se aplicó, lo que pudo permitirle el estudio de la pintura; y juntamente (con más fogosidad que convenía) al manejo de las armas, en cuyo ejercicio se le ofrecieron varios lances, ocasionados de su impaciente condición y osada temeridad. A que se siguió haberse enredado demasiadamente en aquel ruidoso vulgar motín de Sevilla por los años de mil seiscientos y cuarenta y seis; y temeroso de sus peligrosas consecuencias, se refugió en el Convento del Carmen Calzado de aquella Ciudad, donde por último tomó el hábito de Religioso Lego y profesó, aunque algo violento. Y como áspero de condición y no acostumbrado a las mortificaciones que se ofrecen entre varios genios, y naturales opuestos; por un sangriento disgusto, que el poco sufrimiento le ocasionó, fué transferido a la Recolectión o Descalcés; y fuele asignado el Convento de Aguilar para su morada, donde pasó su vida, si no contento, resignado, al menos, con la Divina voluntad.

Pintó mucho en aquella Ciudad, así para su Convento como para otros de la provincia; fué muy grande teórico en el Arte; en la Arquitectura, consumado; y en la Aritmética, Geometría y Perspectiva: de ésta dejó un libro manuscrito, en que tradujo a *Pietro Accolti*, italiano, y en que reforma algunos descuidos de su autor, y añade varias anotaciones con muchas prácticas utilísimas para los estudiosos. Tuvo gran deseo de darle a la prensa, para lo cual dejó comenzadas algunas láminas; está hoy en la librería de dicho Convento de Aguilar, donde yace sepultado tan erudito trabajo, con bastante dolor de los que saben su importante doctrina.

Estuvo una temporada, sobre los años de 1666, en el Convento de Carmelitas Descalzos, extramuros de la Ciudad de Córdoba, con el motivo de ilustrar de pinturas aquella casa; como lo hizo en repetidos cuadros en el claustro y sacristía, así de su invención como de estampas de diferentes autores (en que no era milindroso), ejecutadas con superior gusto, dulzura y magisterio; porque fué su pintura muy bien empastada y de muy grato colorido, imitando la manera de Rubens y Vandic. Bien lo acreditan las referidas pinturas de dicho Convento, junto con las de la iglesia, especialmente el cuadro principal de el altar mayor.

Hizo también diferentes pinturas para el palacio del ilustrísimo señor Don Francisco de Alarcón y Covarrubias, dignísimo Obispo que fué de aquella ínclita Ciudad y muy devoto de aquel religioso Convento, donde ordinariamente solía celebrar las Ordenes (y don-

de yo, aunque indigno, recibí de su mano las menores). También hizo un cuadro de la Asunción de Nuestra Señora para uno de los ángulos del claustro del Convento de San Agustín de aquella Ciudad. Y últimamente, por el año de 1676, se volvió a su retiro del Convento de Aguilar, donde murió con créditos de religioso muy ejemplar y de pintor erudito y práctico por el año de mil seiscientos y ochenta, y a los sesenta y nueve de su edad. Yo le visité y le vi pintar diferentes veces el tiempo que estuvo en Córdoba; y era de muy apacible trato en aquella edad mayor, y de muy excelente manejo y buen gusto en los colores.

CLXI.—JOSE ROMANI, PINTOR

José Romani, boloñés, y de la escuela de Miguel Colona, fué gran pintor al temple y al fresco, y vivió en esta Corte muchos años en servicio del excelentísimo señor Almirante de Castilla (padre del que murió en Portugal), y en la casa célebre de la Huerta de los Recoletos Agustinos (que fué el erario de las mejores pinturas del mundo) pintó varias cosas; como algunos frontis de puertas y ventanas y algunos techos, con aquel extremado gusto de tan buena escuela, no sólo en la arquitectura y adornos, sino también en las figuras y chicuelos, con grande acierto e inteligencia de les escorzos, y de la perspectiva así común como de techos; como lo manifiestan sus obras, y especialmente las que están al público, como son el presbiterio de la Iglesia de los Italianos, de esta Corte, donde se ve, no sólo el suplemento y perspectiva de la cornisa y arcos torales (que engañan), sino las figuras de la Gloria y los chicuelos: todo ejecutado con grande primor, dibujo y fuerza de claro y obscuro.

También es de su mano la pintura de la hornacina del Santísimo Cristo de la iglesia del Convento de Antón Martín; y la de otra capilla de Cristo Señor Nuestro Crucificado, que está a los pies de la iglesia del Convento de Nuestra Señora de Atocha, donde, además de la arquitectura, perspectiva y adornos de muy excelente gusto, están Santo Domingo y Santa Catalina de Sena a los lados del Santo Cristo, grandemente ejecutados. También es de su mano la pintura de las pechinas de la capilla de la Venerable Orden Tercera de nuestro Padre San Francisco, donde están unos chi-

cuelos, imitados a bronce, y unos escudos de dicha Orden, ejecutados con harta gracia.

No lo está menos el ornato al fresco de una imagen de Nuestra Señora, que está en una esquina en el barrio del Barquillo en esta Corte, junto a las casas del señor Marqués de Astorga, que hoy se conserva con extremado primor y frescura. En que es de advertir que a esta pintura supe que luego que estuvo seca, la bañó toda con aceite de linaza (cosa muy importante para estar a la inclemencia del tiempo), donde el aire y el sol purifican la amarillez que le podía causar el aceite de linaza: lo cual no aconsejaría yo en sitio cerrado, porque se abutagaría la pintura. También pintó muchas cosas en el palacio alto de Boadilla; y en especial la lucha y vencimiento de Hércules y Anteo, valientes figuras, pero ya consumidas del tiempo: lo que no está la pintura, que ejecutó debajo del cobertizo, donde hizo diferentes fábulas, con muy excelente arquitectura y galantes adornos. Murió por el año de 1680, a los sesenta y cuatro de su edad, y se enterró en la parroquia de San Ildefonso de esta Corte. Yo le conocí y le traté, y era de genio muy modesto, humilde y amable.

CLXII.—JUSEPE MARTINEZ Y SU HIJO, PINTORES

Jusepe Martínez, natural y vecino de la Ciudad de Zaragoza, estudió en Roma el Arte de la Pintura; y habiendo salido muy aventajado en él, volvióse a su patria, y llegó a ser pintor de Su Majestad y de mucha opinión en aquel Reino: pues hallándose el Señor Felipe Cuarto en aquella Ciudad el año de 1642 a pacificar el Principado de Cataluña, tuvo forma este artífice de pretender plaza de Pintor del Rey *ad honorem*. Y habiéndose informado Su Majestad de Don Diego Velázquez (su Pintor de Cámara), que a la sazón le iba sirviendo, respondió Velázquez, como prudente, que la habilidad de el dicho Martínez era la mejor que había visto en aquella tierra, además de sus honrados procederes, con lo cual su Majestad le hizo la gracia; de él hay muchas obras en aquella Ciudad, especialmente los cuatro lienzos de los ángulos del claustro del Monasterio de Gerónimos; y también pintó muchos de la Vida de Cristo Señor Nuestro, ¡cosa excelente!

Tuvo un hijo, no de menos habilidad que su padre, quien le envió a estudiar a Roma con crecidas asistencias; y de vuelta tomó

el hábito de Monge en la Santa Cartuja de *Aula Dei* (una de las célebres de aquel Reino), donde pintó la Vida de San Bruno con gran capricho y hermoso colorido. Y allí murió en opinión de gran Siervo de Dios, por el año de mil seiscientos y noventa, y de su edad cincuenta años y seis meses. Llamóse Fr. Antonio Martínez; el padre se estuvo siempre en Zaragoza, donde murió el año de mil seiscientos y ochenta y dos, y a los setenta de su edad *.

CLXIII.—JUAN MONTERO DE ROJAS, PINTOR

Juan Montero de Rojas fué natural y vecino de esta Villa de Madrid y discípulo en el Arte de la Pintura de Pedro de las Cuevas. Pasó a estudiar a Italia, donde se adelantó de suerte que muchas pinturas suyas las tenían por de mano del Caravacho; volvió a esta Corte, donde hizo muchas obras excelentes; y en especial el cuadro de la Asunción de Nuestra Señora, que está en la bóveda de la iglesia del Colegio de Atocha sobre el coro. Y también es de su mano el cuadro del colateral de la epístola, del Sueño de San José, en la iglesia de Don Juan de Alarcón. Y en la sacristía del Convento de la Merced (también de esta Corte), es de su mano uno de los cuadros de los misterios alusivos a el Sacramento, que es cuando el pueblo de Dios pasó a pie enjuto el Mar Bermejo con el arca del Testamento, quedando Faraón y sus gentes y caballos anegados en sus ondas. Esta pintura es la primera, que está a la mano siniestra como entramos en dicha sacristía. Que todos los demás son de mano de Don Juan Antonio Escalante, y sólo éste es de otra mano. Pero sobre todas son cuatro pinturas suyas de figuras solas, del natural, que representan los cuatro elementos (que yo he visto en casa de un aficionado a la pintura), tan superior cosa, que por ellas solas merece este lugar. Murió en esta Corte por el año de mil seiscientos y ochenta y tres, y a los setenta de su edad, y está enterrado en la parroquial de San Sebastián. Yo le conocí en sus últimos años.

* Véase FUENTES, t.º III, p. 15 y sgs.

CLXIV.—*DON FRANCISCO DE SOLIS, PINTOR*

Don Francisco de Solís fué natural de esta Villa de Madrid; nació en la Collación de San Ginés, fué hijo de padres nobles y recibido por tal en esta Villa. Su padre y maestro fué Juan de Solís (que también fué pintor), aunque deseando que el hijo siguiese la Iglesia, no le permitía el noble ejercicio de la pintura, sino en los ratos ociosos. Y así le aplicó a los estudios, en que salió muy aprovechado, especialmente en la Gramática y Filosofía; de que resultó el ser sumamente aficionado a los libros y a todas buenas letras, y de trato muy apacible, discreta y erudita conversación, con muchas noticias de historia y dichos muy agudos y sentenciosos; fué pintor muy práctico y de una manera muy fresca, hermosa y grata al vulgo. Y así tuvo muchas obras, y hubiera logrado grandes haberes, si fuera de genio ambicioso; pues más estimaba su comodidad y descanso que todos los intereses del mundo.

Siendo de edad de diez y ocho años, hizo un cuadro para el Convento de Capucinos de Villarrubia de los Ojos; y antes de llevársele, le pusieron en la iglesia de los Capuchinos de la Paciencia de esta Corte, en función que concurrían Sus Majestades; y habiéndolo visto el Señor Felipe Cuarto e informado de las circunstancias del autor, mandó Su Majestad que lo firmase y pusiese la edad, y así lo ejecutó. También hizo muchas pinturas para el Convento antiguo de los Capuchinos del Prado; especialmente una Concepción Purísima, con el arcángel San Miguel, batallando con el Dragón, que fué muy celebrada. Hizo también todas las pinturas de la capilla de Nuestra Señora de Copacabana, en los Recoletos Agustinos; con otras muchas, que hay en el Convento y portería. También son de su mano todas las pinturas del retablo principal de la iglesia del Convento de Carmelitas Descalzas de Boadilla, donde entró una hija suya religiosa; y otra de la Visitación de Santa Isabel, en una capilla al lado de la epístola, en la misma iglesia, sin otras menores, que tiene dentro del Convento. También hizo muchas para la iglesia y Convento de los Recoletos Agustinos de Alcalá de Henares. Y en Viana, en el Convento de nuestro Padre San Francisco, está todo el claustro pintado de su mano, de historias de este glorioso patriarca. También hizo una grande obra de pinturas para la iglesia del Convento de Religiosas Dominicas de Villanueva de los Infantes. Hizo también dos cuadros de la Purificación y

Visitación de Nuestra Señora, que están en el claustro de los Trinitarios Descalzos de esta Corte. Pintó las Fuerzas de Hércules para la entrada de la Reina Doña María Luisa de Orleans, en el ornato de la plazuela de San Salvador de esta Villa. Hizo también muchas pinturas para el claustro del glorioso patriarca Santo Domingo, en la Villa de Marchena, aunque preocupado de la muerte, no lo acabó. Para Valladolid, en la iglesia del Convento de la Laura, de Religiosas Dominicas, ejecutó dos cuadros grandes, que hicieron gran ruido cuando se colocaron. Y para Indias y casas particulares y otros sitios públicos, hizo tantas pinturas, que no se pueden numerar. Pero no permite pasarse en silencio el cuadro de Santa Teresa, que está colocado en un pilar de la iglesia parroquial de San Miguel de esta Corte, junto con el cuadrito del remate, que uno y otro es de lo mejor que hizo. Como también dos cuadros grandes del Sacrificio de Abel y Caín, el uno, y el otro, del de Abraham, que están en poder de un aficionado, ¡y son cosa superior!

Murió en esta Villa de Madrid a veinte y cinco de septiembre del año de mil seiscientos y ochenta y cuatro, y a los cincuenta y cinco de su edad; y se enterró en la iglesia del Convento de la Victoria, de Religiosos Mínimos de San Francisco de Paula, en el entierro de los Barraganes, que le tocaba por su mujer Doña Lucía Barragán; y está con su lápida delante del altar de Nuestra Señora del Buen Alumbamiento. Fué de muy buena estatura, muy galán y bien proporcionado. Dejó una Librería y Estudio de Pintura, que se estimó en seis mil ducados; y una armería, como pudiera un gran Príncipe; porque en todo tuvo pensamientos de tal. Tuvo muchos años academia en su casa, y esto le adelantó mucho y le dió gran facilidad en el inventar; aunque se dió mucho a pintar amanerado, sin valerse del estudio del natural, sino en muy rara cosa. Dejó escrito un libro de aquellos pintores eminentes españoles en quienes florecieron las tres Artes de Pintura, Escultura y Arquitectura; y tan adelantado, que tenía ya abiertas muchas láminas de los retratos. Y por diligencias que se han hecho, no se ha podido descubrir; con que no se sabe donde para.

CLXV.—*DIONIS MANTUANO, PINTOR*

Dionis Mantuano fué boloñés, y gran pintor al temple y fresco; pero solamente de la Arquitectura, perspectiva y adornos; por-

que para las figuras, aunque fuese un mascarón o una vichuela, necesitaba de valerse de otros. Cosa corriente en los extranjeros. Estuvo en Génova por los años de 1656. Después vino a Madrid en tiempo del señor Marqués de Heliche (Alcaide de el Buen Retiro), por Ingeniero para las tramoyas y mutaciones de las comedias célebres que en aquel tiempo se hacían a Sus Majestades en dicho Real Sitio: porque era también grande arquitecto, de que le sobrevino un contratiempo muy pesado de haber concurrido, como ingeniero a cierta manufactura de mucha entidad: sobre que estuvo preso, y en un encierro en la cárcel de Corte muchos meses, cargado de grillos y cadenas, de que enfermó gravemente de las piernas; pero lo peor fué que llegó a estar muy a pique sobre el caso, o de un tormento cruel, o de un suplicio fatal. En cuya aflicción se encomendó muy de veras a la Virgen Santísima del Carmen (de quien era muy devoto), que pues sabía su inocencia, le sacase con bien de aquella tribulación; que ofrecía ayunarle todos los sábados a pan y agua mientras viviese (como lo cumplió). Y afirman personas que le trataron, que la Virgen Santísima se le apareció, y le consoló, asegurándole que no temiese, que presto saldría, como con efecto sucedió; habiéndose averiguado que él no había influído en nada, o que el caso había sido incierto; y así salió libre y sin costas.

Hizo también varias trazas para diferentes obras; y especialmente para la fachada de las casas del señor Marqués de los Balbases, cuya pintura ejecutaron el dicho Mantuano y Don Vicente de Benavides; y a cada uno, mientras pintaron dicha fachada, le daba el señor Marqués un doblón cada día.

Pintó también la arquitectura y ornatos del techo de la Galería de las Damas de este Palacio de Madrid (que ya se blanqueó). También los adornos de la capilla del Santísimo Cristo en el Colegio Imperial de esta Corte, de cornisa abajo; la sobrescalera de las casas del señor Nuncio, y el techo del Coliseo del Buen Retiro, y otras muchas cosas en las casas de San Joaquín de dicho señor Marqués de Heliche. Y, finalmente, viviendo en la calle de los Reyes, hacia Leganitos, murió por los años de mil seiscientos y ochenta y cuatro, de poco más de sesenta años; y está enterrado en la parroquial de San Marcos. Tuvo el Hábito de Cristo, que le dió Su Santidad, por mano del señor Nuncio de España, Don Sabo [*sic*] Milini.

CLXVI.—ANTONIO DE ARIAS FERNANDEZ, PINTOR

Antonio de Arias Fernández, natural y vecino de esta Villa de Madrid, hijo de Bartolomé Fernández Arias, natural de Toirán, en Galicia, Obispado de Lugo, y de su legítima mujer Juana Hervás, natural de Espinosa de los Monteros; tuvo por maestro, en sus principios, a Pedro de las Cuevas, y con su enseñanza en breve tiempo, juntándose su gran natural y aplicación; cuando llegó a los catorce años de su edad, hizo toda la pintura, que está en el retablo del altar mayor del Carmen Calzado de la Ciudad de Toledo; y le dió tanto crédito esta pintura, y le alentó de suerte el aplauso, que continuando el estudio, cuando cumplió los veinte y cinco años era ya uno de los grandes artífices de esta Corte, que eligieron para pintar los retratos de los Reyes de España, en tiempo del Conde-Duque de Olivares; cuando se renovó el salón de Su Majestad en su Real Palacio, que llaman de las Comedias, y ya se dividió en diferentes estancias. En él se veían en un cuadro retratados el Rey Don Alonso el Sexto con su madre la Reina Doña Urraca de Castilla; y en otro, el Señor Emperador Carlos Quinto y su hijo Don Felipe Segundo *, y otros dos lienzos del mismo tamaño, en la alcoba de Su Majestad, también de Reyes, y en cada uno dos personas Reales. Tuvo opinión de pintor muy diestro y largo: su manera de pintar, de gran fuerza. Y si hubiera de hacer relación de las muchas obras que hizo este artífice, fuera salir de asunto, en que deseo no ser molesto. Y así solamente digo, que era muy continuo trabajador, y nunca le faltaba que hacer. Hizo once cuadros para el claustro alto del Real Convento de San Felipe, de Religiosos Agustinos Calzados, de esta Villa, de la Pasión de Cristo Señor Nuestro, ¡que son cosa excelente! Como también un gran cuadro del Bautismo de Cristo Señor Nuestro, que está en la Iglesia de San Ginés, en la capilla de la Pila de Bautismo.

No puedo dejar de decir algo de otras buenas partes suyas; pues fué uno de los que hermanaron la pintura y la poesía, haciendo muy gentiles versos castellanos, enriquecidos con muy buenas noticias de las fábulas e historias. Después de esto era muy jovial, de muy gustosa y entretenida conversación, sin ser cansado; amigo de sus amigos, y generalmente con todos muy agradable y cortés.

* Depositado por el Museo del Prado en la Universidad de Granada.

Estuvo casado con una muy virtuosa señora, de quien tuvo, entre otros hijos, una hija, que se aplicó a esta Arte; en su buena doctrina dió muestras con sus diseños en sus primeros años del natural, que se suele heredar de los padres.

Nada le faltó a Antonio Arias, si no es la fortuna; pues en su mayor edad llegó a declinar tanto y estar ya tan inhábil, que le mantenía la conmisericación de sus amigos (ya me espantaba yo que pintor y poeta no declinase el abismo de la desventura). Y últimamente vino a morir con suma miseria en el Hospital General de esta Corte el año de 1684. (¡Oh fuerza de una estrella infeliz!) Yo le conocí en este mísero estado, con gran quebranto de mi corazón.

CLXVII.—DON JUAN DE REVENGA, ESCULTOR

Don Juan de Revenga, escultor insigne, fué natural de la Ciudad de Zaragoza, y Caballero de lo más ilustre de aquel Reino, y con muy honrado patrimonio, con el cual pasó a Italia en su juventud, llevado de la afición a el Arte de la Escultura, donde logró su adelantamiento con tan superiores ventajas, que fué de los más eminentes de su tiempo; como lo acreditó, volviendo a España, en diferentes obras particulares, que hizo muchas para regalar a sus amigos y otras personas de su obligación, a causa de no querer declararse por profesor de la escultura, sino solamente como aficionado, que lo tenía para su entretenimiento; y de ordinario se socorría de hacer cosas de cera, para urnas, cajones, escaparates, de que ví yo muchas en casa de Don Diego Villa-Toro (caballero muy conocido en esta Corte por sus grandes negociados y afición a estas Artes), y lo hacía con tan extremado primor, que desmentía el natural. Y esta fué la causa de que no hiciese obras para el público; pero instado de algunos amigos y estimulado de otros, que este retiro lo atribuían a falta de ánimo o de inteligencia, se resolvió, para complacer a unos y desengañar a otros, a ejecutar la celeberrima estatua de Nuestra Señora, que está sobre la portada de la lonja del Convento de los Angeles, de Religiosas Franciscas, de esta Corte; la cual ejecutó con tan superior gusto e inteligencia, que es una de las más eminentes estatuas que se admiran en ella; y por esta sola efigie merece nombre inmortal; pues ella sola acredita otras muchas, que sin duda ejecutaría con igual acierto; porque para llegar a la eminencia de una obra sublime, no se consigue de un acto

solo, sino con la repetición de muchos. Pero ¡oh fuerza de un fatal destino! Con la decadencia de la edad (que ya pasaba de más de setenta años) y lo apurado ya de su patrimonio, llegó a tanta miseria, que vino a morir en el Hospital General de esta Corte, por los años de mil seiscientos y ochenta y cuatro. ¡Desventura de nuestra Nación, que no tenga providencia para semejantes acaecimientos!

CLXVIII.—*DON FRANCISCO RICI, PINTOR DE SU
Majestad y Arquitecto.*

Don Francisco Rici, Pintor del Rey nuestro Señor Don Felipe Cuarto, y Carlos Segundo, y hermano de Fray Juan Rici (de quien ya hicimos mención), fué natural de esta Villa de Madrid, y discípulo en el Arte de la Pintura de Vicencio Carduchi, y de los más adelantados que tuvo, como lo manifiestan muchas y famosas obras de su mano en esta Corte; una de las cuales es la pintura de un Santiago a caballo, que está en el altar mayor de la parroquial de su advocación; y otra grande del Expolio de Cristo Señor Nuestro, que está en el Convento de Capuchinos, llamados de la Paciencia, en el altar mayor: es lienzo este en que se conoce el gran genio y talento de su artífice, por la admirable composición y armonía de la Historia del Calvario, que mueve a gran ternura y devoción; donde también tiene otro cuadro de la Concepción Purísima en una capilla al lado de la Epístola. También es de su mano otro de los Agravios, que en la santa imagen del Cristo de la Paciencia ejecutaron aquellos pérfidos judíos, por los años de mil seiscientos y cincuenta, en que le están hiriendo y azotando con varios instrumentos, y está colocado el inmediato al lado de la Epístola. Y en San Bernardo es también de su mano un cuadro de este santo en el remate de un retablo a los pies de la iglesia de su Convento; juntamente con otros dos pequeños, que están abajo en los pedestales. Como también las pechinas y medallas bronceadas en la iglesia de las Monjas de San Plácido; junto con la Concepción en la bóveda del presbiterio y las figuras de la bóveda de la capilla del Santo Sepulcro. Y también son de su mano dos cuadros, el uno del Desposorio de Santa Catalina al lado de la Epístola; y el otro de San Ignacio Mártir al lado del Evangelio en el crucero del noviciado de la Compañía de Jesús. También es de su mano el cuadro del altar mayor del Convento del Santo Cristo del Pardo; y el del altar ma-

yor de la iglesia parroquial de Vallecas, que es del apóstol San Pedro, cuando el ángel le quitó las prisiones y le sacó de la cárcel. También es de su mano el célebre cuadro de Santa Leocadia, que está en el altar mayor de la iglesia del Convento de Capuchinos de la Ciudad de Toledo, que como entonces trazaban los pintores los retablos, había en ellos pintura; pero como ahora los trazan los ensambladores, todo es madera; sin advertir los incendios lastimosos que en estos años se han experimentado; pues una vez prendido el fuego, por desgracia, en una montaña de madera seca, no hay fuerzas humanas para apagarlo. Y que las tres Artes juntas dan el complemento de la perfección a las obras, como se ve en los retablos antiguos.

Es también de su mano el cuadro de Cristo Crucificado, que está en el salón de Ayuntamiento de esta Villa de Madrid; la traza y ejecución de la arquitectura y adornos de la cúpula de San Antonio de los Portugueses. También la traza y ejecución (junto con Carreño) de la pintura del ochavo de la santa iglesia de Toledo, con otros dos cuadros de la Historia de Santa Leocadia, que están en la sacristía de dicha santa iglesia. Son de su mano también las dos historias de la Pasión de Cristo Señor Nuestro, que están en la capilla del Santo Cristo del Colegio Imperial, de esta Corte; junto con el San Pedro, y la Mujer Verónica, de medios cuerpos, que están en dos óvalos sobre las puertas. También las pinturas de los dos colaterales de dicha iglesia, que son de San Francisco de Borja y San Luis Gonzaga, con las demás, que están en el recinto de uno y otro retablo, y la principal de San Francisco Javier en el altar mayor. Son también de su mano los dos célebres cuadros de la capilla de San Isidro en esta Corte, al lado del Evangelio, el uno del Milagro del Pozo del Santo y el otro de la Batalla de las Navas de Tolosa, cuando San Isidro condujo por aquellas montañas al Rey Don Alonso el Octavo, para que lograra la victoria, ¡que uno y otro cuadro son cosa maravillosa! Como también otro del mismo Santo, con el milagro referido del Niño en el Pozo, que está en la parroquial de San Pedro en esta Corte, debajo del coro; y el del apóstol San Andrés, del colateral de la Epístola en la parroquial de San Salvador: como también las pinturas del retablo de Nuestra Señora de la Soledad, todo en esta Corte; y la de Santa Catalina Mártir, junto a la puerta de las gradas de San Felipe; y otra de Santa Agueda, en un pilar hacia los pies de la iglesia de la Santísima Trinidad. También las tres pinturas que están en la capilla de Don

Andrés de la Torre, en el Convento de los Angeles, al pie del retablo del Nacimiento, que son la Adoración de los Santos Reyes, y la Purificación, y el *Ecce Homo* en la puerta del sagrario; y asimismo dos cuadros de San Lucas y Santa Lucía, que están entre las rejas del coro, a los lados del retablo, figuras enteras del natural; y también la pintura de la Santísima Trinidad, que está en el remate del retablo; y otro del mismo asunto sobre el cuadro de la Concepción (también de su mano), que está en el pilar del arco toral de la iglesia de Santa Cruz; y abajo tres cuadritos, el de en medio el Bautismo de Cristo, y a los lados San Francisco y Santo Domingo.

También es de su mano el cuadro de San Francisco de Borja, que está en el cerramiento del retablo de la casa profesa de la Compañía de Jesús, y fué lo último que acabó. Hizo también la traza del retablo y el cuadro grande del Martirio de San Ginés de Arlés, en la parroquial de esta Corte. Y habiendo muerto Rici, y pareciendo que estaba algo confuso dicho cuadro, lo retocó José Donoso; y aunque lo despertó alguna cosa, no le adelantó nada, ni fué bien vista la acción. Es también de su mano un cuadro de la Concepción Purísima, que está en la iglesia de las monjas de la Magdalena de Alcalá de Henares, al lado de la Epístola. Como también lo son otros dos cuadros de la Vida de Santa Teresa, que están en el crucero de la iglesia del Convento de Carmelitas Descalzas de la Villa de Alba de Tormes, ¡cosa excelente! Y en el claustro de Religiosos Gerónimos del Parral de Segovia, un gran cuadro del máximo Doctor San Gerónimo.

Fué nuestro Rici Pintor de Su Majestad y Ayuda de la Furriera desde que pintó lo que dijimos en la vida de Velázquez en el Salón de los Espejos, y fué muy erudito, especialmente en letras humanas; y así sus obras e inventivas fueron siempre muy bien fundadas en erudición; como lo manifestó en la traza, idea y modelo que hizo para el célebre monumento de la santa iglesia de Toledo, muy adornado de misterios alusivos a el intento. Obra portentosa, y de todas maneras admirable, en que le ayudaron Carreño, Mantuano y Escalante. También lo manifestó en la traza que hizo para el techo de la Galería de las Damas, en este Palacio de Madrid, muy llena de erudición de letras humanas; la que ejecutó juntamente con Carreño y Mantuano, aunque ya se blanqueó. Y en este conocimiento estaba el Señor Carlos Segundo, y así le estimaba mucho.

Sucedió un día que saliendo el Rey para el cancel de la capilla, y yendo delante el Ayuda de Furriera (que lo era Rici), como es estilo, para abrir las puertas; con el movimiento de alguna de ellas, se cayó un cuadro, y con el marco le hirió a Rici en la cabeza; lo cual visto por Su Majestad se le puso un pañuelo, y se entraron adentro a toda prisa, y de orden del Rey, su Barbero de Cámara (que acababa de hacerle la barba), y con los mismos paños y palancana del Rey, le tomó la sangre: y viéndole Su Majestad tan sereno a Rici, como si le hubiera sucedido una cosa de mucho gusto, le dijo que mayor susto habían tenido los demás que él, según mostraba. Y él respondió: Sí, señor, estoy muy gozoso de que a mí me haya sucedido, porque no sucediese a V. Majestad.

Y no era menos prudente que discreto; pues habiendo herido un soldado de la guardia a Isidoro Arredondo (discípulo suyo, que después fué pintor del Rey), lamentándose mucho Rici de este atrevimiento delante del Rey (a cuya noticia llegó el caso), y preguntándole Su Majestad quién había sido el agresor, para castigarle, respondió Rici (siendo así que le conocía muy bien) que con la confusión del suceso, no le podría decir a Su Majestad quién era.

Tuvo Rici muchos años a su cargo la dirección de los teatros de mutaciones de las comedias que se hacían entonces con gran frecuencia en el Retiro a Sus Majestades; en cuyo tiempo sirvió mucho e hizo grandes trazas de mutaciones, porque era grandísimo arquitecto y perspectivo. Y así ejecutó también otras muchas para diferentes retablos. Y de esto y de dibujos dejó un sin número. Tenía gran facilidad en el manejo, y decía que tanto importaba saber pintar como el saber ganar de comer, porque el pintor largo no perecería. Y así lo que una vez intentaba, no lo mudaba, por decir que sería nunca acabar; y que cualquiera cosa y en cualquier postura se puede hacer bien, no habiendo reparo substancial.

Ultimamente le mandó Su Majestad fuese a El Escorial para la dirección de aquella capilla de las Santas Formas (que fué traza suya) y pintar el cuadro (que decimos en la vida de Claudio, quedó bosquejado), y allí le dió el mal de la muerte, y quedó enterrado en aquel santo Monasterio por el año de mil seiscientos y ochenta y cuatro, y a los setenta y siete de su edad, con poca diferencia*.

* Murió el 2 de mayo de 1685; habría nacido en 1608.

CLXIX.—ALONSO DEL BARCO, PINTOR PAISISTA

Alonso del Barco, natural y vecino de esta Villa de Madrid, fué paisista excelente: tuvo sus principios con José Antolínez; y viendo lo poco que adelantaba en las figuras, se aplicó a los países (que los hacía muy bien su maestro), y aprovechó en ellos de suerte Alonso, que llegó a hacerlos con superior excelencia y manejo; pues sin ver cosa alguna, los hacía de práctica, con tal variedad y hermosura, que causaba admiración; y de su mano hay muchísimos, así en conventos como en casas particulares.

Fué casado, y habiendo muerto su mujer, se vistió de eclesiástico, con ánimo de ordenarse; y ya por falta de congrua, ya por incapacidad natural (de que tenía algún trabajo), no lo pudo conseguir. Y fatigado de flatos, que continuamente le molestaban, y de que siempre se andaba quejando, murió en esta Corte por los años de mil seiscientos y ochenta y cinco, a los cuarenta de su edad, con poca diferencia; y está enterrado en la parroquial de Santa Cruz. Y he tenido noticia cierta que obtuvo (no sé por qué medios) un canonicato de la santa iglesia de Covarrubias, en el Obispado de Burgos; pero murió poco después, sin poder obtener Ordenes mayores.

CLXX.—IGNACIO DE IRIARTE, PINTOR

Ignacio de Iriarte, pintor célebre en países, fué natural de Vizcaya, y tan aplicado a este linaje de pintura, que llegó a ser en Sevilla, a voto de todos los de su tiempo, el único en el manejo y buen gusto de los países; y tanto, que Murillo dijo que Ignacio hacía los países por inspiración divina; que de otro modo parecía imposible hacer lo que hacía, según los varios conceptos y caprichos que se le ofrecían en la ejecución de ellos, de que hay gran número en Sevilla, especialmente en casas particulares, con grande estimación. Murió en dicha Ciudad por el año de mil seiscientos y ochenta y cinco, y a poco más de los cincuenta de su edad.

CLXXI.—DON FRANCISCO DE HERRERA EL MOZO
Arquitecto y Pintor de Su Majestad.

Don Francisco de Herrera (*el Mozo*), hijo del que dijimos de este mismo nombre, a quien llamaron *el Viejo*, fué natural de Se-

villa y discípulo de su padre, a quien imitó en sus principios, con gran propiedad. Y hallándose ya muy adelantado, pasó a Roma, donde estudió con grande aplicación, así en las Academias como en las célebres estatuas y obras eminentes de aquella Ciudad; con que se hizo, no sólo gran pintor, sino consumado arquitecto y perspectiva; y habiéndose aplicado a pintar bodegoncillos, en que tenía gran genio, y especialmente con algunos pescados, hechos por el natural, para hacerse por este camino más señalado y socorrer su necesidad en el desamparo de aquella Corte. Llegó a tan superior excelencia en estas travesuras, que mereció en Roma ser conocido con el nombre de *il Spagnolo degli pexe*; por cuyo medio logró, no sólo la fama, sino la utilidad.

Volvió a Sevilla, su patria, donde hizo algunas pinturas con universal aprobación y admiración; especialmente la del cuadro de San Francisco de Asís, que está en la fachada de la sala capitular de la Cofradía del Santísimo Sacramento, del sagrario de aquella santa iglesia, que es una admirable pintura, y bien extraña en lo caprichoso de luces y sombras, en que fué singularísimo. Hizo también algunos retratos, con singular grandeza y primor; y especialmente el de un francés en traje de cazador, cargando la escopeta, ¡que aseguran los que lo han visto que es un milagro!

Después vino a esta Corte, donde lo primero que hizo fué el cuadro de San Hermenegildo, Rey de España, que está colocado en el altar mayor de la iglesia de los Carmelitas Descalzos *. Y era tan vano nuestro Herrera, que se dejó decir que aquel cuadro se había de poner con clarines y timbales. Cosa que bastó a conciliarle muchos émulos; pero él tenía para todos, porque era de genio muy ardiente y voraz.

Pintó también en este tiempo la bóveda que está sobre el coro de San Felipe el Real, de esta Corte. Cosa cierta en extremo caprichosa y rara; en que se descubre la inquietud y travesura de aquel genio, aunque maltratada del incendio lastimoso del año pasado de 718, fué preciso retocarla de otras manos, aunque por su propio borroncillo.

Consiguió en este tiempo el pintar la cúpula de la capilla de Nuestra Señora de Atocha del Convento de este nombre del Sagrado Orden de Predicadores; porque tratándose de esto, y discutiendo el Señor Felipe Cuarto con Don Sebastián de Herrera, quién

* Hoy, en el Museo del Prado.

la pintaría, le dijo el Rey a Don Sebastián: Me han dicho que hay un pintor de vuestro apellido que tiene habilidad para esto. A que él respondió: Sí, señor, lo hará muy bien. Y en esta conformidad fué elegido para dicha obra; la cual ejecutó con extremado primor, pintando en ella la Asunción de Nuestra Señora, con el apostolado en la barandilla que finge sobre el anillo de la cornisa, recibida sobre muy galante arquitectura de columnas salomónicas; y en el presbiterio y pechinas diferentes medallas y adornos de estuque, con extremado gusto y capricho; que aunque algo de esto se inmutó del anillo abajo, cuando lo prosiguió Lucas Jordán de orden del Rey, todavía quedó lo bastante para descubrir el capricho de la primera invención.

De aquí resultó el hacerle el Rey su pintor; como después el Señor Carlos Segundo le hizo maestro mayor, por muerte de Don Sebastián Herrera. Y en este tiempo ejecutó aquel célebre cuadro de San Vicente Ferrer predicando, que está en la iglesia del Hospital de Aragón, de esta Corte, al lado de la Epístola. Y otra pintura de la Oración del Huerto, que está por remate del retablo del Santo Cristo de las Lluvias en la parroquial de San Pedro. Y también pintó la capilla del sagrario, sita al lado del Evangelio en la iglesia del Noviciado de la Compañía de Jesús de esta Corte. Y últimamente los Sagrados Doctores, y otras pinturas que están en la bóveda y arcos torales de la iglesia de los Agustinos Recoletos de esta Villa; y el Triunfo de la Cruz, en el cerramiento de la bóveda de la capilla de Nuestra Señora de los Siete Dolores, sita en el Colegio de Santo Tomás; y el Salvador de la Puerta del Sagrario, con los dos cuadros grandes de la Pasión de Cristo Señor Nuestro, que están a los lados; que aunque Francisco Ignacio los adelantó por los mismos borroncillos de Herrera, él los acabó y golpeó a su modo en toda forma, como se ve; donde también tiene un peregrino cuadro del Sueño de San José, en la capilla inmediata (que es la de este santo patriarca), en el remate del retablo; que aseguro es de lo más regalado y de buen gusto que he visto suyo. Como también otros dos cuadritos de los dos San Antonios, ¡cosa excelente!, en una capillita obscura, que está en la iglesia del Colegio Imperial, entre las dos capillas del Santo Cristo, y Jesús, María, y es del patriarca San José. Y últimamente, el cuadro de la Concepción Purísima, que está en el Convento de Religiosas de Nuestra Señora de Constantinopla, sobre la capilla del Santo Cristo, junto a la puerta principal de dicha iglesia. Y últimamente, no merecen pasarse

en silencio las preciosas pinturas de un retablo, que está junto al coro del Convento de Religiosas del Corpus Christi en esta Corte, que son San José con el Niño Jesús, mi Señora Santa Ana dando lección a la Virgen, San Agustín con el Niño, cuando le desengañó del Misterio de la Santísima Trinidad, San Martín partiendo la capa con el pobre, y el Salvador del Mundo en la puertecita del sagrario, ¡todas cosa peregrina! Como lo es también un borroncillo de la Cena de Cristo Señor Nuestro, que está en la sacristía de San Justo. Hay un cuadro de Jesús Nazareno caído con la cruz acuestas, y ayudándole el dichoso Cirineo (que está en casa de un aficionado), tan superiormente conducido y observado de luz, que parece de Ticiano. Y, en fin, llegó a merecer nuestro Herrera que el señor Almirante padre colocase una pintura suya (que fué la del samaritano) en la sala que tenía destinada para pinturas de los eminentes españoles.

Tuvo singularísima habilidad nuestro Herrera (como se dijo) para bodegoncillos, de que he visto algunos peregrinos; pero mucho más en las flores, que las hizo con tan frescura, travesura y ligereza, que parece que si se soplan se han de mover. Especialmente hizo un cuadro de cosa de dos varas de alto con una custodia, grandemente puesta en perspectiva, y unos chicuelos, con un festón de flores, como que la quieren adornar; ¡que es un milagro! Hoy para esta preciosa alhaja en poder de los Herederos de Don Antonio de Sotomayor, íntimo amigo de Herrera: como también el mono célebre, que hizo con ocasión de haberle mandado el señor Conde-Duque de Olivares que fuese a ver las pinturas que había en cierta almoneda y eligiese para su excelencia las mejores y se las dejase señaladas. Hízolo así Herrera; pero habiendo ido a verlas el Conde-Duque, las despreció todas o las más; y eligió otras de muy inferior calidad, abominando el mal gusto y elección de Herrera. El cual, abrasado de este vejamen, pintó la sátira de un mono, que hallándose en un vergel de flores, y junto a él unas rosas muy bellas, eligió un alcarcil de jumento, con el cual estaba muy gozoso. Hízolo con ánimo de presentárselo a dicho señor; pero el Don Antonio de Sotomayor, su amigo, que era más prudente, le representó las malas consecuencias que de ahí se podían seguir, y lo eligió para sí regalándole con cosa equivalente.

¡Tal era su genio de satírico y diabólico! Y así era menester mucho cuidado para tratar con él, porque de todo se escocía y siempre hablaba satirizando y con misterio; recelándose de los demás

y juzgando que le trataban con doblez y con simulada intención. Y así en Atocha puso en los pendientes de estuco un lagarto mordiendo el rótulo donde está su nombre, y un chicuelo riéndose y haciendo higas. En el cuadro de San Vicente del Hospital de Aragón puso un perro royendo una quijada de asno y otro muchacho haciendo la higa. En otras partes, un ratón royendo el papelillo donde está su nombre. Y es el caso que él sabía por su mordacidad que merecía le hiciesen merced alguna; y así se curaba en salud.

Tuvo muchos cuentos con Carreño, y especialmente por haberle el Señor Carlos Segundo encomendado a éste la dirección de la célebre estatua del San Lorenzo de plata, que se colocó en la iglesia de este santo, en El Escorial, en la Capilla de las Reliquias del colateral de la Epístola; en que intervino también Don Francisco Filipín, hombre de agudo ingenio, relojero de Su Majestad y su Ayuda de la Furriera (que murió siendo aposentador de la Reina), o ya fuese esto por especial inclinación que el Rey tuviese a estos sujetos, o por hallarse Herrera (al tiempo que se trató la erección de esta figura) en Zaragoza, para la traza y disposición de aquel sagrado templo, que hoy se está concluyendo. Pero habiendo venido y sabiendo lo que pasaba en este particular, y creyendo que por maestro mayor y pintor del Rey debiera tocarle esta incumbencia a su regalía, los abrasaba a los dos cada día con papelones satíricos; a que nunca respondía Carreño ni hacía caso, diciendo con su acostumbrada paz y prudencia que no podía creer de su compañero semejantes cosas: que sin duda, alguno que le quería mal le levantaba aquellos testimonios, introduciendo en su nombre aquellos papales.

Especialmente uno, que se halló estando yo en el Obrador de Palacio (lo cual sentí mucho, porque a no estar yo tan bien opinado con Carreño pudiera presumir que lo había dejado caer), y el título era de *Turibio ramplon de Piquineli*, mozo de trabajo, que suponía ser criado de Herrera, y que hablaba con otro paisano suyo, apasionado de Carreño. Aludiendo a éste en lo de *Turibio* por lo asturiano, y en lo *ramplon*, por no ser de tan pulidos pies como Herrera presumía. Y en lo de *Piquineli*, aludiendo a *Filipini*, que era italiano. Y en este tal papel le iba buscando la vida a cada uno, y sus principios y flaquezas; y últimamente concluía diciendo: que su amo con los ojos vendados le enseñaría a pintal a él y a todos cuantos había en España y fuera de ella; y que si esto no bastase, que a leñazos, por vida del jijo de &c. tan atroz era, y tan voraz

como todo esto! Confieso que yo entonces con mis pocos años y por subsanar el escrúpulo que pudiese haber, le ofrecí a Carreño responder a este papel; pero su mucha modestia y prudencia no me lo consintió, dándome en todo buen ejemplo, cuanto escandalizándome lo espinoso de aquel natural de Herrera, por cuya causa yo (aunque paisano), nunca le comuniqué.

La lástima fué (prescindiendo de su natural) que pintó pocas cosas, porque la ocupación de Maestro Mayor, con el trazar y asistir diferentes obras reales y particulares, junto con el servir la plaza de la Furriera, le tiranizaba el tiempo que había menester para la Pintura; de la cual solía decir alguna vez, afectando modestia: *El diablo tiene esta Pintura en el cuerpo! Porque si he querido ser Geometra, lo he conseguido; si Arithmetico tambien; si Arquitecto lo mismo: y en este diablo de la Pintura, con tanto como me he desvelado en ella, voto á N. que aun no sé dibujar un ojo.*

Solían preguntarle algunos amigos si tenía mucho que pintar? Y él respondía (cuando estaba de humor): ahí me entretengo en pintar algunas corozas para que cuando vayan los amigos se las prueben y cada uno se lleve la que le viniere mejor. Pasó un día por su puerta Don Francisco Pérez (de quien haremos mención) (que había sido su compañero en Roma). Viólo en su zaguán con una jaquetilla blanca y un birrete colorado (que era Verano), y como era andaluz y tenía el pelillo amoriscado, díjole Pérez a otro amigo que iba con él: ¡Mira qué Arraez de Galera! Y respondióle él tan aprisa: Y tú pareces Forzado de la Chusma. Y era fiesta oír a los dos, porque no se quedaban a deber nada; y cada uno, en el genio, era peor que el otro.

Murió en fin por el mes de junio de 1685 años, a los sesenta y tres de su edad, con gran sentimiento de toda la Corte; y especialmente de los artífices, que todos le amaban, por su grande ingenio y habilidad. Hallóse Carreño en su entierro en la Parroquia de San Pedro, y le dijo a un su amigo: *Esto no es mas que llevarnos un poco de delantera*; y así fué, pues él murió a tres de octubre de aquel mismo año.

Fué grandísimo arquitecto, y así hizo repetidas trazas para retablos y otras obras de arquitectura que hoy las estiman los artífices como una joya. Y era de tan agudo y vivaz ingenio, que en algunas cosas que disputaba con hombres doctos (sin haber él estudiado), los hacía titubear. Y además de esto fué muy guapo, bizarro y galante.

CLXXII.—*DON JUAN CARREÑO, PINTOR DE CAMARA
del Señor Carlos Segundo.*

Don Juan Carreño de Miranda, vecino de esta Villa de Madrid y natural de la de Avilés, en el Principado de Asturias, nació año de 1614 a 25 de marzo; fué hijo de Juan Carreño de Miranda y de su mujer Doña Catalina Fernández Bermúdez, naturales del Concejo de Carreño, en dicho Principado; y nieto de Alvaro Meléndez de Prendes Carreño y de su consorte Doña Lucía de Miranda; y por parte de madre, nieto de Albar Fernández Bermúdez y de Doña María de la Pola Quirós y Valdés, su legítima mujer; todos nobles Hijosdalgo, descendientes de las ilustres y antiguas familias de las Asturias de Oviedo, como consta por papeles auténticos que vi en poder de dicho Don Juan Carreño; cuyo padre fué Alcalde de los Hijosdalgo en la Villa de Avilés, de donde vino a esta Corte en seguimiento de algunos pleitos, ya viudo, con su hijo de edad de once años; el cual, siendo de vivo ingenio y naturalmente inclinado a la Pintura, contra la voluntad de su padre, quiso aprender el Arte y se fué a la Escuela de Pedro de las Cuevas, donde acudían hijos de padres muy honrados; debajo de cuya educación aprendió a dibujar y continuó en el colorido con Bartolomé Román; y prosiguiendo en sus estudios, cuando llegó a edad de veinte años, dió muestras en las Academias de esta Corte de su habilidad y aprovechamiento; de que dan testimonio algunas pinturas de este tiempo, que tiene en el Claustro de Doña María de Aragón y en el de el Convento del Rosario.

Fuesse haciendo lugar y ganando opinión; y al paso que iban saliendo a luz sus obras de pintura, crecían los aplausos, con los cuales animado, se igualó con su grande aplicación y desvelo con los mayores artífices de su tiempo, como lo están publicando las muchas y famosas obras que hay dentro y fuera de Madrid, de su excelente pincel.

A el óleo hizo obras maravillosas: la Santa María Magdalena Penitente en el Desierto, que está en un altar colateral del Convento de las Recogidas, en un lienzo de tres varas castellanas de alto, y dos de ancho, es de su excelente mano. Y otra también, que hizo para el señor Almirante de Castilla, para la Sala de los Eminentés Españoles, nada inferior a la antecedente.

Fué electo Alcalde de Hijosdalgo de la villa de Avilés (de

donde era natural) el año de 1657. Y en el de 1658 salió por Fiel de esta villa de Madrid, por el Estado Noble. Y viéndole un día Don Diego Velázquez en esta ocupación, compadecido de que emplease el tiempo en cosa que no fuese de la Pintura, le dijo le había menester para el servicio de Su Majestad en la pintura que se trataba de hacer en el Salón grande de los Espejos en este Palacio de Madrid, donde ejecutó al fresco la Fragua de Vulcano, cuando hizo aquella hermosa estatua, que le mandó Júpiter, a quien se la está mostrando; y también los Desposorios de Pandora (que éste fué su nombre) con Epimetheo, que por haberle sobreenido a Carreño una grave enfermedad, lo acabó Rici; y después de algunos años, habiéndose ofrecido reparar en el techo algunos daños, que causó una grande lluvia, para lo cual se hicieron andamios, volvió Carreño a pintar toda esta Historia al óleo, con singular belleza y magisterio; pero desde aquella primera entrada, le hizo el Rey merced de su pintor.

A esto se siguió la pintura al fresco, que ejecutó en compañía de Rici en la cúpula de San Antonio de los Portugueses, donde hizo toda la historia de la bóveda, y las figuras del recinto, ¡cosa superior! También la cúpula del Ochavo, y camarín de Nuestra Señora del Sagrario en la Santa Iglesia de Toledo, y el célebre monumento, que pintaron los dos en dicha Santa Iglesia. Es también de su mano un San Sebastián, que está en la capilla de Don Sebastián de Agramón, en el convento de Religiosas Bernardas de las Vallecas de esta Corte, y un cuadrito de Concepción que está en el remate del Retablo. También es obra suya una pintura de Jesús, María y José, que está en la iglesia del Convento de Monjes Benitos, Advocación de San Martín, en un altar colateral de la capilla del Santo Cristo; este lienzo es de tres varas y media de alto en medio punto, y el colorido es muy celebrado de todos los pintores, por ser cosa superior. Son también de su mano (aunque más a los principios) los dos cuadros de los colaterales de la iglesia del Caballero de Gracia, que son de San Francisco y San Antonio predicando, uno a las aves y otro a los peces. También es de su mano un cuadrito de San Hermenegildo que está en la iglesia de San Ildefonso, junto a la Sacristía. Pintó también un San Antonio de Padua para la capilla que tiene en el convento de las Capuchinas de esta Corte Don Miguel de Salamanca, Consejero que fué de la Real Hacienda; y en la misma iglesia, junto a la puerta, a la derecha, hay otra pintura del Santísimo Cristo de los

Dolores, de su mano. Y también un cuadro bellissimo de la Concepción de Nuestra Señora, que está en el costado de la iglesia parroquial de San Ginés, al lado de la Epístola, junto a la capilla de San Jerónimo, ¡cosa superior! Como también lo es otro de Jesús Nazareno que está a un lado de la iglesia de la Magdalena, convento de Religiosas en Alcalá de Henares, ¡cosa ternissima! Y asimesmo tiene en las Carmelitas Descalzas de dicha ciudad un célebre cuadro del Martirio del Apóstol San Andrés, con el cual sucedió un gracioso cuento, y fué: Que a un pintor de muy corta habilidad de aquella era (llamado Gregorio Vtande) le mandaron hacer aquel cuadro; hízolo, como supo, y pidió por él cien ducados; pareció demasiado precio a los dueños de la obra, y después de varios debates, se convino Vtande en traerlo a Madrid, y que ellos nombrasen quien lo tasara. Convenidos en esto, vino a Madrid a toda prisa nuestro Gegorio con su lienzo y una cantarilla de miel, la cual entregó a Carreño para paladearle, pidiéndole que se sirviese de retocarle aquel cuadro, sin manifestarle el motivo. Carreño, con su gran bondad, y honrado genio, lo hizo tan bien, que todo el cuadro lo revolvió de arriba abajo, porque otro retoque no tenía. En esto nombraron los dueños por tasadores a Carreño y a Don Sebastián de Herrera. Carreño, que no se podía descubrir, calló; y llegando el caso, dijo que él no podía tasar aquel cuadro porque el que lo había hecho era muy íntimo amigo suyo, y no quería parecer apasionado; y así se conformaría con lo que dijese su compañero. Herrera, que conoció la casta y supo el cuento, tasólo en docientos ducados; los cuales, o poco menos, le dieron por el cuadro al buen Vtande; pero a los tasadores sólo les dió las gracias de palabra, sin que al pobre Carreño, que lo había trabajado, le valiese más que la dichosa cantarilla de miel, del cual supe yo todo este cuento a la letra, que lo contaba con mil gracias; y es tan notorio en Alcalá, que todos los del Arte y aficionados le llaman a aquella pintura: *El cuadro de la cantarilla de miel*.

También es obra suya la pintura del retablo principal de San Luis Obispo, del convento de Descalzos Franciscos de la villa de Paracuellos, del tamaño del natural: tiene tres varas y media de alto; y lo son también los dos cuadritos de San Antonio y San Pascual Bailón del remate de los colaterales. Son de su mano también los dos eminentes cuadros de los colaterales de la parroquial de San Juan de esta Corte; el uno del Bautismo de Cristo Señor

Nuestro por San Juan, y el otro de la Cabeza del Bautista, presentada por Herodias en la mesa de Herodes. También lo son otros dos de la célebre capilla de San Isidro Labrador, que están al lado de la Epístola; el uno del milagro que este santo obró con su amo Iván de Bargas en aquellos Cerros de Manzanares, cuando le pidió agua e hizo brotar aquella milagrosa fuente, que hoy permanece en gran beneficio de los devotos, que acuden a usar de sus raudales, para medicina de muchas dolencias. Y el otro, cuando habiéndole manifestado el cuerpo del santo al Rey Don Alonso el Octavo, conoció ser aquel el pastor que le había guiado por las montañas de las Navas de Tolosa, para el logro de aquella gran victoria, a cuya vista enmudece toda alabanza, acogiéndose a la admiración. También es de su mano el cuadro de mi Señora Santa Ana, que está en el remate del retablo principal de las Carmelitas Descalzas de esta Corte*; y asimesmo el de la Calle de la Amargura (copia del de Rafael, que está en Palacio) y la copia en dicho retablo **.

Son también de su mano otras pinturas de la Vida de Cristo Señor Nuestro, que están en el convento de Capuchinos de Segovia, en la capilla de Don Antonio Ruiz de Contreras. Y en el convento de Predicadores, en la ante-capilla de la Gruta del glorioso Patriarca Santo Domingo en dicha ciudad, sobre las puertas laterales del retablo, están dos cuadros suyos, el uno de Santo Domingo con la Virgen del Rosario, y el otro de Santo Tomás, cuando se le aparecieron San Pedro y San Pablo a explicarle aquel lugar de Isaías. También hizo el célebre cuadro para el convento de Trinitarios de la ciudad de Pamplona, del Instituto Misterioso de esta Religión Sagrada, donde se apuran todos los primores del Arte; pues aun el borroncillo, que hoy está en poder de un discípulo suyo, es una admiración. En que es de notar que cuando los Religiosos vieron el cuadro de cerca, lo abominaron de suerte que no lo querían recibir; y si no hubiera sido por la aprobación de Vicente Berdusan (pintor de crédito en aquella tierra), no lo hubieran admitido. ¡Oh, qué desgraciados son los primores del Arte en algunas Comunidades! *Qui habet aures audiendi, audiat.*

Hizo también las pinturas para la capilla de San Pascual Bailón en la iglesia de San Gil de esta Corte, y otro cuadro grande de

* Probablemente el n.º 651 del Museo del Prado.

** En la Academia de San Fernando.

San Buenaventura, para otro convento de la Orden; un San Miguel Arcángel en un cuadro de a vara, que tenía en grande estimación el Conde de Peñaranda Don Gaspar de Bracamonte; y una Santa Isabel Reina de Portugal, que está en Peñaranda, donde tiene su Entierro el Conde; y dos cuadros que hoy están en la ante-sacristía de la capilla de la Venerable Orden Tercera de esta Corte, el uno de la Encarnación del Hijo de Dios, y el otro del Desposorio de Santa Catalina, ¡cosa superior! También lo es otro cuadro de Nuestra Señora del Carmen, con la turba de los fieles debajo de su manto, que está en la parroquial de la Almeida, lugar del partido de Sayago. Hizo también una Asunción de Nuestra Señora para el retablo del Altar Mayor de la iglesia parroquial de Alcorcón, villa que está dos leguas de esta Corte; el lienzo es de cuatro varas en alto, y en él están también los doce Apóstoles, de la estatura del natural, admirándose de la maravillosa Asunción de la Reina de los Angeles al Cielo. Otro del mismo assumpto está en la iglesia parroquial de la villa de Orgaz (cinco leguas de Toledo) con otra pintura de la Incredulidad de Santo Tomás, que uno y otro dicen ser de su mano.

Pintó en el Colegio de Atocha, convento de Religiosos Dominicos de esta villa de Madrid, en el techo de la iglesia, un cuadro del sueño del Papa Honorio Tercero, cuando se trataba de la Confirmación de la Regla del glorioso Patriarca Santo Domingo de Guzmán, y el glorioso y seráfico Padre San Francisco de Asís: cayéndose el templo de San Juan de Letrán y teniéndole estos dos bienaventurados Patriarcas. Es obra de gran perspectiva, y en mi opinión, una de las mejores que este artífice hizo; por la cual dijo Miguel Colona, preguntándole el Rey nuestros Señor Felipe Quarto, que quién era en su concepto el mejor pintor de la Corte: *Que quel que aveva fatto la testa de la Domenica*, porque a la verdad la cabeza del Pontífice es un pasmo, y por ella definió toda la pintura, según el estilo de Italia, que dicen: *Fa una buona testa, e vistela de un costalo*. Pintó también al fresco, en compañía de Ricci, gran parte del camarín de Nuestra Señora de Atocha.

Y últimamente le hizo el Señor Carlos Segundo su pintor de Cámara, y Ayuda de Aposentador, por muerte de Don Sebastián de Herrera; en cuyo empleo grangeó en extremo la gracia de Su Majestad, y tanto, que en la menor edad, retratándole en presencia de la Reina Nuestra Señora, su madre, dijo Su Majestad cómo había conocido diferentes pintores de Cámara, y a Velázquez, que

había sido del Hábito de Santiago; y entonces dijo el Rey: Y tú, Carreño, ¿de qué Hábito eres? Y él respondió: Yo, Señor, no tengo más hábito que el ser criado de V. Majestad. ¿Pues por qué no te le pones? (replicó el Rey, con la sencillez de aquella edad). Y dijo el Almirante Padre (que estaba presente): ya se le pondrá, Señor; y pareciéndole a el Almirante que esta era merced redonda, le envió a Carreño una Venera muy rica de su Hábito (que era de Santiago) diciendo, que ya que se había de poner el Hábito, por la merced que Su Majestad le había hecho, que se holgaría fuese del suyo. A que respondió Carreño (después de estimar la honra que le hacía el Almirante), que él no había menester más hábito que la honra de criado de Su Majestad; y instado de algunos amigos, diciéndole que, siquiera por dar ese honor a la Pintura se lo pudiese, respondía: *Que la Pintura no necesitaba, de que nadie la diese honores; que ella era capaz de darlos a todo el mundo* (no lo entienden todos así), y de aquí no había quien le sacase, ¡tan modesto y humilde era su natural!

Ejerció con grande aprobación la plaza de pintor de Cámara; hizo muchos y excelentes retratos, así de Sus Majestades como del Señor Don Juan de Austria; de Don Fernando Valenzuela, del señor Patriarca Benavides, del Señor Cardenal Nuncio Don Sabo Milini, y del Moscovita, Embajador, que estuvo aquí por el año de 1682 (que hoy está colocado en el Palacio de la Zarzuela), y de otros personajes, como también de algunas sabandijas de Palacio, que están en la Galería del Cierzo del cuarto del Rey; y la Monstrua, que trajeron por el año de 80, que por ser gruesísima y pequeña, hizo de ella un Dios Baco, de que se sacaron muchas copias, que él retocó. Y últimamente hizo aquel célebre retrato armado del Señor Carlos Segundo, para enviar a Francia, cuando se trató el primer casamiento de Su Majestad con la Serenísima Reina Doña María Luisa de Orleans. Y todos tan parecidos, que era una maravilla además de aquel soberano gusto, que le dió el Cielo, en una tinta entre Ticiano y Vandic, que igualándose a los dos, era superior a cada uno; y al mismo tiempo tan modesto, e ingenuo, que de cualquiera admitía la corrección, y enmendaba lo que le advertían; de suerte, que ya era nimio en esto: pues a veces borraba cosas que era lástima; no contentándose con enmendar, sino con borrar. Y en prueba de su gran modestia, me hallé yo un día con nuestro Carreño en casa de Don Pedro de Arce (Regidor, que fué de esta Villa de Madrid), donde vimos, entre otras cosas,

una copia muy indigna del célebre cuadro de la Santa Margarita, de mano de Ticiano, que está en Palacio; y abominándola mucho los que la veíamos, dijo Carreño: Pues para que ninguno desconfie de aprovechar, sepan ustedes que este cuadro es de mi mano en mis principios. ¡Tanta era su ingenuidad y modestia!

Dejó bosquejado aquel célebre cuadro del Santo Rey Don Fernando, que acabó Jordán para la capilla de las Once mil Vírgenes, en la iglesia del Escorial. Imágenes de Concepción hizo maravillosas, y otros cuadros de diferentes historias; y especialmente uno, que yo he visto del Martirio de San Bartolomé, ¡cosa de superior gusto! Y de la misma suerte, que era amable y dulce su pintura, lo era también su genio y su trato apacible, prudente y enemigo de discordias. Bien lo manifestó en los tropiezos que tuvo con Don Francisco de Herrera sobre la erección de la estatua de San Lorenzo, de plata, para el Escorial, que de orden del Rey estuvo a la dirección de Carreño, de que hacemos mención en la vida de Herrera.

La última pintura que hizo Carreño fué un *Ecce Homo* para Pedro de la Abadía, muy amante de la Pintura, y que tenía otras muchas excelentes de Carreño. Y también hizo un San Miguel para el Real Consejo de Hacienda, pero no quedó del todo concluído, aunque ya muy a los fines; y lo acabó un discípulo suyo, a instancia de la Señora Viuda Doña María de Medina, por cumplir con el Consejo.

Murió últimamente por el mes de septiembre * del año de mil seiscientos y ochenta y cinco, y a los setenta y dos de su edad. Yo le ví expirar, a cuyo tiempo arrojó una postema por la boca, ¡que en los que frecuentan los palacios, con la modestia que Carreño, no es maravilla se fragüen postemas de muchas cosas que no se pueden digerir! Su cuerpo está sepultado en la bóveda del Real Convento de San Gil. El Rey sintió mucho su muerte, porque hacía grande estimación de su persona, por su ingenuidad, modestia y bondad, además de su eminente habilidad. Gonzaba, por privilegio de su Casa, el vestido del Rey del día de Jueves Santo (como dijimos en el tomo primero) y otras mercedes, que se continuaron en Doña María de Medina, su esposa.

* El 3 de octubre.

CLXXIII.—DON BARTOLOME MURILLO, PINTOR

Don Bartolomé Estevan Murillo fué natural de la Villa de Pilas, que dista cinco leguas de Sevilla, y de familia muy ilustre y conocida en aquella tierra, y bien proveída de los bienes de fortuna. Nació año de 1613 *, y a su tiempo pasó a Sevilla a estudiar el Arte de la Pintura, y lo consiguió en la Escuela de Juan del Castillo (tío suyo, y natural de ella), y después de haber aprendido, lo que bastaba, para mantenerse pintando de feria (lo cual entonces prevalecía mucho), hizo una partida de pinturas para cargazón de Indias; y habiendo por este medio adquirido un pedazo de caudal, pasó a Madrid, donde con la protección de Velázquez, su paisano (pintor de Cámara entonces), vió repetidas veces las eminentes pinturas de Palacio y del Escorial, y otros Sitios Reales, y casas de señores, y copió muchas de Ticiano, Rubens y Vandic, en que mejoró mucho la casta del colorido, no descuidándose en el dibujo por las estatuas y en las academias de esta Corte; y más con la corrección, y gran manera de Velázquez, cuya comunicación le importó mucho.

Volvió a Sevilla, donde estudiando por el natural (según la práctica, que había observado en Velázquez, como se ve en sus primeras obras), comenzó a sacar algunas pinturas al público; y como antes no era conocido, todos las admiraban y ninguno las conocía, hasta que se fué divulgando el crédito del autor, y como no sabían su historia, ni la observaron, por no haber sido antes hombre de señalada opinión en el Arte, decían que se había estado encerrado todo aquel tiempo en su casa estudiando por el natural y que de esa suerte había adquirido la habilidad; y así lo oí yo decir a pintores en mis primeros años.

Pintó entonces aquel célebre Claustro del Convento de San Francisco, que está junto a la portería, en el cual se nota una fuerza de claro y oscuro tan diferente de lo que practicó después, que si no fuera tan notorio ser suyo, apenas habría quien lo conociese. Hízolo todo por el natural, conservando todavía las especies de lo que había visto y estudiado. Y aunque algunos autores extranjeros (como Joachin de Sandrart y otro italiano) han dicho que pasó a las Indias cuando mozo y después a Italia, estu-

* No; fué bautizado el 1.º de enero de 1618, y en Sevilla.

vieron mal informados; pues con exacta diligencia he investigado este punto de sujetos muy ancianos y de toda excepción, íntimos suyos, y tal cosa no hubo; sí sólo la venida a Madrid. Ni es creíble que en su Patria, ni en los sujetos más íntimos que le trataron, se ignorase este punto, cuando en hombres tan señalados aun los átomos más mínimos se observan. Pero quien es cierto que pasó a Indias fué su hijo Don Joseph Murillo, sujeto de grande habilidad en la Pintura y de mayores esperanzas, y allá murió bien mozo. Ni es tan antiguo nuestro Murillo que se pueda presumir que el transcurso del tiempo haya podido obscurecer esta noticia, pues yo le alcancé cerca de treinta años, y aunque no le traté, le conocí, y traté muchos sujetos familiares suyos, y que contaban toda la serie de sus fortunas. Y es el caso que los extranjeros no quieren conceder en esta Arte el laurel de la fama a ningún español si no ha pasado por las aduanas de la Italia: Sin advertir que la Italia se ha transferido a España en las estatuas, pinturas eminentes, estampas y libros; y que el estudio del natural (con estos antecedentes) en todas partes abunda: Además de los hombres insignes que han venido de allá y nos han dejado aquí su escuela y sus obras, desde el tiempo del Señor Felipe Segundo hasta el presente; junto con los españoles que han pasado a Italia y han venido instruídos de allá.

Después de la obra de dicho Claustro (o por fuerza de su destino o por lisonjear el aplauso popular) dió Murillo en endulzar más la tinta y aflojar los oscuros; pero con tan extremado gusto que en esta parte ninguno de los naturales ni extranjeros le aventajó. Y así hoy día, fuera de España, se estima un cuadro de Murillo más que uno de Ticiano ni de Vandic. Tanto puede la lisonja del colorido para granjear el Aura popular! Que verdaderamente los hombres que han logrado los mayores aplausos no es porque han sido los mayores dibujantes, que esos logran su merecido crédito en los profesores, sino los que han sobrepujado en el buen gusto del colorido. Pues no podemos negar que Micael Angel, Rafael, Aníbal y toda la escuela de los Carachels * (sin faltarles lo esencial del colorido), dibujaron más que Ticiano, Rubens, Vandic, Corezo y nuestro Murillo; pero en medio de todo, éstos se alzaron con el aplauso popular: porque aquella superior excelencia de lo más acendrado y transcendental del dibujo, el vulgo no lo pe-

* Sic por Carracci.

netra. Y como en éstos no faltaba en lo substancial, y por otra parte excedían en la belleza atractiva del colorido, arrastraban tras sí el común aplauso del vulgo, que excede incomparablemente a todo el cúmulo de los artífices.

¡Bien lo acreditan las obras que en esta Corte alcanzamos de nuestro Murillo! Una bellísima Imagen de cuerpo entero, del natural, con su Hijo Santísimo Niño en el regazo, tiene hoy el Marqués de Santiago, que embelesa y encanta su dulzura y atractiva belleza! Otra tiene del mismo tamaño, y por diferente camino, Don Juan Bautista Olabarrieta, que no se sabe cuál es más aventajada. Otra de más de medio cuerpo, también de Nuestra Señora con el Niño, tiene Don Francisco de Herrera, ¡que es un encanto! Fuera de éstas tiene otros cinco cuadros, de a tres varas de largo y dos de ancho, Don Francisco Artier, que fueron de Don Juan Francisco Eminenté, que cada cual es una admiración. El uno es apaisado, de una Gloria de Angelitos, travesando con varias flores en diferentes actitudes, que verdaderamente es una gloria el verlo. El otro es a lo alto, del glorioso Patriarca San José, con el Niño Jesús de la mano, y arribá un rompimiento de Gloria. Los otros tres son de San Francisco de Asís, San Francisco de Paula y San Francisco Javier, que cada uno por su camino es una admiración. Sin otras muchas, que hay en poder de diferentes aficionados. Y otra del Patriarca San José, de medio cuerpo, con el Niño Jesús, que está en la iglesia del Carmen Calzado, en la capilla de mi Señora Santa Ana.

En Sevilla (que podemos decir *su Patria*, por haberse criado y vivido allí) tiene muchas y soberanas pinturas, como lo acredita en la capilla de la Pila del Bautismo de aquella Santa Iglesia el grande y célebre cuadro del Milagroso Paduano, experimentando el repetido, cuanto soberano favor del Niño Dios, con grande acompañamiento de Gloria y un pedazo de templo de bien dirigida perspectiva, y a un lado un bufete, puesto con tal arte, que ha habido quien depusiese haber visto un pajarillo trabajar por asentarse en él, para picar las azucenas que están en una jarra.

No son menos recomendables las dos efigies de los dos Santos Hermanos Leandro e Isidoro, Arzobispos de aquella gran Metrópoli, hechas de mano de nuestro Murillo, con singular viveza y perfección, que están en dicha Santa Iglesia. Como también el maravilloso cuadro de la Concepción Purísima, con admirable tropa de ángeles y rompimiento de Gloria, y asimesmo el Nacimiento de

esta Divina Aurora; y otro cuadro de Concepción en los Venerables Sacerdotes, que todos acreditan la eminencia del pincel de tan superior artífice.

No dan menor testimonio de su ventajosa habilidad los mudos panegíricos de los diez y seis lienzos de la iglesia de los Capuchinos de dicha ciudad, todos muy grandes, y verdaderamente grandes lienzos. Y especialmente uno, que él llamaba *Su Lienzo*, que es de Santo Tomás de Villanueva, dando limosna a los pobres, donde está uno de espaldas recibéndola, que parece verdad. En el Altar Mayor tiene el del Jubileo de la Porciúncula, de más de seis varas de alto, que verdaderamente parece estar allí la gloria, porque está Jesus Cristo con la Cruz, mirando a su Madre Santísima a la mano derecha, intercediendo por aquel gran beneficio de los mortales, y tanta diversidad y hermosura de ángeles, que cuando lo vieron los pintores dijeron que hasta entonces no habían sabido qué cosa era Pintura, ni colocar un cuadro en aquella distancia.

No son menos penegiristas de su alabanza los cuadros de la iglesia de la Caridad de dicha ciudad, donde está uno de San Juan de Dios con un pobre acuestas, y un ángel que le alivia el peso, a cuyo beneficio vuelve la cara el Santo, con tal admiración, que disculpa la de todos los que le admiran. Tiene allí otro de Santa Isabel Reina de Hungría, donde hay un pobrecillo tiñoso que le están quitando el casquete de la cabeza y él encogiéndose de hombros y haciendo tal gesto con el dolor, que verdaderamente se echa menos el chillido, porque todo lo demás se halla. Otros dos lienzos grandes tiene allí, el uno de Moisés, cuando hirió la peña para satisfacer la sed del Pueblo de Dios, y el otro del estupendo milagro de panes y peces, donde es tanta la multitud de figuras y la diversidad de trajes, afectos y edades, que no se sabe a cuál de los dos darle la ventaja; y a este tenor son todos los demás, de suerte, que cualquiera aficionado o profesor del Arte que allí entra se queda tan absorto que en muy gran rato no vuelve en sí, ni acierta a hablar palabra. Hizo también para Cádiz muchas pinturas, especialmente de la Concepción Purísima. Y en lo público es muy señalada la del Altar Mayor de la iglesia de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri, y por cada una le daban cien doblones, siendo de dos varas y media. Y en casa del Marqués del Pedroso hay otro cuadro grande de cerca de seis varas,

donde están Jesús, María y José y arriba el Padre Eterno y el Espíritu Santo, con un pedazo de Gloria ¡que es una admiración!

Para casas particulares hizo también muchos cuadros; pero hoy han quedado muy pocos, porque los extranjeros se han aprovechado de la ocasión, que ofrece la calamidad de los tiempos, para irlos sacando de España. También hay en Granada un buen Pastor Niño en la puerta del Sagrario del convento de Religiosas del Angel, ¡cosa maravillosa! Como lo es también una lámina pequeña de la Concepción, que está en la Celda Prioral del Monasterio de la Cartuja de aquella ciudad. En Córdoba también hay algunas, aunque un cuadro de Concepción, que está debajo del Coro del Convento de la Victoria, que dicen ser suyo, no lo tengo por original. En retratos fué también eminente, como lo testifica el de Don Faustino de Nebes *, Canónigo de Sevilla, que por su muerte lo dejó en los Venerables, que es extremo de lo parecido y bien pintado. Pero sobre todo, a una perrilla inglesa, que tiene junto a sí, la suelen ladrar los perros, y ella parece que los quiere embestir, y se extraña que no les ladre, según parece estar viva. Hizo también su retrato a instancia de sus hijos (¡cosa maravillosa!), el cual está abierto en estampa en Flandes por Nicolás Amazurino, y otro de golilla quedó en poder de Don Gaspar Murillo, hijo suyo.

Fué últimamente nuestro Murillo, no sólo favorecido del Cielo por la eminencia de su habilidad, sino por los dotes de naturaleza: de buena persona y amable trato, humilde y modesto, tanto, que no se desdeñaba de tomar corrección de cualquiera. Y así en el célebre cuadro de San Antonio (que dijimos estar en aquella Santa Iglesia) dicen se valió de Valdés para la perspectiva del templo y del bufete. Cosa que para Murillo fué un elogio de modestia grande: cuanto para Valdés un desmesurado supuesto de vanidad. Supe, recién venido a esta Corte, que por el año de 670 se había puesto en público el día de *Corpus Christi* un cuadro de Concepción de mano de Murillo, que pasmó a Madrid. Y habiéndolo visto el Señor Carlos Segundo, y sabiendo de qué mano era, insinuó tener voluntad de ocupar en su servicio al artífice: cuya insinuación (que no sé que fuese orden expresa) se participó a Don Francisco Eminente (gran protector de nuestro Murillo y quien fomentó esta tentativa, por lo que deseaba sus aumentos), y habiéndoselo par-

* Justino de Neve.

ticipado a Murillo, respondió con la debida estimación a tanta honra, pero que se hallaba ya en edad mayor, imposibilitado de servir a Su Majestad. Y precisado Eminente de enviar al Rey alguna cosa de mano de Murillo (el cual pedía mucho término para ejecutarla, por su grande desconfianza), le envió Eminente a Su Majestad un San Juan en el Desierto, de mano de Murillo, que le compró de Don Juan Antonio del Castillo en dos mil y quinientos reales de plata. Nada de esto hace repugnancia en los méritos de nuestro Murillo: Sólo se me hace duro el ser en la menor edad del Señor Carlos Segundo, que entonces apenas tendría diez años; pero basta que fuese insinuado por alguno de los magnates de su Gobierno. Lo cierto es que yo oí decir en aquel tiempo que el Rey le había llamado para su pintor, y que él se excusó con el motivo de su edad, aunque ésta verdaderamente no era tanta, como su mucha modestia y cortedad; que hay genios tan recoletos que en el retiro de su estudio harán milagros, y en público se hallan con las manos atadas, por su mucha desconfianza, que a veces es sumamente perjudicial.

Fué también nuestro Murillo tan honesto, que podemos decir, que de pura honestidad se murió: pues estando subido en un andamio, para pintar un cuadro muy grande de Santa Catalina, que hacía para el Convento de Capuchinos de la Ciudad de Cádiz, tropezó al subir del andamio; y con ocasión de estar él relajado, se le salieron los intestinos, y por no manifestar su flaqueza ni dexarse reconocer, por su mucha honestidad, se vino a morir de tan inopinado accidente el año de 1685*, a los sesenta y dos, poco más, de su edad. Y era hombre tan desinteresado, que habiendo hecho tantas y tan eminentes obras, cuando murió no le hallaron en dinero mas que cien reales, que había tomado el día antes, y sesenta pesos en una gaveta.

Pero tuvo en vida tanta estimación, que casó una hermana suya (Doña Tomasa Josepha Murillo) con Don Joseph de Beitia, que fué Secretario del Despacho Universal) (*que aunque en el Primer Tomo diximos que fué hija suya, fué incierta noticia*); por cuyo medio, y sus muchos méritos, consiguió también Don Gaspar Murillo, su hijo, una Canongía en aquella Santa Iglesia de Sevilla, además de un gran Beneficio, que tenía en Carmona; y

* El 3 de abril de 1682.

su hermano Don Joseph logró por los influxos de su padre otro gran Beneficio, que le valía más de tres mil ducados cada año.

No es de omitir la célebre habilidad que tuvo nuestro Murillo para los países que se ofrecían en sus Historias. Y assi sucedió que el Marqués de Villa-Manrique determinó hacer un juego de Historias de la Vida de David, de mano de Murillo, y que los países fuesen de Ignacio Iriarte (que los hacía muy bien, como ya diximos); Murillo decía que Ignacio hiciese los países, y él después acomodaría las figuras. El otro decía que Murillo hiciese las figuras, y él les acomodaría los países. Murillo enfadado de estos debates, le dixo: que si pensaba que le avia menester para los países, se engañaba: Y assi él solo hizo las tales pinturas con Historias y países, cosa tan maravillosa como suya; las quales traxo a Madrid dicho Señor Marqués.

CLXXIV.—DOCTOR DON JOSEPH RAMIREZ, PINTOR

El Doctor Don Joseph Ramirez, presbítero en la Ciudad de Valencia, de donde fué natural; Beneficiado en la Parroquial de San Salvador de ella, y Doctor en Sagrada Theologia, graduado en aquella Ilustre Universidad, fué discípulo en el Arte de la Pintura de Gerónimo de Espinosa, y tan parecido a su maestro en la manera de pintar, que muchos tienen sus obras por de mano de su maestro. Fué además de esto muy célebre escripturario, como lo califica un libro, que escribió de la Vida de San Felipe Neri, todo en continuados textos de Escripura Sagrada. Trabajo inmenso, y nunca pisada senda, ¡más para admirada que para seguida! Dedicóle a el Señor Inocencio Vndezimo, y fué ilustrado con grandes aprobaciones; donde hay una del R. P. Maestro Marona, equiparando la habilidad de la pluma, en la del pincel en su autor. Otra del Señor Caramuel, en que dice prodigios. Y otra del Canónigo Losá, también con grandes hiperboles y encomios. Y últimamente mereció singular aprecio en el concepto de Su Santidad. Imprimióse este peregrino trabajo en Valencia, año de mil seiscientos y setenta y ocho, en cuarto.

Tiene, entre otras obras en Valencia, las pinturas del Claustro de la Congregación de San Felipe Neri, y una imagen de Nuestra Señora de la Luz, en el Oratorio de dicha Casa, que es muy célebre en aquella tierra y de singular devoción; y otras muchas en

diferentes retablos. Murió en dicha Ciudad con grandes créditos de virtud, erudición y habilidad, por el año de mil seiscientos y ochenta y seis, y a poco más de los sesenta de su edad.

CLXXV.—*DON JOSEPH DONOSO, PINTOR Y ARQUITECTO*

Don Joseph Ximénez Donoso, natural de la Villa de Consuegra, Priorato de San Juan, fué hijo de Antonio Ximénez Donoso, del Arte de la Pintura, con quien tuvo su hijo los primeros rudimentos de ella; y después pasó a Madrid, donde continuó el Arte en la Escuela de Francisco Fernández (pintor de crédito en aquellos tiempos) hasta la edad de diez y ocho años; en la cual, por muerte de su Maestro, pasó a proseguir sus estudios en las Academias de Roma, por espacio de siete años, donde consiguió salir gran pintor, perspectivo excelente y consumado arquitecto.

Volvióse después de este tiempo a España, precisado de una destilación, ocasionada de las repetidas tareas de sus estudios, y vino a esta Corte, donde se acabó de perficionar en el colorido en la Escuela de Don Juan Carreño (pintor de Cámara entonces), de donde habiendo salido, hizo en compañía de Claudio Coello las obras que en su vida notaremos; y además de esas hicieron entre los dos las Historias del Glorioso San Ignacio y San Francisco Xavier, que están en el techo de la Sacristía del Colegio Imperial de esta Corte; donde también hizo Donoso dos cuadros de medio punto (de los que están sobre los caxones) de algunos casos históricos de dichos Santos, donde se conoce cuán grande arquitecto y perspectivo era su autor. También hizo el primer cuadro del techo de la Sala de Capítulo, que está hacia los escafos en la Real Cartuja del Paular, cuando San Benito y San Antonio Abad le ofrecían sus hijos a San Bruno, para flores de su Religión; y el retrato del Señor Don Juan de Austria, hijo del Señor Phelipe Cuarto, que está en la Sala de la Procuración de dicha casa *.

También pintaron los dos, Claudio y Donoso, las Pechinas de la iglesia del Convento de los Basillios de esta Corte, y las de la iglesia de la Santísima Trinidad; donde el dicho Donoso pintó

* Depositado por el Museo del Prado en San Clemente de Santiago de Compostela.